

LA NACION

REVISTA SEMANAL

AÑO I

BUENOS AIRES, 26 DE ENERO DE 1930

NÚMERO 30



ESPECIAL PARA LA NACION

POR GUSTAVO A. PUEYRREDÓN

GENTE ANTIGUA

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



CIRCULACIÓN

Cuando una mujer declara su edad, dice a menudo lo que quiere que los demás crean. Lo mismo suele ocurrir cuando un diario habla de su circulación.

Solamente en los últimos años, cuando la publicación de avisos llegó a adquirir proporciones gigantescas, los avisadores, cansados de conjeturar, insistieron en saber la circulación de los diarios que compraban.

Como tal comprobación requiere un trabajo de semanas, hecho por varias personas expertas, los importantes diarios norteamericanos e ingleses — y en la Argentina solamente “La Nación” — han abierto sus casas a la inspección de los únicos capacitados: los grandes contadores revisores.

“La Nación” necesitó menos que cualquier otro diario la certificación de estas cifras, pues no siendo inferior en cantidad y acusando una superioridad enorme y notoria en calidad de circulación siempre publicó el mayor número de avisos notables.

Sin embargo, se sometió a esta práctica nueva porque siempre adoptó los métodos más modernos.

Las últimas cifras de la venta neta de “La Nación” demuestran que su circulación ha aumentado en algunos miles durante la semana y en más de 40.000 los domingos desde la aparición de la Revista dominical.

Los avisadores y Agencias de Publicidad pueden solicitar estas cifras al Jefe General de Avisos.

EL PROBLEMA DE LO QUE SOMOS: PLANTEO

POR

CARLOS ALBERTO ERRO

SOMOS europeos? ¡Tantas caras cobrizas nos desmienten!"
"¿Somos indígenas? Sonrisas de desdén de nuestras blondas damas nos dan acaso la única respuesta."
"¿Mixtos? Nadie quiere serlo y hay millares que ni americanos ni argentinos querían ser llamados."

"¿Somos nación? Nación sin amalgama de materiales acumulados, sin ajuste ni cimiento."

"¿Argentinos? Hasta dónde y desde cuándo, bueno es darse cuenta de ello."

Así comienza Sarmiento los prolegómenos de su "Conflicto y armonías de las razas en América". Como al cabo de muchos rodeos damos con el lugar de la sierra desde donde se divisa, íntegro, el panorama de la llanura, desde el altiplano de estas preguntas podemos ver, súbitamente, toda la angustiosa dificultad del problema.

La incertidumbre entre el ser y no ser señala en la obra de Shakespeare la culminación del drama. "¡To be or not to be: that is the question!" ¡Existir o fenece, seguir o cesar, realizarse o desnaturalizarse! Gravísimo dilema. Pero como en todo dilema, la duda oscila entre dos probabilidades estrictas. De los infinitos motivos de dudar todos han sido eliminados, excepto dos. Entre ellos se mueve la duda como entre dos muros infranqueables. Los cerrojos están firmes y ya no puede vagar. Aquí o allá. Esto o aquello. Lo uno o lo otro. Es una duda acotada.

Más inclemente, turbadora y ardua que ésta, es la duda suelta, libre, sin disyuntivas ni fronteras, la duda abierta a todos los caminos de la vacilación, errabunda y perdida en un laberinto donde los indicios son contradictorios, los rastros disímiles y las huellas confusas.

Nuestra incertidumbre está más cerca de la segunda que de la primera, como lo exhibe, con excelente claridad, el interrogatorio de Sarmiento. El problema capital para un individuo — ¿qué soy? ¿cuál es mi idiosincrasia? ¿cuál es mi condición?— aquello que constituye decisiva certeza en un inglés, en un francés, en un ruso, representa en nuestro caso la máxima incógnita.

Vale la pena, entonces, enfrentarse con el problema e intentar extraerle su prenda oculta. Con energía, pertinazmente, cumpliendo aquel "hostinato rigore" de Leonardo, que es virtud esencial en las empresas bélicas como en la labor filosófica, desafiando su terco enigma. Asediándolo, bloquearlo, perseguirlo, para ver si se rinde.

CARACTERES DEL PROBLEMA

Pero antes de abordar el tema de nuestra idiosincrasia, en sí mismo, me voy a detener en la consideración del problema como problema, esto es, voy a atrearme en desentrañar su singularidad, lo que lo distingue de otros problemas posibles.

La pregunta ¿qué somos? puede descomponerse, a su vez, en estas dos interrogaciones parciales: ¿qué somos etnológicamente? ¿qué denuncian nuestros rasgos psicológicos?

¿Qué somos etnológicamente? Hay descendientes de italianos; hay descendientes de ingleses; hay descendientes de rusos, etc. Todas las razas del mundo están aquí. Hay quien proviene del cruzamiento de hombres europeos con mujeres autóctonas. Lo que es cierto para mí es mentira para mi vecino. Es el galimatías, el genízaro.

¿Qué denuncian nuestros rasgos psicológicos? Idéntica respuesta.

mente filosófica. Tal es su primera y más eminente cualidad.

Si dejara lo antedicho sin ulterior aclaración, es probable que esta conclusión escéptica causara sorpresa y se la atribuyera a un posible desconocimiento de los últimos estudios acerca de la influencia del medio sobre el individuo. Acaso muchos argumentarían de esta suerte: que desde un punto de vista etnológico no se advierte uniformidad es admisible; pero la influencia del medio puede considerarse hoy suficientemente intensa, como para que llegue, en corto tiempo, a estampar un sello indeleble en la fisonomía psicológica de nuestra gente.

La influencia del medio constituye, en efecto, una

cuestión palpitante en este momento de los estudios. Relegados casi al olvido Darwin y sus secuaces, Taine y los otros, emerge hoy, inesperadamente, una pléyade de investigadores que nos habla de una influencia maravillosa y poderosísima que ejerce el medio físico, la tierra misma, sobre el individuo, al punto de modificar, substancialmente, su constitución anatómica. Un amigo me transmitía, hace poco, la observación de un sabio inglés, según el cual, los gatos, al cabo de permanecer en la China, nacen con los ojos oblicuos.

Pero sea cual fuere el grado de verdad de estas afirmaciones, lo cierto es que constituimos un pueblo "in fieri" y que nuestro medio físico es en extremo variable. Basta acordarse de la transformación que han sufrido nuestra gente, nuestros campos y nuestras ciudades, durante los últimos cuarenta años, para comprender que nuestro ser de nación no ha cristalizado y columbrar la magnitud del cambio al cabo de un siglo. Lo que hoy se diga, el porvenir ha de rectificarlo, fatalmente, en breve plazo. Prematura tiene que ser, por lo tanto, toda generalización sobre el punto que presuma de perenne. ¿Y cómo hallar, en nuestro medio, asidero suficiente para una unificación paulatina, si de los Andes al Plata, desde la Patagonia hasta el Chaco, tenemos la escala completa de las diversidades posibles: llanos y montañas, ciénagas y colinas, selvas inmensas y vastas regiones desmanteladas, predios y páramos, tierras ubérrimas y comarcas estériles? La explicación de todos los rasgos criollos por la configuración peculiar de la

Pampa sólo se concibe en algún huésped accidental de Buenos Aires, que durante su permanencia entre nosotros, víctima de mala fortuna, no haya topado con un mapa de la República.

LOS UNIVERSALES CRIOLLOS

Pero ninguna característica de nuestros países puede considerarse a la vez invariable y genérica. ¿O es que no hay algún medio de llegar, alguna puerta de acceso, al campo de nuestras verdades universales?

Grande error, inútil agnosticismo, sería contestar negativamente. Algo, quizás pequeño, escaso, pero indudablemente categórico y gentilicio, puede hallarse. Para ello es necesario desviar bruscamente, apartarse del rumbo de las indagaciones anteriores, demasado complejas, por ahora, para remontarse a zonas de universa-

(Continúa en la página 37)

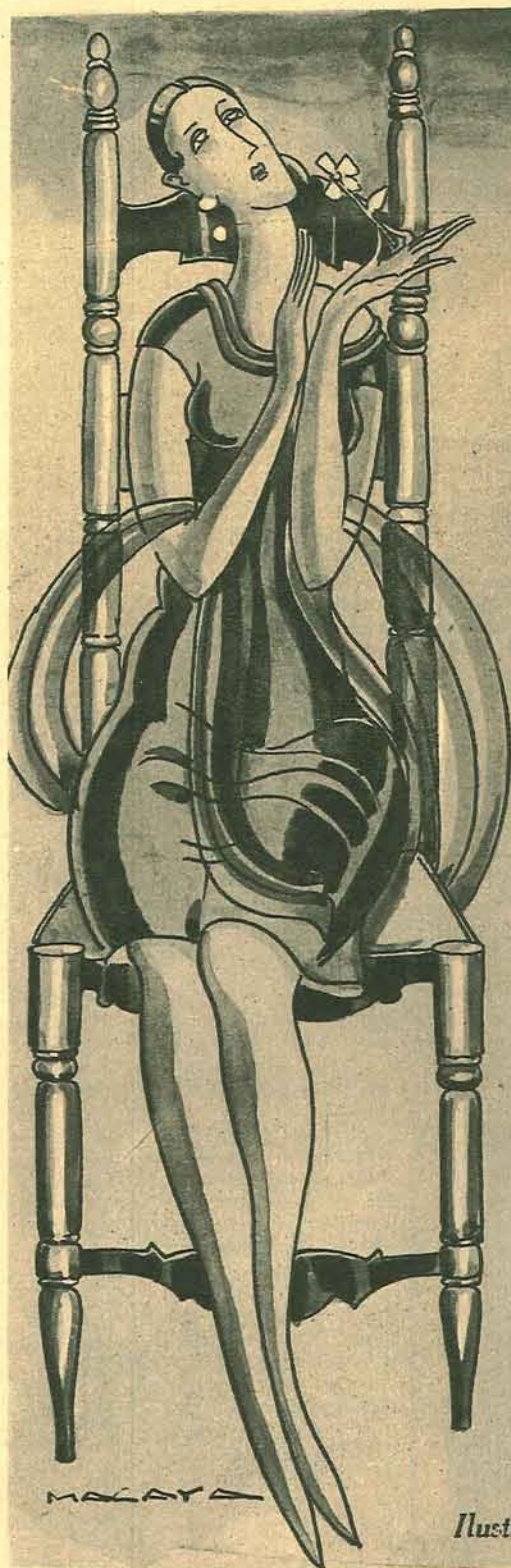


Ilustración de Luis Macaya



Soneto de la solterona

Masa de soledad, calma visible,
Reserva y renunciar, pálido gesto,
Brazos de crespón lentos, insensible
Resucitar de sombras. Dulce resto

Guarda, en las manos, de su amor: visible
Agonizar de rosas secas. Gesto
De imperfección no curva su insensible
Boca, ni llora o besa el dulce resto.

Ni llora o besa su dolor. Ni deja
Pecho al desfallecer, labio a la queja.
Masa de soledad, tumba adorable,

Orgullo codiciado, blanco abismo...
(¿Por qué deseo tu tristeza estable,
Enlutada mujer, tal vez yo mismo?)

Marcos Victoria

Cualquier investigación que se realice en el sentido de estas dos preguntas se estrellará con el mismo escollo: lo que es exacto para A es falso para B. Y esto basta para condenar aquellas tentativas que todo lo explican por la mezcla de europeos e indios. Lo que es exacto para contados sujetos, cada vez más reducidos, y en un difícil trance, hoy día, alguien lo extiende para todos los argentinos. Véase a lo que se reduce la materia de cuatro mil carillas.

La filosofía debe arribar a preceptos universales. Esta es su exigencia "sine qua non". De lo contrario deja de ser filosofía. El sendero de aquellas preguntas conduce a otra parte; conduce a lo contrario de la filosofía; conduce a lo particular. Químérico es, entonces, todo intento de levantar una filosofía a base de la consideración etnológica o psicológica de nuestro pueblo. El problema no admite una solución estricta-



AMENIDAD Y PROFUNDIDAD

¿Cuál es el papel que desempeña la acción en la filosofía de la novela? Es curioso que entre la multitud de respuestas que se han propuesto y podrían recogerse acerca de esta pregunta, que ningún crítico ha dejado de formularse alguna vez, pocas, poquísimas hayan alcanzado a captar, y ello por modo soslayado y harto estrecho, la esencia de su verdadero sentido.

Algunos, los más agudos, han creído zanzar la espinosa cuestión afirmando que la acción de las novelas no tiene otro objeto que el muy sumario y rotundo de existir. Puesto que, según su modo de ver, es preciso que en toda obra de imaginación "ocurra algo", para que la del lector, perezosa y baldía, no dé al traste con la atención necesaria para una sostenida lectura. Esta razón, peregrina y baladí, en apariencia, es, en realidad, verdadera y profunda. Al par que desentraña la receta técnica de una clase de novelas, nos instruye también acerca del principio ético que impone su fisonomía particular a cierta especie de vidas.

Los argumentos, sencillos o complicados, alquitarados o groseros, con que se ha defendido esta manera de ver, son poco interesantes. Todo parámetro filosófico de esta manera de ver se resume en la frase del tranquilo señor que exclama:

—La cuestión es pasar el rato! —
"La cuestión es pasar el rato". El novelista justificaría con incidencias y episodios curiosos o insperados las doscientas páginas de su libro; al modo de aquellos autores festivos que fabrican "a priori" los chistes con que luego mecharán sus engendros, para que el público no se levante antes de caer el telón. ¿Es serio este modo de pensar?

LA DECADENCIA DE LA NOVELA

Sobre el grosero cañamazo de esta inconsistente apreciación crítica se ha bordado un juicio precipitado: la decadencia de la novela.

El género habría entrado en trance de decadencia y desaparición por haberse agotado las posibilidades de novedad en los asuntos y de inesperadas situaciones en la acción encargada de traducirlos y explayarlos. Siendo limitado el número de situaciones exteriores y de conflictos espirituales a que un autor puede someter el juego de sus personajes, la posibilidad de nuevas creaciones sería tanto menor y más estrecha cuanto más nos hubiéramos aproximado a las lindes impuestas por la inexorable limitación del monótono acaecer de la vida humana.

El talento del escritor de novelas estaría obligado, pues, a ejercerse y a hacer recaer el acento genial de

Don Carlos Reyles, autor de "El embrujo de Sevilla" y "El terruño"

LAS LENGUAS DEL ARTE

sus producciones sobre las partes adjetivas y secundarias de sus libros. La entraña de la obra, por conocida o sospechada, dejaría de representar su más alto valor, para ceder su preeminencia estética al estilo, a la composición, al lenguaje, vehículos pulidos y brillantes de un inevitable lugar común.

"En suma—ha escrito, dentro de este orden de ideas, uno de los espíritus más interesantes de la hora actual—creo que el género novela, si no está irremediablemente agotado, se halla, de cierto, en su período último y padece una tal penuria de temas posibles, que el escritor necesita compensarla con la exquisita calidad de los demás ingredientes necesarios para integrar un cuerpo de novela". En el carril de las ideas críticas que hemos expuesto, tal conclusión es evidente y necesaria. Pero, ¿se compagina ella con el espectáculo que nos ofrece la realidad?

Si nos encontramos ante una decadencia franca e irremediable de la novela, ¿cómo se explica que en el transcurso de este primer cuarto de siglo, en los predios de la literatura mundial, hayan florecido abundantes modelos del género, comparables, en número y calidad, a la producción de sus respectivos instantes de clásico apogeo? Decadencia singular es la que permite que, continentes de no rico pasado literario, puedan contar en el acervo de su reciente producción, obras de tan alta envergadura e inédita novedad como "La gloria de Don Ramiro", "Zogoibí", "El embrujo de Sevilla" o "El terruño". Llama, además, la atención el hecho de que el público siga confiriendo a novelistas y dramaturgos el rango más elevado en una esfera donde, por otra parte, la aptitud de animar pasiones y de engendrar seres vivos, se considera todavía como supremo galardón de la imaginación creadora.

Todos estos hechos, fáciles de observar, nos hacen creer que, por error de diagnóstico, hemos extendido certificado de defunción a un género cuya pujante vitalidad nos puede reservar aún inesperadas sorpresas.



Don José Ortega y Gasset, autor de "La deshumanización del arte e Ideas sobre la novela"

Los movimientos del espíritu son, de cierto, limitados; pero el límite de las pasiones y ademanes del alma, ¿no supera, en todo caso, el repertorio de actitudes con que el cuerpo reacciona ante los estímulos de la realidad? El número de ademanes posibles es sensiblemente menor al número de pasiones y de sentimientos probables. ¿Por qué hemos de deducir, pues, de esta natural limitación de la vida la decadencia de la novela, si nadie se atrevería a inferir de la limitación harto más estrecha de las actitudes y movimientos del cuerpo, la fatal decadencia de la danza o de la escultura?

LAS LENGUAS DEL ARTE

Al acaso hemos citado la danza y la escultura. Pero no lo habríamos hecho de otra manera si hubiéramos obrado aposta, con deliberado propósito. Es posible que una simple relación establecida entre estas dos artes y la novela, economizándonos un largo rodeo, nos permita una inmediata aprehensión de la idea central de este ensayo.

El más somero y superficial de los análisis nos enseña, en efecto, que las formas y actitudes en la escultura, y los movimientos y ademanes en la danza, constituyen sus específicos medios de expresión: tal como los actos y las situaciones, vale decir, "la acción", constituyen el capital medio expresivo en el complejo estético de la novela. Infírese de tal relación, que así como la limitación y parcialidad de las virtudes plásticas y rítmicas de la figura humana no obran restrictivamente sobre el posible destino de ambas artes, tampoco el área de las acciones probables ciñe en su estrecho marco el desenvolvimiento ulterior del drama ni de la novela. Y es que la acción, considerada como elemento expresivo, como lengua de arte, sigue el destino común a todos los idiomas—incluso el del lenguaje hablado o el del repertorio de los signos algebraicos—cuya cantidad finita y limitada existencia formal no empecen la indefinida variedad ni la ilimitada extensión de los

valores, espirituales o numéricos, que bajo cifra se combinan y expresan.

Suponer que la acción constituye, por sí misma, el último plano artístico y postrer fin espiritual de una novela, vale tanto como afirmar que todo el edificio matemático tiene por único y más elevado final el juego sumario de las ecuaciones, o que el móvil más importante que induce al pensador a pergeñar las páginas de sus tratados se reduce a demostrar a sus lectores la florida corrección de su lenguaje.

No. La sola expresión de esta verdad, aplicada al análisis de los productos del arte, postula para la novela la existencia de otra lengua más elocuente y más sutil que, tras la del estilo literario, abre ante los ojos del lector las últimas perspectivas de la obra. El poder expresivo y sugestivo de este lenguaje, que no es otro que el de la acción, se acrecienta y perfecciona al ajustarse al estilo, que desempeña con respecto a ella el papel que la música juega con respecto a la danza, o el que la estilización plástica representa frente a las proporciones, humanas, pero idealmente inexpressivas, de los miembros del modelo. "Los hechos—escribe Keyserling, ocupándose de muy distintas reflexiones—no son nunca, por sí mismos, un fin, sino siempre meros medios de expresión para un sentido que subsiste independiente de ellos". Y la verdad es que cuando los hechos que tejen la acción de una novela carecen de este valor expresivo y no se erigen en lenguaje de alguna idea profunda o de algún sentimiento inefable, podemos afirmar entonces que nos encontramos ante algún innoble folletín, o que nos aproximamos a los aledaños de la cinematografía americana.

Tal es la enseñanza que naturalmente se desprende de la revisión de aquellas creaciones del espíritu que solemos calificar de inmortales.

Compruébase siempre, en último análisis, que la palabra es impotente para expresar los conflictos básicos del alma, y que las grandes crisis de la humanidad, crisis de amor, de odio, de pasión, de muerte, requieren en última instancia, como único y específico medio de expresión, el idioma insubstituíble de la acción: la vida del héroe que las resume y declare en la fatalidad de su destino.

En tanto que tales agentes universales sigan pulsando con el corazón humano y tengamos una sola posibilidad de descubrirlos al accho en las encrucijadas del mundo, es seguro que sólo el destino del hombre alcanzará a comprender y a expresar la esencia de su fatalidad, y que la novela y el drama hallarán su objeto y su justificación como cálices henchidos con el zumo espiritual de estas vidas simbólicas.

JOSE DE ESPAÑA

LA MAGNIFICA EXPLANADA DE LA PLAYA DE CARRASCO

FISONOMIA VERANIEGA DE MONTEVIDEO

Las ocho playas

HAY que empezar por tener presente que Montevideo penetra en el año del centenario nacional con ocho playas perfectamente limitadas y urbanizadas: la del Cerro, la de Capurro, la de Ramirez, la de Pocitos, la del Buceo, la de Malvin, la de Punta Gorda y la de Carrasco. Hay para todos los gustos, para todos los temperamentos, para todas las posiciones económicas y para todos los estados de conciencia, dándose la notable particularidad panorámica de que seis de esas playas aparecen geográficamente ensartadas por el cordón de asfalto de una sola rambla que ya tiene 15 kilómetros y propende a seguir ensartando las otras playas marítimas que hay hasta Punta del Este, fuera de Montevideo. Pero en la escala jerárquica fijada por el prestigio del progreso, dos son los balnearios que hoy preponderan: el de Pocitos y el de Carrasco.

Los colores de Pocitos

EN Carrasco, la playa tiene aún más importancia que la gente. Por el contrario en Pocitos, la gente tiene ya más importancia que la playa. Esto se nota este año más que en los anteriores porque jamás han sido tantos los bañistas y porque jamás los bañistas han descendido a la arena con semejante aporte de ingredientes de color. Hay horas en que la arena desaparece a nuestra vista bajo esas grandes sombrillas girasoles acuchilladas de cuchillos rojos, azules, verdes, amarillos y anaranjados, en los que brinca toda una legión de monos, gatos y papagayos estampados. Esta fauna tropical emperifolla a la multitud con sus colores a gritos y sólo vamos a verla interrumpida en la zona destinada a los deportes, porque allí son otros gritos los que estallan: allí se aprende a nadar, a ejecutar volteretas en el trapecio, a tirarse por el "tobogán", y, sobre todo, a jugar al "football", que en este país, como ya se sabe, es cosa fundamental, a todas horas y en todas partes. Sólo tiene parecido con la ruleta. Por eso, impotente para suprimirlo en

estas playas, el Municipio ha optado por reglamentarlo, como se hizo con la ruleta, pues peligraba la soberanía del transeúnte pacífico y neutral.

Lo mejor es no comer

EL Municipio, además, nos defiende de otros riesgos casi igualmente fatales. Por encima de los mirasoles, a ambos lados del hotel que divide en dos alas esta playa, se destacan dos trinquetes donde flamea un banderín rojo cuando la mar está brava. Peligro. No hay que bañarse. Lo que pasa es que la gente se pregunta: "¿Para qué estamos aquí?", y prefiere no creer en la sinceridad paternal ni en la autoridad científica del Municipio. Uno piensa, sin embargo, que lo prudente sería creer, no sólo porque está visto que todos los veranos se ahoga alguien, sino porque además el Municipio da buena prueba de su gran sentido práctico colocando en la arena carteles como ese que aconseja no bañarse hasta tres horas después de haber comido. Las patronas de

BOY

ILUSTRACIONES DE
BRYAN DE GRINEAU(Para LA NACION)
MONTEVIDEO, enero de 1930.

casas de huéspedes lo agradecen muy de veras y hay muchas que les dicen a los pensionistas:

—Lo mejor es no comer.

Ni por casualidad se encuentra una que diga:

—Lo mejor es no bañarse.

Muchachas y acacias

ESAS dos alas geográficas en que se divide la playa de Pocitos continúan correspondiendo a las dos zonas en que también se divide su planta urbana. El cambio de los tiempos, en este caso, propende asiduamente a demostrar que también aquí hay cosas que no cambian. Tenemos pues el Pocitos viejo, patriarcal, con el entrañable encanto de sus casas bajas, sus gallinas familiares, su cátedra de

pescadores y sus almaceneros en mangas de camiseta, y luego, de la otra parte, el Pocitos nuevo, brillante, dinámico, ruidoso, con el encanto de las muchachas piloteando sus lindos automóviles entre unas filas de acacias que ahí se desarrollan en forma realmente inusitada. Estas acacias maravillosas, sobre su noble función decorativa, tendrán pronto otra función de higiene estética: la de disimular los despropósitos arquitectónicos que nos ha traído la facilidad de los viajes a Europa y que en Pocitos son tan notables como las acacias y las muchachas.

El jarrón y su influencia

CIERTO que llega un momento, sobre todo a cierta luz, en que estos despropósitos arquitectónicos, sumados y superpuestos, componen un conjunto digno de contemplación por su fuerza pintoresca. Recuerdan esos jarrones de viejo estilo chino que se cubren pegando trocitos de vajilla rota y en los que se combinan, sin el menor pudor,

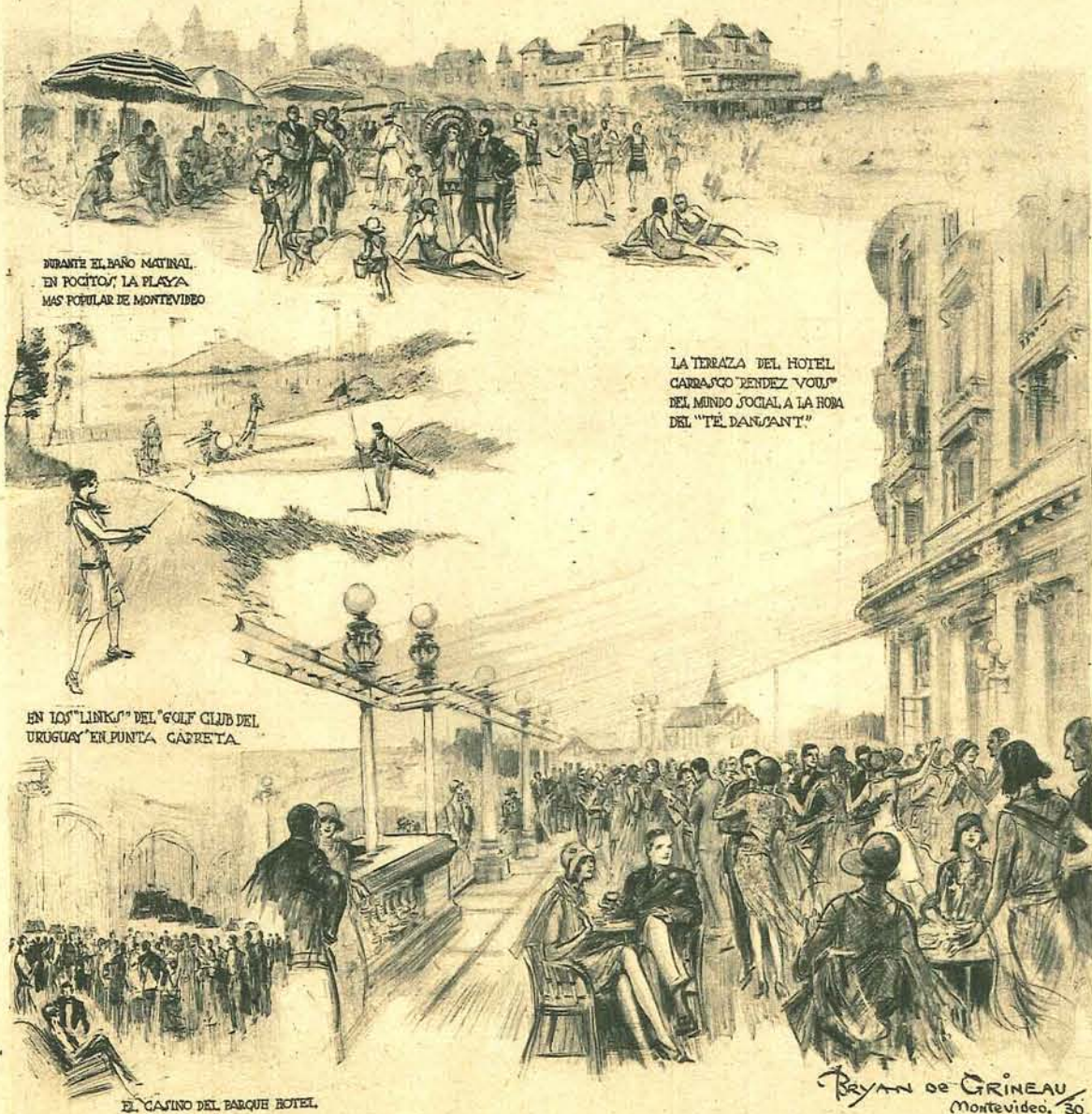
piezas de todas las formas, de todos los colores y todas las calidades.

El peligro puede estar en la extensión que ya toma el perímetro urbano de Pocitos. Entre lo que se dilata y su zona de influencia, hay quien dice que dentro de poco todo Montevideo será Pocitos. El fenómeno se advierte en la propagación del gusto arquitectónico y en algún otro detalle como el siguiente: hace diez o doce años, llamaba al vecindario la atención el que la gente acudiese a la playa en traje de baño desde cuatro o cinco cuadras de distancia. Hoy no le sorprende a nadie que los bañistas acudan tan frescamente desde cualquier confin de la Capital: desde el Centro, desde el Prado, desde Maroñas... Hasta los hay que acuden desde Las Piedras, a veinticinco kilómetros de Pocitos.

El desnudo en la playa

TODO esto nos marca una pauta de programa veraniego: conviene ir habituándose a la mirada elástica, periférica, generalizadora y de conjunto. Especialmente en la playa, en la arena, ante el rito específico y desnudo, hay que usar esa mirada filosófica o ese enfoque de alto plano panorámico que prescinde expresamente del pormenor individual si uno desea conservar un concepto verdaderamente honroso de la personalidad humana. Esto suele ser difícil porque a cada momento se está luchando con ese afán de ostentación característico del bañista enterizo e integral, salvajemente acometedor si es masculino y cultiva la terapéutica solar. Uno no sabe cómo desplazar-se ante esa fila de ciudadanos que permanecen tumbados al sol, inmóviles y retostados, con los rostros hundidos en la arena, sometidos a una penitencia que únicamente justificaria la conquista de otro mundo más importante que éste.

Menos mal que algunas veces sobrevienen problemas que nos reconcilian, por un antiguo sentimiento de solidaridad, con las angustias ajenas. Anotemos, por ejemplo, ese problema que se le plantea al que siempre lleva gafas y a la hora de bañarse no sabe qué hacer con ellas. Ni sin ellas.

DURANTE EL BAÑO MATINAL
EN POCITOS, LA PLAYA
MAS POPULAR DE MONTEVIDEOLA TERRAZA DEL HOTEL
CARRASCO RENDEZ-VOUS
DEL MUNDO SOCIAL A LA HORA
DEL "TE DANCANT"EN LOS "LINKS" DEL GOLF CLUB DEL
URUGUAY EN PUNTA CARRETA

EL CASINO DEL PARQUE HOTEL



El gran pintor portugués Columbano Bordalo Pinheiro, fallecido en Lisboa el 6 del corriente a los 72 años de edad escasos, era hombre orgulloso, delicado y sensible. Bajo su figura breve, su andar manso, su voz tenue y velada, su aire encogido, se ocultaba una ahtivez rigida y agreste, que conocian bien sus intimos y que los llevaba a tratar aquella amistad difícil como se trata a un cristal precioso y frágil. Era preciso traerlo, como se dice comúnmente, "en palmitas", vigilando las palabras que se le decían y dando siete vueltas a la lengua, inclusive, ante de dirigirle el más sincero elogio.

Teixeira Gomes, que fué presidente de la República Portuguesa y es uno de nuestros más finos, originales y artísticos temperamentos de escritor, nos ofrece un buen ejemplo de lo que acabo de decir en la carta que escribió a Columbano, y que la revista lisboeta "Seara Nova" publicó el 26 de septiembre último. Ahí se lee lo siguiente: "Yo no puedo olvidar sus ataques de ira cuando alguien que fuese al 'atelier' a ver los cuadros destinados al palacio del Congreso, elogiaba los dibujos que habían servido para su delineamiento. En mi opinión, sería difícil para quien no poseyese un extraordinario tacto, demostrarle, con la mayor sinceridad y candor, su admiración..."

Se desprende claramente de estas palabras que el maestro Columbano se ofendía al oír elogiar con vehemencia los dibujos, porque consideraba a ese entusiasmo admirativo como una depreciación de los cuadros resultantes de ellos. ¿Y quién sabe si M. Teixeira Gomes no habrá escrito aquella carta para disculparse de haber incurrido él mismo en el elogio "ofensivo"? Más adelante dice el escritor, en su interesantísima carta, que "aqueellos admirables dibujos no disminuyen en nada el valor de los cuadros"; y añade después: "¿Alguien se acordó jamás de disminuir la estimación de la pintura de Watteau por alabar y apreciar los innumerables dibujos que él hacía de las figuras que en ella entraban? ¿No pudo salvarse de la destrucción total a muchos de sus cuadros, deteriorados por su defectuosa manera de pintar, gracias a esos dibujos? Y si no fuese por los dibujos de Leonardo da Vinci, ¿cómo se habría comprendido nunca la portentosa altura de su genio?..."

Esta argumentación "diplomática" de Teixeira Gomes nos muestra bien el carácter, orgullosamente sensible, de Columbano. Pues esa orgullosa sensibilidad habría sufrido mucho si el gran artista pudiese enervarse en ultratumba de los artículos necrológicos en que repetidamente se dice que fué, en París, discípulo del famoso Carolus-Duran. Algunos rasgos biográficos y dos interesantes y auténticas anécdotas van a demostrar por qué.

Columbano nació en Lisboa, en el año de 1857. Fué su padre el artista pintor y grabador Manuel Maria Bordalo Pinheiro, hijo de un médico del rey D. Juan VI. A los 16 años se matricula en la Academia de Bellas Artes de Lisboa y ahí estudia dibujo, bajo la dirección del excelente escultor Simoes de Almeida. Tres años después, en 1876, concluye el curso de pintura histórica, dictado por Miguel Angelo Lupi, retratista insigne, uno de los grandes pintores que ha tenido Portugal y el más grande de nuestro siglo XIX, digno de codearse, en las artes plásticas, con los gigantes de la literatura, Herculano, Quental, Eça de Queiroz, Joao de Deus, etc.

Preterido en 1878 y en 1879 por otros candidatos en el concurso para pensionado del Estado en París, Columbano encuentra su desquite en 1881, merced a la munificencia de la Condesa de Edla, esposa morganática del rey viudo D. Fernando II y gran protectora de artistas, a la cual me referí extensamente en una crónica publicada en el "magazine" de LA NACION del 28 de julio, bajo el título de "La que no llegó a ser reina de España".

Parte Columbano para París a los veinticuatro años y lleva en el bolsillo una carta de recomendación del rey D. Fernando para el famoso Carolus-Duran, cuyo verdadero nombre era Charles Durand, nombre vulgar que el artista francés procuró "des-

gro y con una magnífica gorra de pelusa granate en la cabeza jupiteriana. Columbano, ofuscado, cada vez más encogido, entrega su talismán. Y M.

Charles Durand abre la carta, la lee, vuelve la espalda al joven y dirigiéndose a la hermosa sociedad, empieza a entonarse un largo himno a sí mismo: —Tiens! Voilà une lettre que m'envoie le roi de Portugal...

Mientras tanto, el pobre portador de la carta quedaba allí olvidado, como si no existiese...

◆◆◆

Contando este episodio de su vida muchos años más tarde, Columbano decía a sus amigos que no había vuelto en busca de Carolus-Duran. Uno de esos amigos le transmitió, entonces,

UN GRAN PINTOR PORTUGUES BORDALO PINHEIRO POR AGOSTINHO DE CAMPOS

(Para LA NACION)

LISBOA, diciembre de 1929



Retrato del célebre pianista portugués J. Viana da Motta. Oleo de Columbano Bordalo Pinheiro



Retrato de Eça de Queiroz (perdido en el naufragio del vapor Sant André al regreso de la Exposición de París de 1900). Oleo de Columbano Bordalo Pinheiro

vulgarizar" latinizando el "Charles" y arrancando al "Durand" la "d" final, estigma de burguesismo o rusticidad inaceptable.

Columbano es tímido y, bajo apariencias de modesto retraimiento, lleva en el alma su orgullo innato y escarpado. Pocos días después de haberse instalado en la gran ciudad, se dirige a la casa del célebre pintor, para entregarle la misiva regia. En el trayecto va, sin duda, imaginando que aquel prestigioso pasaporte le abrirá mil posibilidades: la atención y la amistad del maestro, relaciones escogidas, influencias poderosas y fecundas...

Llama a la puerta. Entra y sube. Y helo ahí, introducido en un salón en que abundan las damas y caballeros brillantes, en el medio de los cuales truena y refulge el "grand seigneur" Carolus, todo vestido de terciopelo ne-

otra anécdota auténtica, que tuvo la virtud de consolar retrospectivamente al grande y orgulloso artista portugués. Esa anécdota es la siguiente:

Quince años más joven que Carolus-Duran, el sugestivo dibujante y amargo caricaturista Juan Luis Forain — aun vivo hoy, con sus 77 años — detestaba al retratista, al que consideraba "pompiere" y "cabotin" incorregible. Encontrándose los dos un día en cierto banquete mundano, tramó el-acaso que Forain y Carolus se sentasen a la mesa a ambos lados de una dama "dilettante" y habladora, que los conocía y admiraba, y que, indiscretamente, provocaba conversaciones en que, volviéndose hacia la

derecha y hacia la izquierda, pretendía fundir a esos dos irreconciliables. Hasta que, al ver que no conseguía romper la frialdad

de sus dos vecinos, no pudo resistir más e hizo una tentativa enérgica: se volvió hacia el más joven y le pidió con insistencia, bajando la voz, que dijese algo agradable a Carolus.

Forain, implacable, con el tono de voz más amable y una sonrisa de gran simpatía, preguntó al pintor consagrado y enfatuado:

—Est-ce vrai que vous occupez toujours de peinture, monsieur "Durand"?
¿Y arrastraba ferozmente la consonante final!

◆◆◆

Alguien llamó a Carolus-Duran "colorista indisciplinado". Columbano fué, por el contrario, uno de los coloristas más disciplinados y más disciplinadores que han existido. Colorista, en el verdadero y más profundo sentido; por el don, que era en él casi sortilegio, de ver, sentir, graduar y armonizar los tonos o valores. Los que lo juzgan superficialmente lo hallan pobre de color, casi monocromático; los que saben ver encuentran en su gama sombría una riqueza enorme de graduaciones, que diversifica y enriquece los propios tonos negros. Sagaz, el ilustre pintor, al que nadie llamaría pobre de color, dijo un día que deseaba mucho ser un colorista tan grande como Columbano.

En el mismo dibujo a lápiz, lo que este gran artista veía, sobre todo, era el color, y a través de él buscaba y encontraba la forma. Por eso casi no hay trazos en sus dibujos, todos admirablemente contruidos con granos o puntos, sin líneas visibles. Y, siempre en busca del color, pintaba con manchas, lo que a veces comunicaba a su pintura la apariencia, vaga no obstante, de mosaico. Véanse las manos de Eça de Queiroz: nos dan, en la reproducción fotográfica, la impresión de una acuarela. Así, por motivos opuestos a los de los cubistas, que, en homenaje a una fórmula, aman y buscan, sobre todo, la línea, Columbano se nos presenta en algunas de sus obras como un precursor de ellos. Hizo pocas acuarelas, espléndidas casi todas; y en ellas mismas, a pesar de la pobreza de la materia, construía y "modelaba" con una maestría y un sano virtuosismo de que pocos son capaces.

En sus cuadros grandes de composición nos sorprende y desagrada una que otra anomalía, irregularidad o imperfección del dibujo. En los cuadros pequeños, no; y esto se explica en parte por el lado físico de la visión del artista: era miope y, por lo tanto, no podía retroceder lo bastante para abarcar un conjunto de dimensiones más amplias. Pero, en buena parte, este defecto del diseñador era también la contrapartida de las virtudes del colorista. Persiguiendo el color como apasionado, pintaba a veces aisladamente, donde y cuando la luz le parecía más bella y más cautivante el efecto. Después, al unir los "islotos" de pintura ya hecha, si el dibujo sufría con este sistema, el pintor veía y sentía el error o divergencia, mas no se atrevía a enmendar, a sacrificar su conquista, ya obtenida, sobre la luz, con miedo de no poder repetirla y fijarla de nuevo.

◆◆◆

En "El Imparcial", de Madrid, el crítico Gil Fiol consagró a la muerte de Columbano un artículo titulado "Un grande pintor portugués". Dice Fiol que los primitivos portugueses — entre los cuales Nuno Gonçalves le parece una de las más considerables figuras de la pintura universal — se adelantaron en varias décadas a los españoles de la gran época. Recuerda que Columbano le dijo que "rendía

(Continúa en la pág. 35)



Benedict, de Rosario, fué el primer cricketer que registró un centenar de corridas en esta temporada. Hoy corresponde destacar la performance de Denis Ayling, que aparece aquí, quien marcó 239



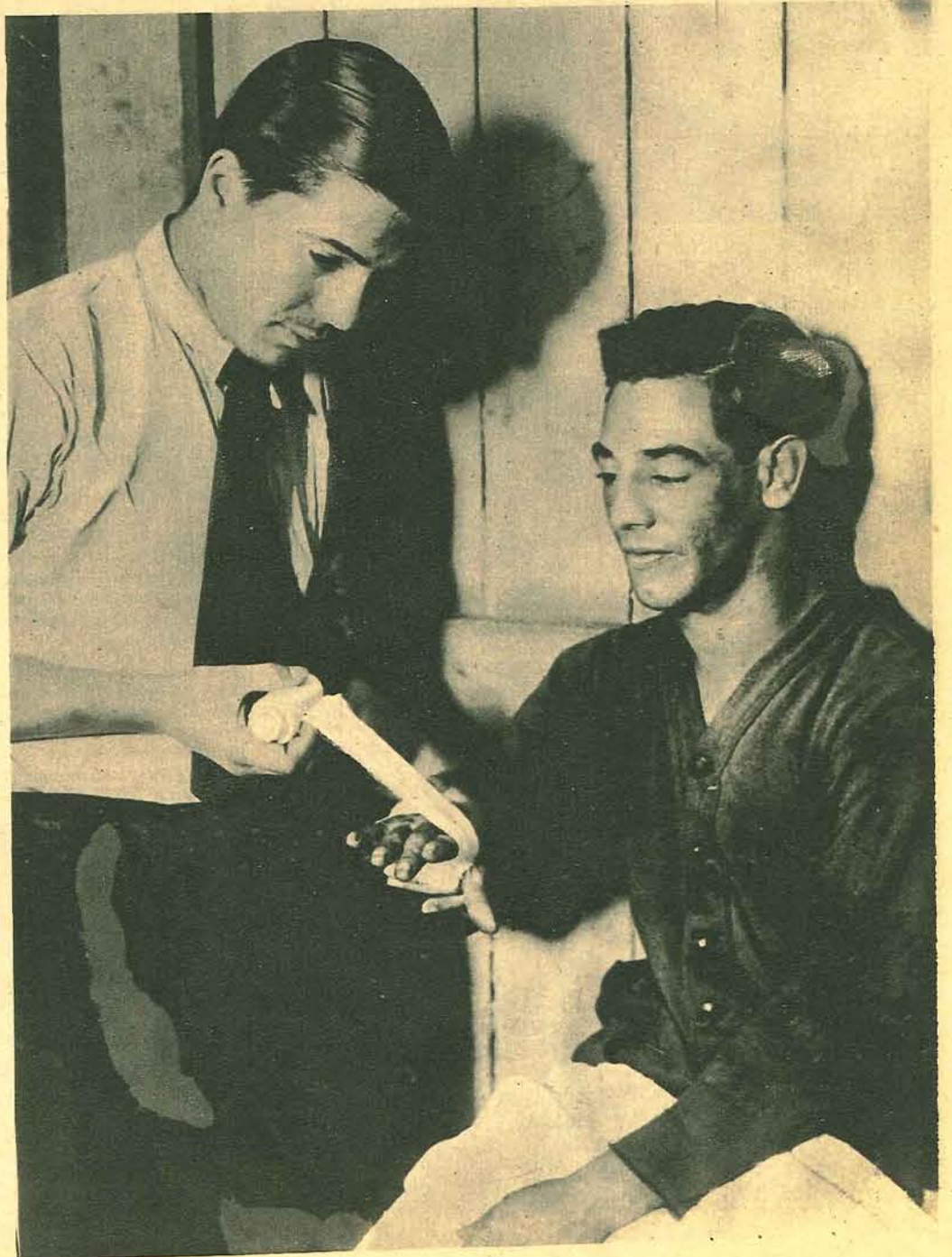
En esta fotografía aparecen L. E. Bradford y A. H. Dorning, y cubierto por el primero A. G. Jacobs; junto al árbol el capitán del Belgrano, K. Henderson, y a la derecha G. Robson, padre del campeón nacional de tennis

MOAICO SPORTIVO



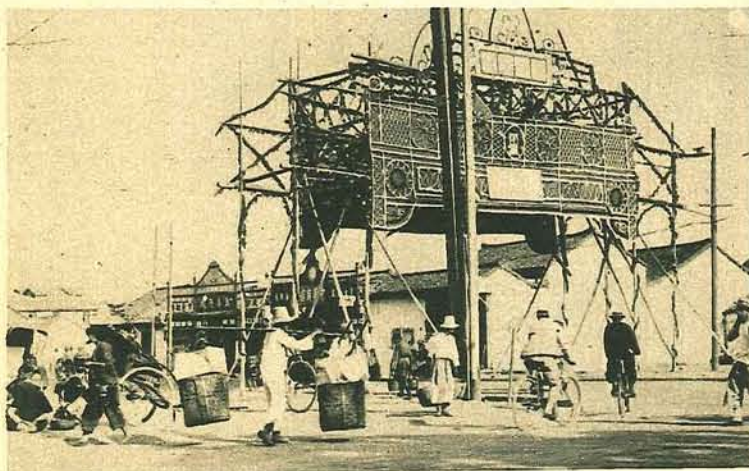
El esfuerzo que los metros finales reclaman de un corredor a pie que marcha a paso de record se refleja claramente en su semblante. En la fotografía se ve a Serafin Dengra terminando la carrera en que mejoró el record de la milla

La colocación de las vendas protectoras en las manos de los boxeadores exige una meticulosa atención y gran cuidado. He aquí a Andrés Miguez, sometido a esa tarea en visperas de su match con Peralta





Lady Drummond Hay con el general Li-Nai (el más alto del grupo) y el coronel Gau, en el campo de la misión militar del general Li-Nai, en Nankin



Arco levantado sobre el nuevo camino de Chun Shang



Síntomas de modernización en Nankin, la capital de China: Un puente moderno



Un arco de recordación sobre el nuevo camino de Chun Shang, en Nankin



El ministro de Estado chino, en el famoso Lago de los Lotos



La entrada a la Casa de Gobierno en Nankin. Nótese la bandera con una estrella de doce puntas, enseña de los nacionalistas chinos

NANKIN, Por LADY GRACE

(Para LA NACION)

A la derecha y a la izquierda de la avenida Chung, serpentean las antiguas callejuelas chinas, que van a perderse ora en las praderas que rodean la vieja ciudad, ora en el laberinto formado por los grupos de las antiguas viviendas. Hay tiendas chinas en abundancia; hay calles enteramente ocupadas por ellas, donde se vende toda mercancía imaginable, desde bicicletas hasta sahumerios, medicinas y elegantes sombreros de paja.

A mi llegada, se veían innumerables esteras amarillas colgando de los restaurantes, de los teatros, de algunos cinematógrafos, de los hoteles de toda categoría, y también de los edificios públicos, colocadas allí como protección contra los ardientes rayos solares. También las había en varias residencias oficiales, como por ejemplo en la villa del difunto Dr. Smith, asesinado por los amotinados chinos en los jardines del Consulado británico, a raíz de los tumultos de Nankin, hace más o menos dos años y medio, residencia actual del doctor C. T. Wang, ministro de Relaciones Exteriores.

El presidente Chiang Kaishek posee su Casa Blanca en la ciudad, su casa de campo más afuera y su Casa Jardín al pie del Mausoleo.

Las calles están desprovistas de aceras, exceptuando la nueva avenida Chung Shan; un polvo espeso se eleva al paso de cada "rickshaw", de cada bicicleta y de los raros automóviles que circulan. Hasta los "coolies" y los niños están advertidos del peligro de este polvo impregnado de gérmenes, y para protegerse, se tapan la boca y la nariz; muchos de ellos practican sus quehaceres con el rostro semicubierto como el de los misteriosos Tuaregs de los desiertos norteafricanos.

Se ve muy pocos chinos por las calles, ya sean mujeres u hombres, con trajes occidentales, y para hablar con franqueza, no recuerdo haber divisado una sola mujer vestida a la europea, durante mi visita a Nankin.

Algunos funcionarios del gobierno llevan uniformes occidentales en determinadas ocasiones.

El deseo de Chang Kaishek sería ver a Nankin convertida en la "ciudad modelo" de China, y si sus órdenes se obedecieran al pie de la letra, sería realmente la "capital modelo" del mundo. Ha llegado a suprimir el cigarro en el ejército; ha abolido las casas de música y toda clase de vida nocturna; ha prohibido el Mah-Jong y el juego en general. Al revés de otras ciudades chinas que conozco, donde el eterno "clap clack" de las fichas del Mah-Jong indica la vecindad de un hotel o de una casa de té, Nankin es silencioso. La policía haría honor a cualquier país; constituye el cuerpo policial más elegante, más eficaz y mejor organizado de toda China y

NANKIN ocupa el último lugar en el cuarteto de las nuevas capitales que el mundo debe considerar como tales.

Desde la captura de Pekin realizada el año pasado por las fuerzas chinas nacionalistas, Nankin se ha convertido de hecho, en la Capital de la República China; pero, según me dicen, los habitantes de este país no reconocerán la nueva capital hasta tanto que no se hayan trasladado los restos de Sun-Yat-Sen "Padre de la República China", desde las Cinco Pagodas de Pi-Yun-Sze, situadas sobre las Colinas occidentales en las cercanías de Pekin, hasta el Mausoleo que se levanta sobre la Montaña Púrpura que domina Nankin, y cuyo costo ha sido de dos millones de dólares.

Hace dos años tuve oportunidad de subir por la senda que conduce al lugar donde descansan los restos del caudillo chino. Hace pocas semanas pude contemplar su rostro a través del féretro de cristal e ir más tarde siguiendo el coche fúnebre hasta su deslumbrante destino en el interior de la magnífica tumba de mármol blanco, allá sobre la Montaña Púrpura, que corona la estupenda escalinata de trescientas sesenta y cinco gradas.

En 1925, me hallaba en Angora, capital de la Nueva Turquía de Kemal Pachá; en 1927 visité la nueva Delhi, la blanca y resplandeciente capital de la India. El año 1929 me sorprende en Nankin; de modo que sólo me falta conocer Canberra para completar el cuarteto.

Delhi y Canberra, a diferencia de Nankin y Angora, surgieron de tierra no edificada. Angora durante varios centenares de años fué el punto de concentración de las caravanas y la vieja ciudad se conserva todavía. Nankin es ciudad de larga historia y con una población actual de cerca de medio millón de habitantes, que se desborda en una enorme área mucho más allá de los límites de las famosas murallas, formando una circunferencia de 26 millas.

Las mujeres de la Nueva China. En el centro del grupo, la señora C. T. Wang, esposa del ministro chino de Relaciones Exteriores, acompañada por sus amistades





CAPITAL CHINA DRUMMOND HAY

LONDRES, diciembre de 1929.

dirige el tráfico con amabilidad e inteligencia.

Desde los tumultos de Nankin, los residentes extranjeros han disminuido notablemente, aunque en los últimos meses, a la comunidad de maestros, profesores y misioneros, se ha agregado la Misión. Consultiva Alemana, que cuenta en su seno con cuatro damas. Siguiendo la costumbre de los alemanes en el extranjero, no tardaron en establecer entre ellos una pequeña colonia, tan limpia y tan confortable como ninguna otra de Nankin, contando con provisión de agua pura, abundante comida, aunque no muy refinada y también con una entidad social: el "kasino", como le llaman ellos.

Se me ha dicho que hay en Nankin alrededor de ochenta mujeres occidentales, la mayoría maestras y misioneras. Los funcionarios de Occidente por lo general no traen a sus esposas, ni siquiera en ocasión de la realmente interesante ceremonia del entierro oficial, y en esta oportunidad sólo cuatro o cinco damas occidentales han acompañado a sus maridos.

La señora Bristol, esposa del almirante y comandante del Asiatic de la armada de los Estados Unidos; la señora Castlemaine, esposa del comandante del buque insignia Pittsburgh y la señora Wagner, esposa del cónsul alemán en Cantón, fueron las únicas damas que recuerdo haber encontrado en las diferentes recepciones.

Los mismos funcionarios chinos se mostraron contrariados por la ausencia de señoras del Occidente, pues las suyas se destacaban demasiado.

La señora C. T. Wang, esposa del ministro de Relaciones Exteriores, nos hizo los honores, secundada por un conjunto de encantadoras damas chinas, esposas de los altos funcionarios, que hablaban todas inglés, y entre las cuales se hallaba la señora Hoo, una de las damas más conocidas de la sociedad cosmopolita de Shanghai. La señora Chiang Kai-shek, esposa del presidente, presidió una recepción en honor de las damas invitadas.

Hace cuatro años encontrándome en Angora, en tiempos en que la capital turca se hallaba en su infancia y los "hanoums" emancipados probaban sus alas, pasé momentos muy agradables en varias recepciones con las esposas y las hijas de los oficiales turcos, quienes me parecieron amables y muy dignas dueñas de casa. Este verano lo he pasado con estas "t'ai t'ai" chinas en su nueva capital, algunas de las cuales ensayaban a su vez sus alas en el ambiente de la sociedad europea. Su serena desenvoltura demostraba a la vez gracia y dominio de sí mismas.

Los chinos no están satisfechos con que Nankin, su nueva capital, continúe como está.

Las pintorescas residencias oficiales de Nankin, la nueva capital de China

Pretenden para ella "lo mejor del Occidente", y han votado millones de libras para su mejora y modernización y contratan a famosos técnicos occidentales para que la desarrollen y reconstruyan hasta transformarla en la mejor y más hermosa del mundo. Henry K. Murphy, un arquitecto norteamericano que durante varios años ha venido estudiando el modo de adaptar la arquitectura china a las necesidades occidentales, me ha mostrado numerosos cartapacios conteniendo sus planos y sus proyectos para edificios del gobierno, públicos y también particulares, que se levantarán sobre el suelo polvoriento de la vieja Nankin, como un monumento al espíritu emprendedor y a la sensibilidad estética de la joven China nacionalista.

Sun Fo, ministro de Comunicaciones, hijo de Sun Yat-Sen, es un entusiasta admirador y defensor de los planos de Murphy y el presidente Chiang Kai-Shek lo mismo que su esposa, se muestran ansiosos por ver el nacimiento de la nueva capital.

El ingeniero y urbanista Ernesto P. Goodrich está encargado de la ingeniería junto con el coronel Irving C. Moller, con T. T. McCroskey y un alemán de la Misión Bauer, llamado Herr Schubart.

Goodrich prevé a Nankin futura como una super-ciudad ultramoderna. "Posee un río mucho más caudaloso que el Támesis y el Sena y hasta que el San Lorenzo de Quebec. Su panorama de montañas es más hermoso que el de cualquiera otra capital, exceptuando a Berna... y puede sobrepasar a Viena por su Ringstrasse, emplazada en lo alto de una pared (donde se ha proyectado construir una vasta avenida de veintidós millas de largo y cuarenta pies de ancho para automóviles). Se tratará de hacer algo mejor que los diques del Támesis, que el bulevar de Amberes, que el paseo de Riverside de Nueva York. Nankin..." continúa diciendo Goodrich "reune las colinas de Roma y las superficies llanas de Berlín. Podrán duplicarse en ella las torres de Copenhague, restaurando la célebre pagoda de porcelana y las demás. Los pintorescos y viejos canales de Amsterdam podrán ser imitados mediante la restauración de los canales de los Mings. Actualmente se está trazando un nuevo plano urbano que será mejor que el de Washington y el de París y que comprende parques y avenidas más numerosos y hermosos que los de Washington, con el agregado que Nankin tiene un pasado histórico que abarca desde los últimos tiempos hasta los más remotos de sus antiguas tumbas custodiadas por extraños animales de piedra y montículos de cerca de 2000 años de antigüedad así como un legado de obras literarias, poéticas e históricas que puede decirse que rivalizan con las de Atenas".

Sin amenguar este idealismo artístico, tres campos de aviación marcarán los límites Norte, Sur y Este de la capital. En la parte céntrica se levantarán las oficinas del Gobierno; un barrio para las residencias de los pudientes, otro para la clase media y un tercero para los obreros. Se impondrá un sistema moderno en materia de cloacas, de aprovisionamiento de agua pura y de usinas adecuadas; se reconstruirán los puertos; se levantarán nuevas estaciones de ferrocarril, fábricas y carreteras, en tal forma que los parques hermosos y los templos históricos vengan a convertirse en punto de unión de los caminos "para que cada calle cuente con una pintoresca perspectiva", según me explicó Murphy.

El famoso lago de los Lotos se conservará como parque, al paso que un vasto jardín rodeará la tumba de la montaña Purpúrea. El terreno ocupado por el Mausoleo tiene una superficie de cerca de 10.000 acres, que se convertirá en un parque, en jardín zoológico, en campos de experimentación para la producción científica del trigo y del algodón, en jardín botánico con invernáculos, para lo cual la Cámara de Comercio de Hanhow ha ofrecido 20.000 dólares mejicanos.

Dentro de los límites del jardín se construirán siete escuelas que serán precursoras de los institutos educativos rurales.

Con motivo del Funeral Oficial, se recibieron 6674 árboles remitidos por las diversas provincias de China y por varios países extranjeros, los cuales se conservarán y se aumentarán mediante fondos especiales. Kiangsu y Szechuan encabezaban la lista de obsequios con 2500 libras cada una para el embellecimiento de los jardines.

La nueva Nankin está destinada a convertirse en una hermosa ciudad si se ponen en práctica los planos actuales, y con el tiempo llegará a ser, junto con Pukow, ubicada en la otra ribera del anchuroso río, una Budapest china y la piedra angular del comercio y de la industria de su país.

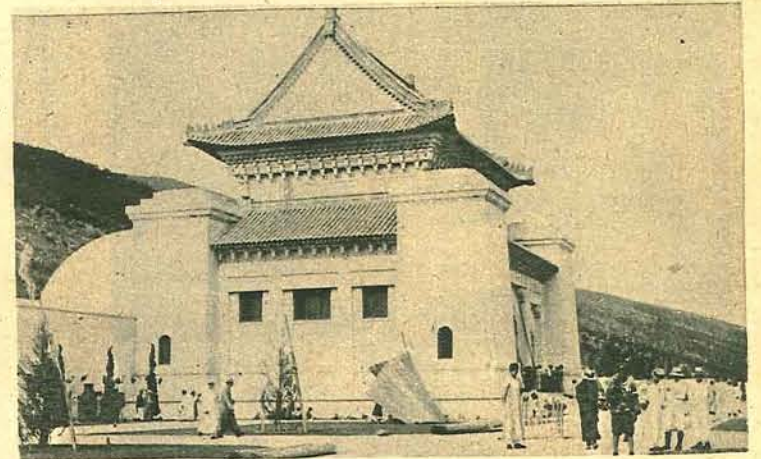
Contemplando las coronas depositadas en memoria del gran estadista Sun-Yat-Sen, "El padre de la República China", en Nankin



El arquitecto de la nueva Nankin, Mr. Henry K. Murphy, acompañado de la señora Wang, en el Lago de los Lotos. En el fondo se ve la muralla de Nankin



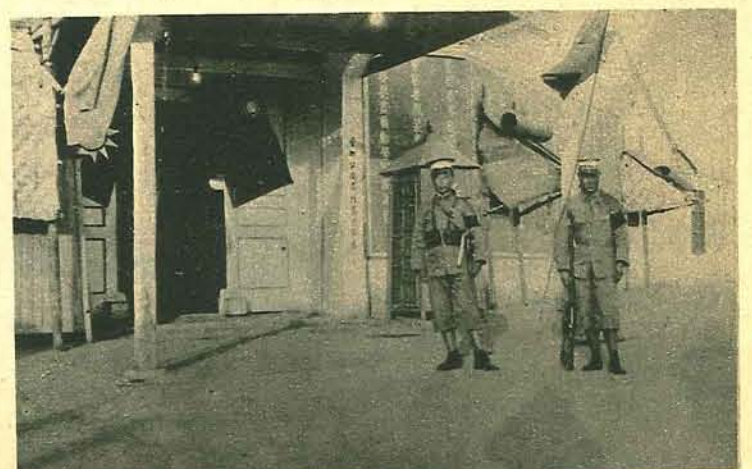
Una escena callejera en el centro de la ciudad



Mausoleo levantado en la Montaña Purpúrea para contener los restos de Sun-Yat-Sen



Viviendas ribereñas en el pueblo de Sampan, Nankin



Centinelas de guardia en la parte exterior de la residencia oficial, en Nankin



Las actrices Emilia Pezzi, Josefina Suárez y los actores Samuel Giménez y S. Viltes, del Teatro Nacional, entretienen sus ocios en un intervalo



KODAK TEATRAL

Ernesto Deutch y Alexa von Porensky, de la compañía Urban, que actuará la próxima temporada oficial en el Maipo



Laura Hernández, la conocida tiple, adopta en la playa una "pose" coreográfica



El aplaudido barítono Jaime Miret, de la compañía del Teatro Avenida



P O R GUILLERMO H O U S E

I



N día de diciembre, caluroso y pesado, regresa Juvenal Oviedo a Intihuañi, la aldea serrana de donde saliera para cumplir con la patria. Es un mozo de aspecto indefinido, insignificante casi, con cara de hombre maduro. Uno de esos muchachos que, físicamente, parecen estar fuera de la juventud, porque son la pinta del viejo que los despachó al mundo y así seguirán siendo "hasta que estiren la pata"...

Ese aspecto de madurez, que si no inspira en él mayor simpatía, en cambio le proporciona un arma valiosísima para la lucha por la vida, es complemento de un espíritu nada apagado, pero que no deja traslucir el verdadero carácter de su dueño. Y le servirá de mucho en la empresa que habrá de acometer.

La mensajería automévil que lo reintegra a la vida civil marcha trepando las laderas o descendiendo a las quebradas, vadeando los arroyos de linfa cristalina que tienta a beberla, y se balancea por los faldeos, envuelta en una nube de polvo y oculta casi por la carga de sacos de correspondencia, bolsas y demás impedimenta con que el conductor abusa de la "paciencia" del viejo y destartado "fortachín".

El vehículo, que hace prodigios por esas cuestas de Dios, que compite ventajosamente con la mula y hasta suele tener sus recelosas empacadas y bufidos de advertencia, viene desconocido, lleno del polvo del camino y hace ya tiempo que ha perdido el negro reluciente con que salió de fábrica.

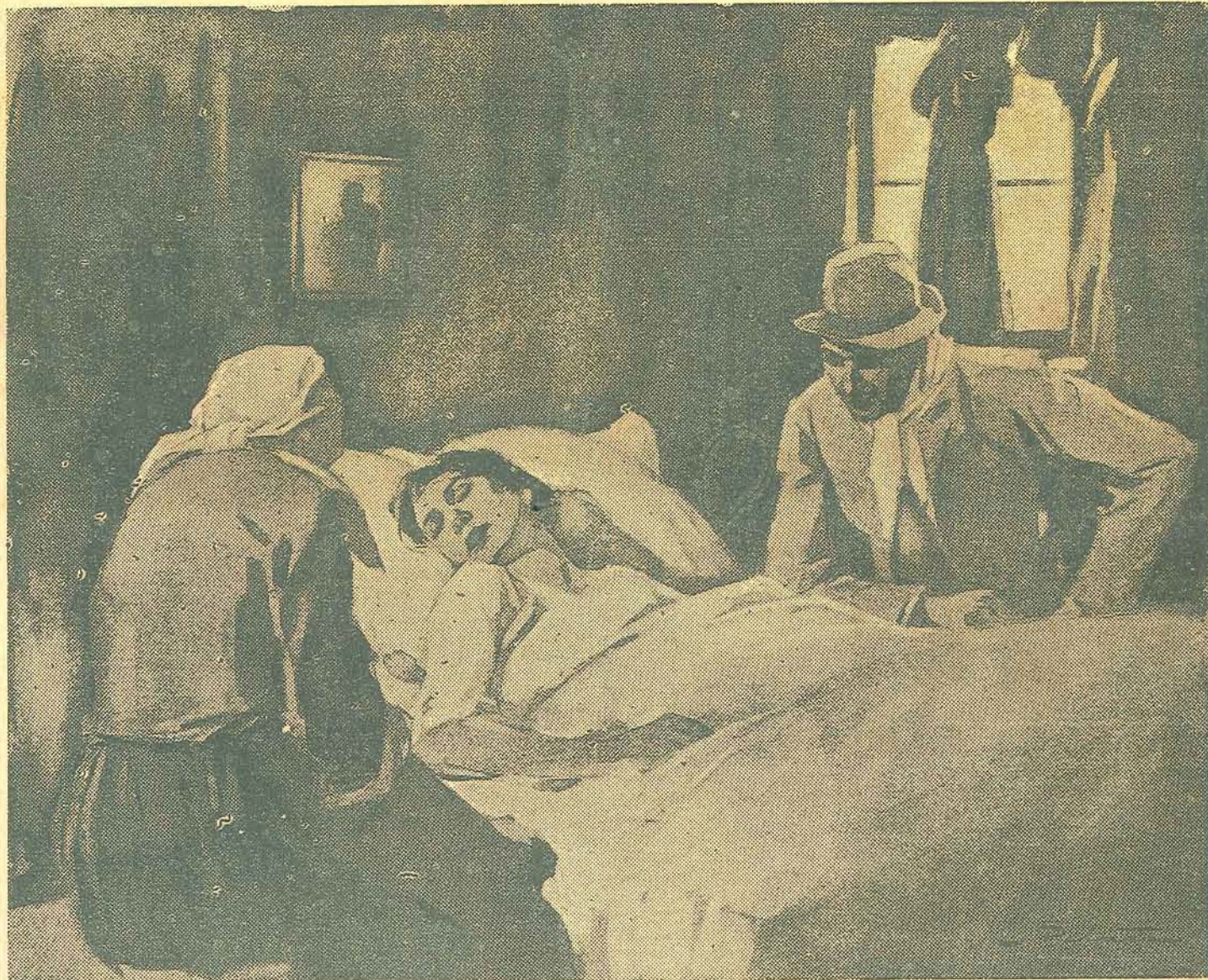
Junto con los tres pasajeros, Juvenal Oviedo sufre las molestias de un viaje penoso y largo. Pero ¿qué son estos inconvenientes comparados con la inmensa alegría de volver a la querencia serrana; con la satisfacción de poder cambiar una sujeción por otra acaso más cruel, porque lo atará al trabajo por todo el resto de la vida, pero aparentemente más blanda? Curiosa alegría cuyo secreto no está sino en el cambio de un yugo por otro...

Cuando la insulsa y a ratos pesada charla de los compañeros de viaje le deja un rato para pensar, reparte el recuerdo entre lo que dejó en la aldea al alejarse para la conscripción, y la vida de cuartel, que acaba de poner en su espíritu una como añoranza de agri-dulce sabor.

—Recuerda que en la sección "Enfermeros" del hospital divisionario ande prestó sus servicios, ha aprendido muy muchas cosas, y hoy, gracia a la conscripción, sabe poner ventosas, vacunar, aplicar una inyección, hacer vendajes y ¡tanta cosa! que tuvo que aprender en bien de la humanidad, siendo que cuando vino al servicio, las viejas del vecindario le decían que lo llevaban pa qui aprendiera a matar gente, ¡velay!

Y, junto con lo que le da por filosofar, va madurando un proyectito que hace rato viene dándole vueltas al seso y que lo ha obligado a contraerse a aprender "cuanto se ofrezca".

—Ya que en su pueblo no hay médico—¡di ande!—que la única que atiende a lo enfermos es doña Ludovina, la curandera; él, que sabe mucho más qu'eia—porqu'es cosa e no crer la cencia que ha tenido qu'estudear en ese hospital...—él que casi e' un doutor con todo lo que ha aprendido, puede muy bien dedicarse a la medecina... total, no ha e matar a naide... Y bastante que li ha costao recoleutar tantísima hoja del "Consultorio médico" de unas cuantas revistas semanales que solían ievar al hospital pa distracción de lo enfermos y un montón de prospectos de cuanto específico mandaban las droguerías como propaganda... ¡Y nada e' eso! El cerote que se ievó cuando por una nadita casi lo pija el cabo Montero, haciendo colisión de algunos d'eso'específicos... Porque no dijéramos la jeringa que se amañó en restaurar, valiéndose de otras dadas de baja, pero el algodón y las vendas que, por purita casualidad, aparecieron en su alforjas... Sabe Dios cómo ha podido salvar esas cuatro pavaditas que, al fin y al cabo, pa él son todo, si vamo'j'aver... Y ojalá s'enoje doña Lu-



UNA CONSULTA URGENTE

ILUSTRACION DE JUAN PELAEZ

dovina, está resuelto a imponer la cencia en toditito el pueblo...

Mientras el "fortachín" va devorando kilómetros y la conversación se hace por veces interesante, Juvenal Oviedo tuerce, inquiriendo datos sobre cosas de la aldea que le interesan. Por ejemplo, se atreve a preguntar al "chauffeur":

—Y, doña Ludovina ¿vive todavía?

—¡Cómo no! Y por suerte... Si es la única entendida en Intihuañi. Y regüenaza pa curar. Si no fuera por eia...

II

No han pasado aún tres días desde el regreso al hogar de Juvenal Oviedo ni los saludos de bienvenida han terminado, cuando ya su fama se ha hecho y ha traspuesto los límites del vecindario, para llegar hasta los ranchos más apartados del lugar. Es una fama ficticia, a base de comentarios y sin que curación alguna la justifique, como sucede con algunos médicos.

—¡Gracia! a Dios que no'ha mandao un doutor! De algo te ha servido la conscripción, muchacho—dícete un vecino espectral y amigo de la casa.

—Si—asiente don Recesvinto—ya es tiempo qui hagamos a un lao a las curanderas. L'hijita e doña Felisa n'hubiera muerto, de haberle remediao un doutor.

—Al Nicanor, cuanti le togu'el servicio, vo'a pedir que me lo enseñen pa médico. Es lo mejor... —comenta una vecina que tiene huerta en el alto.

—Y ha'i cóbrar barato, sindudamente—aventura otra vieja.

Así, sin mayor esfuerzo de su parte y hasta sin mayor responsabilidad tampoco, los familiares y amigos se encargan de propagar la noticia de que "Juvenal Oviedo ha regresao de Córdoba, ande estudeó pa médico en la conscripción militar; y que va a armar un consultorio o cosa así"... Cada nuevo visitante acrecienta, con sus preguntas o con sus plácemes, la autosugestión del muchacho, hasta el punto de que a veces, se pregunta él mismo por qué razón pudo alimentar en cierto momento como quimérico un proyecto que le resulta, ahora, a todas luces absolutamente razonable. No obstante, suelen asaltarle escrúpulos, pero discúlpase de inmediato con la re-

flexión de que doña Ludovina, con menos títulos que él, cura a mansalva.

III

El primer caso se le presenta a los cuatro días de su arribo, sin haber tenido tiempo siquiera para dar un repaso al "Consultorio médico", legajo que guarda celosamente en la petaca, debajo de su catre. Y es, precisamente, el sujeto que Juvenal Oviedo necesita para consolidar el crédito que, a su fama, ha adelantado el vecindario. Felizmente, se trata de un caso de los que, muy a menudo, ha visto y contribuido a curar: un herido, exento de gravedad. Con una buena desinfección, malgrado los escasos medios de que dispone, una gasa y un prolijo vendaje, el hombre queda listo y en condiciones de propalar la excelencia de los servicios del nuevo médico.

Juvenal no cobra los primeros honorarios. Es discreto y humano... "Hará camino este mozo", es lo que se puede coleccionar del cuchicheo de los paisanos que acompañan al herido.

—Así se cura, ¡velay! Nad'e yuyos ni palabrerío... —afirma un serrano que debe a la curandera una yunta de pollos por cierta consulta.

—Vaian tranquilos... Pasao mañana iré a verlo—dice el doctor con una seriedad que acaba por convencer.

Este y otro caso que se le ofrece al día siguiente y del que sale airoso con una receta extraída, a duras penas, de sus prospectos de específicos, lo consagran definitivamente.

Una semana después vienen a requerir sus servicios desde un rancho situado a la entrada del villorrio. Trátase de una enferma que lleva ya varios días de cama, tiene fiebre y se queja de un fuerte ardor en la cintura; además, "es moza de muy muchas posibilidades"... Juvenal Oviedo se rasca la cabeza y apachuga.

Después de un examen, durante el cual ha tenido que luchar con los escrúpulos de la madre y de la hija y del que sale más a oscuras que antes, ya que casi todo se ha efectuado a regular distancia, da cuenta de que está frente a un caso difícil. Ha auscultado los pulmones y el corazón, este último con encomiable prolijidad, y "no oye más que puro bochinche adentro... ¿Será resfrío? Bien puede ser. O, tal vez, gripe... En esto d'enfermedades de mujeres... francamente... Además, eia se pone colorada y le mezquina, en cuanto él entra a examinar. Y la vieja... ¡Dios mi asista! Si es capaz de poner nervioso a cualquiera!"

Por fin Juvenal Oviedo se resuelve y ordena reposo y dieta absoluta. Mañana volveré temprano. No hay que asustarse.

—Por el momento, no me la remedeé, señora...

—¿Un tececito e ruda, don?

—Nada e yuyos, ojála le duela lo que le duela.

♦ ♦ ♦

Esa noche, sentado a la luz de un candil, recorre febrilmente su "Consultorio médico". Nada de lo que en él aconsejan los semanarios le resulta aplicable a este caso que se vuelve por demás dificultoso.

Su dedo regordete y sucio sigue las líneas que lee el seudo galeno con dificultad:

"MONONA-Rosario. — El hecho de ponerse colorada sin causa aparente, es consecuencia de una alteración del gran simpático"...

—¡La pucha! Eia se puso bien colorada—y, ¿no?—cuando io dentré a examinarla... No se si será cuestión de simpatía... Bueno... io no tengo la culpa d'eso... Ma ver est'otra:

"UN DESESPERADO-Jujuy. — No debe usted asustarse porque se le caiga el cabello"...

"DOROTEA-Paisandú. — Antes de cada vez, dele una cucharadita de jugo de naranja y sóbele la barriguita"...

—¡Ajá! Aura sí... tan fácil... Ya la estoy viendo a la vieja... "sóbele la barriguita"... ¡Cómo no!

"RESTITUTO-Monteideo. — Para la lombriz solitaria"...

"ALMA SOLA-Buenos Aires. — Hágase practicar masajes en el dedo y suprima el aceite de hígado de bacalao"...

—Güeno. Esto va de mal en peor.

"GALLEGO ENTONADO - Córdoba. — Mantenga el tratamiento bromural intensivo, "sine die". No olvide que "tempus edax rerum"... Y, sobre todo, cuídese de los curanderos y charlatanes que prometen curar hasta la sarna de las moscas. La medicina no es capaz de tanto".

—Ya entró a macanar. Me parece que este doutor li anda mañerando a los contestos... No ha i saber gran cosa.

—Pero, muchacho, te vais a consumir en vida, causa e tanto estudeio—llama la madre desde el cuarto vecino—. Andati a dormir, no sias tan desagerao!

—No si aflija, señora. Haga e cuenta qui ando e baile.

Prosigue. Otra media hora pasa en consultas y registro de papeles que él solo entiende. Muere la vela de sebo

(Continúa en la pág. 33)



Cuatro escenas diversas de la pieza "El gran viaje", original de C. R. Sherriff, en su adaptación francesa y representada durante la actual temporada en el Teatro Edouard VII de París



PIEZAS DE GUERRA "EL GRAN VIAJE"

horror de las trincheras. Sin embargo, su éxito fue lento y dificultoso. Pese al tema, que podía ser un acicate,

OCTAVIO RAMIREZ

los que siguen de lejos la rápida carrera de sus condecoraciones, es el héroe joven, doblemente decorativo, en

su valor y en su juventud. Pero de cerca, íntimamente, tiene que ser, para todos los que con él convivan un rato, el hombre marcado para siempre con las huellas del alcohol. Y entonces, para conservar toda la ilusión en los que lo siguen con arrebatado lirismo, quiere esconder su realidad en la trinchera, mientras al exterior sólo trasciende el prestigio de su fama.

Esta lucha continua, desgarrante, explica la aparente incongruencia de sus actitudes. No ha ido a visitar en los licenciamientos a la novia adolescente para que no le vea en su deformación física y sólo conserve el recuerdo de su valor militar. Recibe con frialdad, más aun, con indignación, la llegada del hermano de la novia y antiguo condiscípulo que lo admiraba a la distancia, porque lo desespera comprender que, al poco rato, se dará cuenta de su arrojo artificial y mirará con desdén la palanca que lo mueve. Es un idealista; un romántico fuerte, forjado al calor de la pólvora, que sólo aspira a conservar intacta en los seres que quiere la aureola de su heroísmo. Por temor a perderla comete actos en su forma reprobables. Trata duramente al muchacho que no tenía otra ambición que servir a las órdenes del compañero glorioso, porque lo mira como un espía de su gloria. En su afán de conservarla, llega hasta mucho más: llega hasta leerle la correspondencia por temor de que le revele a la hermana, la novia que lo cree héroe, la penosa verdad de su fama.

Pero después se agranda. El jefe viene en busca de dos oficiales para una comisión difícil, de las que generalmente no se vuelve. Propone el coronel al muchacho que acaba de llegar. Trata Stanhope de negárselo. No se percibe, en su primera actitud con claridad suficiente si, en el fondo, le halaga la idea de deshacerse de él en esta forma tan fácil. Sin embargo, andando la pieza, se echa de ver que no. Domina persuasivamente al compañero alucinado por el terror de las trincheras. Siente, con hondura, en un momento casi rebelde, la muerte del íntimo amigo enviado al sacrificio. Y al término de la pieza siente profundamente al muchacho que ve morir, lo siente, dejando entrever la intensidad de un gran cariño. Por momentos despierta el corazón bajo la fría coraza guerrera; pero también, pasado ese momento, la fibra sensible se endurece y Stanhope es, por encima de todo, el hombre de la guerra, hecho a la resignación de ver morir a su alrededor, de morir él también si le llega su turno, sumiso a la disciplina; callado ante el destino inapelable; un poco nervioso ante la expectativa del combate, pero al entrar en pelea impasible, como la fatalidad de la contienda.

Este autor de su primera obra, este hombre de negocios y de club que un día tomó la pluma para volcar en un escenario la trinchera que había vivido en horas interminables, ha cons-

truido su pieza con una absoluta despreocupación de las reglas del teatro; más todavía, con un desprecio casi intencional de los resortes del éxito. Comienza, para empezar a analizarla por su armazón de conjunto, por no tener argumento y hasta por no tener desenlace, por lo menos en la parte que más interés ha despertado en el espectador y que es la vida de Stanhope y su posible vinculación con la novia lejana. Esto, que podía ser su asunto y como trama sería la única, no pasa de una referencia de las primeras escenas; y el último telón cae en el momento en que el protagonista entra al combate, sin apuntar ningún indicio sobre su vida y su suerte. Luego, está escrita con un sentido mucho más aguzado de novela que de escena. Carece de la síntesis del argumento de amplios y generales trazos y, en cambio, se complace en la reproducción de los más pequeños detalles del ambiente de trincheras. No hay en su realización, extremadamente sobria, un golpe de efecto buscado y artificioso. Y hay, sin embargo, naturales y espontáneas, varias situaciones de verdadera y fuerte intensidad teatral. Produce honda expectativa toda la escena de la carta, leída ante la sombría desconfianza de Stanhope, como provoca recogimiento helante el regreso de los que han ido a la misión, "de las que rara vez se vuelve". Y ha triunfado prescindiendo de dos elementos que parecen indispensables al gusto de los espectadores. En ningún momento se toca, ni de pasada, el tema amoroso, que es, en el teatro, el que inmediatamente despierta el interés y concentra la atención. Y lo más sorprendente todavía es que no aparece en escena ninguna mujer. Sólo se habla de la novia, ya como un recuerdo lejano, y más alejado aun de la escena; y sus tres actos, divididos en varios cuadros, se desarrollan entre hombres cubiertos de polvo y salpicados de sangre, desencajados por las guardias y la incertidumbre, que hablan casi exclusivamente sobre temas de guerra con naturalidad, con precisión, con palabras justas, por momentos recias, como el sonido de los proyectiles agrietando la tierra. Y a pesar de todo esto, a pesar de no tener trama ni efectos teatrales, ni intriga de amor, ni mujeres, ni nada de lo que atrae el éxito por las vías fáciles. "El gran viaje" se comprende que lo haya logrado, tiene que lograrlo, por la poderosa sugestión de ambiente que trasuntan, comunican, infiltran, hombres y actitudes, como si una trinchera se hubiera arrancado a la tierra y colocado, íntegra y exacta, sobre un escenario.

DEl cuando en cuando no es la obra francesa la que se mete en el alma sensacionalista de París. Ha solido ser últimamente la novedad rusa, lírica, extraña o piadosa, según que su autor se llame Andreieff, Chekov o Evreinoff, como fueron años antes la luz meridional de D'Annunzio o la bruma nórdica de Ibsen.

El teatro francés se basta a sí mismo para la sensación de la ciudad, para la avidez, siempre renovada, de sus públicos. Pero alguna vez que otra admite, con mucha cautela, tras una selección muy prolija y una previsión un poco desconfiada, la producción extranjera que, si triunfa, adquiere derecho de ciudadanía, porque ha traído belleza y emoción, como el meteco que en el mundo antiguo se le hacía hijo de la ciudad que regaba con su oro. No ha sido, sin embargo, el teatro inglés el que más ha deslumbrado los bulevares encandilantes de París. En los últimos años sólo Bernard Shaw, sin parar en alguna que otra excepción aislada y sin trascendencia, ha tenido cabida en sus escenarios, con más desconfianza que admiración, hasta llegar a su "Santa Juana", que fue un acontecimiento, aunque en parte fuera, más que todo, de sorpresa. Y, de pronto, una pieza de autor inglés es el suceso teatral de París, uno de los primeros y el más ruidoso y el más elogiado estreno de la actual temporada. Hay para ello una razón, además de los valores superlativos de la obra. Su tema, su ambiente, sus personajes, son la guerra, la última gran guerra, que ya de por sí constituye un asunto común en el común sufrimiento. Se llama "El gran viaje", traduciendo literalmente el título francés, con una ligera modificación del nombre original inglés que es "El fin del viaje"; es su autor R. C. Sherriff—no he encontrado su nombre y no es fácil encontrarlo fuera del libretto de esta obra, pues es ella su primer ensayo literario—, y tiene en este momento instalada su capilla ardiente de trincheras en un escenario parisiense. No llegó con facilidad. Por el contrario, su carrera teatral es curiosa y accidentada. Su autor, que nunca había sido hasta este momento un hombre de letras, sino un hombre de negocios y de club, además de haber sido en la guerra un soldado, tuvo un día la idea de llevar a las tablas sus recuerdos del frente sangriento. Para ello ideó y realizó una pieza en la cual trató de reproducir, en pequeños, gráficos y, en muchos pasajes, emocionantes detalles, el

Su tipo central, Stanhope, encarna su idea y su nervio, mientras los personajes restantes forman alrededor su ambiente. Stanhope constituye una extraña y fuerte fisonomía espiritual. Capitán de un pelotón de trincheras, es adorado por sus oficiales y soldados, porque les infunde valor ante el peligro, empuje en el ataque, ánimo en las largas esperas, confianza en el esfuerzo y orgullo en la compañía. Para sus superiores es un oficial acreditado y seguro; y, aun sin la repercusión de la popularidad, llega hasta los que lo conocen como un joven héroe. Sus viejas amistades de colegio se envanecen del prestigio viril del condiscípulo, y la novia de la adolescencia lo ve, desde lejos, envuelto en una aureola de heroísmo. Stanhope es sereno, cumplidor y, cuando se hace necesario, hasta arrojado. Pero lleva penosamente dentro de sí el secreto de su valor y de sus condecoraciones. Su coraje no es inconsciencia del peligro, ni desprecio de la muerte, ni serena resignación ante el destino de sangre. Le crujía el crujir de las balas y le tortura la idea de que se está jugando la vida. Pero ha llegado a la trinchera con la firme decisión de cumplir con su deber militar. Para ello se esfuerza, lucha, se sobrepone y, como todo eso no es bastante, bebe. Bebe en exceso, hasta excitarse y olvidar. Entonces, en ese estado de ánimo, que ha acabado por hacerse constante, es el más denodado oficial del regimiento. El alcohol es el carburante que mantiene su organismo como una esforzada y gloriosa máquina de guerra. Pero el alcohol ha acabado por hacer también sus estragos, que llegan hasta mostrarse visibles. El capitán, sereno y firme ante el peligro, se hace de pronto, en los momentos de excitación, intemperante, brusco, brutalmente agresivo; y el temblor del alcohol, que por una extraña reacción le ha hecho más firme el pulso para empuñar el revólver, se lo hace oscilante, con la copa en la mano. Stanhope, que es un hombre que se analiza y se conoce, percibe, en su doble aspecto, su situación actual. A la distancia, para

EL EDEN Y LAS
BESTIAS

SEGUN tradiciones sagradas, el hombre en la infancia paradisíaca del mundo, gozó de la amistad y confianza de todas las bestias. El edén era como un jardín zoológico. Acaso vestigio de esa abolida fraternidad sea en el niño la armoniosa simpatía que, en general, le allega a los animales.

Por ellos, sobre todo si eran chicos, Juancito gustaba lo más vivo de su ternura, la misma quizá que las niñas ponen en sus muñecas. Afinidad electiva entre los hombres niños y los animales niños. Un gatito, por ejemplo, era preferible al mejor juguete. Era, en efecto, un juguete de cuerda inacabable, cuando se ponía a divertirse con un papel, un carozo, un huso que baila. Sus saltos bruscos, el estirar, encoger y tantear de sus garras, su trepar un tronco o una pata en un pestaño, ¡qué lindura! Y qué gracia, cuando, asustado o encorvado de pronto, se criaba frondosamente de lomos y de cola acompañando su guardia con estornudos de ascua escupida.

Los pollitos eran otro de sus hechizos, y no valían las más ceñudas prevenciones ante su comezón de hurgar las nidadas de las chuecas para enterarse ¡el primero! del número y filiación de los recién venidos y reventar la incontenible noticia.

No era menor su entusiasmo por los burritos. Con su peluda suavidad de poncho recién cardado, sus orejas como de aumento o postizas, su cabezota y sus travesuras de enano, los burritos eran como chicos de cuatro patas — más inocentes y más bellacos a la vez que los otros.

Un día — ¡qué alegría! — le regalaron un chivito. Pero su madre se apresuró a advertirle que no sería posible criarlo en la casa. ¿Cómo? ¿Por qué? Y supo con tamaño asombro, que un chivito, así con todo lo bonito y gracioso que pintaba, era el demonio mismo, y en el instante menos pensado se endeudaría en las plantas chicas de la quinta o en las del jardín... No se convenció del todo, sin embargo. ¡Oh, lo dirían seguramente para contrariarlo ya que todo lo que significaba un gozo para los niños — los caramelos, el pan recién sacado del horno, conversar en la cocina con los peones, enlazar los terneros, bañarse a las siestas en la acequia, etc. — lo prohibían los mayores). Además, podían perder cuidado, él lo tendría atado siempre con un lacillo en la quinta o la viña, donde pudiese ramonear, o le llevaría pastito cortado. Porque, de veras, verlo al animalito correr a brincos, pararse en dos patas como un chico, defenderse a moquetes de los cuzcós, saltar sobre el horno y parando el rabillo a modo de índice sembrar sus negras semillas, trepar al tapial, balanceo, balanceo, sin dejar de manducar a toda máquina con ese apuro que él tenía... todo eso era una alegría continua.

Mas la profecía de la madre resultó fácil. Una mañana el jardín amaneció como si el granizo y la langosta lo hubieran visitado esa noche. Junto a unas archifamosas plantas de clavel, roídas hasta el tronco, remansado sobre sus cuatro patas, el autor de la hazaña descansaba de ella rumiando con la más eglógica placidez. Hubo un escándalo desaforado, y las hermanitas alzaron el lamento de las grandes calamidades. Y padre alguno sintió nunca anudarse más su corazón ante la muerte de un hijo que Juancito escuchando de lejos el clamoreo de su favorito empujado fuera de la vida.

Pero el olvido es el ángel guardián de los niños, y a los no muchos días un nuevo amigo lo curó de la nostalgia. Era "Milico", un cachorro de "fox-terrier". Se lo regaló un viajero. Era moquito de orejas y rabón; blanco como un huevo, su única mancha negra parecía una onda de pelo volcada sobre un ojo. Entendido el pergenio como un muchachito. "Deje eso", "acuésese aquí", "corra ese chanchito". Y él obedecía sin equivocarse. Desde un principio dejó entrever también su clase. En sus jugarretas con los perros grandes, no quería ser menos que nadie y creía que su rabia podía desquitarse su pequeñez. Si se prendía de un

animal era como un tabano. Pero qué alegría la suya.

El gato, el chanchito, otro perro, el látigo que colgaba de una mano, un pedazo de cuero, le eran pretexto para jugar horas enteras. Como la de una calandria a través de su canto, su animula transparente se derramaba a través de su juego y era un contagio de alegría para todos. (Muchos años más tarde, Juancito se acordó de su perro escuchando al más canino y piadoso de los filósofos: "El perro es el único amigo del hombre. Si él no existiera, no querría vivir").

Cuando "Milico" llegó a grande.



despertó el pecho de su amo el entusiasmo que levantan los héroes. ¡Qué arrojo, qué aguante! Con olvido total de lo finito de su cuerpo y de su hocico, se batía con los perros más grandes y sólo con ellos. No siempre la sacaba bien, es claro, pero él cejar o jugar miedo; ¡cuándo! Con el del vecino, un dogazo temido, vivían jurándose y las agarradas eran de muerte. Peleaban muditos, y apenas se les sentía el jadeo. Muchas veces "Milico" llegó arrastrándose, cosido de heridas; y, más de una, estuvo a la muerte, metido bajo un catre, por varios días, sin probar bocado.

A Juancito se le saltaban las lágrimas cuando entre el alboroto de los que no podían separarlos, su pichicho quedaba debajo, doblado — ¡ah, cuán a despecho de su coraje loco! — por el cuerpo enorme del enemigo. Pero cómo se le criaba el pecho cuando "Milico" podía prenderse de la garganta del otro, que con toda su talla de grandulón, sólo atinaba a gimotear, sin poder zafarse, como apretado por una viga. Un



inútil cuanto hicieron para salvarlo. Un sacudón último y el lindo y terrible animalito se soscó para siempre, con la lengua salida y los ojos viscosos. La pena de Juancito, muy grande, no fue pura, porque le llegó entre un fermento de odio y desprecio sin fin hacia el que pudo hacer aquello, y porque entrevió hasta dónde podía ser mala gente. Por la noche tuvo un sueño curioso y al otro día preguntó a su madre si los perros tenían alma y si podían ir al cielo. Pero su madre lo estrechó sobre su pecho y no le dijo nada.

A pesar de haberla visto tantas veces, la víbora no perdía para él su misterio. Por lo pronto, el que pudiera caminar así sin patas — ¡a ver, qué otro animal lo hacía! — era ya un asombro. Después, que lograra, así, con ese tamaño, matar un hombre y aun una mula, era otro y no menor. Después, ¿cómo un bicho sin plumas podía poner huevos? ¿No sería cuento? Por otra parte, como el duende, ella elegía las siestas para salir; era cuando dejaba su camisa. Oh, ¿y sería cierto eso que había oído contar más de una vez, estremecido hasta lo íntimo, el que la víbora solía mamar a las madres que dan el pecho, mientras pone la punta de su cola en la boca del niño para que no se despierte?

Con el sapo era otra cosa. En verdad, él no se explicaba el miedo o asco que provocaba, sobre todo entre las mujeres. ¿No era lindo escuchar su canto en las tardes de verano, o por la noche, en cama, mientras nos va ganando el sueño? ¿No salía para anunciar las lluvias tan esperadas? Aseguraban que orinaba en los ojos — con algo debía defenderse el pobre — pero en cambio, destruía hormigas y langostas. Además, aquella hazaña suya tan mentada de matar a la víbora sitiándola con un cerco de baba, bien podía ganarle la simpatía de todos. (Todo eso, sin embargo, no estorbaba que Juancito se divirtiera de lo lindo hondeando a los pobres sapos en el pozo).

De los pájaros ninguno atareó más su curiosidad que el crepín, el pájaro que convida a las segadas. Era, en primer lugar, porque aquella ave había sido una mujer, y sobre todo porque



nadle o casi nadie podía verla. El la vio, sin embargo, pero no pudo lograr que nadie se lo creyera. (Sólo más tarde, hombre ya, aprendió que cuando alguien llega a ver algo que los demás no pueden ver, debe resignarse a que no se lo crean).

LA VOCACION DEL FUEGO

El estallido de un arma de fuego era para Juancito, como para todos los niños, una alegría ingenuísima y heroica. Tratábase, sin duda, de una simple especificación de su frutiva afición al ruido (cuando más levantado mejor) que debe ser, en el alma infantil, un instinto de agresión contra el final si-

lencio de la muerte, como el de su movilidad lo es contra el definitivo reposo. Además, podía confundirse aquí con el instinto beligerante latente en el niño. Y finalmente, la atracción del fuego. Porque después de los otros elementos menos peligrosos — tierra, agua — el fuego empieza a atraer al hombre.

El hombre más admirable del pueblo era Ismael, el herrero, que en la fiesta de Reyes deslumbraba soberbiamente a la noche con esa magia que se llamaba fuegos artificiales. ¡Qué esplendor y qué delirio! ¡Qué gozo! El rudo hombre de yunque y de fragua convertía al fuego en un payaso brujo. Y el cohete volador era un vivísimo gusano de luz; y la bomba de luz un chubasco de luceros multicolores; y el buscapié el más bellaco duendecito rastreador, y la rueda, la más encandiladora, asordadora y vertiginosa de las maravillas.

A Juancito la pólvora lo tentaba como un demonio negro. Que al contacto de la más pobre chispita desapareciera con semejante reventón, dejando apenas un poco de humo, era sin duda un misterio. ¿En qué cosa se veía algo igual? Hasta ese olor tan extraño le sugería no sé qué de infernal y prohibido.

A la sazón pesábale al respecto la más categórica de las prohibiciones, argumentada con ejemplos espeluznantes. Mas, a pesar de ello, o por ello mismo, su tentación no bajaba. Ciertamente, los cohetes, alados o rampantes, no le interesaban ya; había hecho también suficientes ensayos en cartuchos, canutos, frascos. Una siesta, después de no injustas aprensiones, se decidió a probar qué efecto produciría la pólvora en un hormiguero. Sabía que éstos eran rebeldes a cualquier tratamiento. ¿Por qué no habrían ensayado la pólvora? No ocurrírseles, caramba. Pero los grandes, lo sabía, se oponían. Había que proceder por cuenta propia y en secreto. Y así fue. El hormiguero elegido estaba en la vereda. Y en la siesta de marras un retumbo sísmico echó puertas afuera al vecindario roncante. Un boquete en la acera, cascos esparcidos en varios metros a la redonda, pedazos de revoque al pie de la pared... La energía de la intervención paterna influiría algo, sin duda, pero es lo cierto que la comezón piro-técnica pareció dejar en paz su alma por un tiempo desde aquella hecha. No muy prolongado, sin embargo. Una ocasión que juzgó favorable, Nepomuceno, personaje del barrio nunca mal dispuesto para esta clase de colaboraciones, se encaminó a cierto caserón abandonado con objeto de probar el nuevo número explosivo que Juancito había confeccionado. Siéndole del todo imposible asistir en persona, éste debía conformarse con saborear el retumbo desde la distancia y con los prolijos detalles que suministraría el comisionado. Pero el ejecutante no pudo dar in-

formes personales hasta dos semanas después, cuando hubo convalidado del golpe y de las quemaduras.

La prematura afición cinegética es en el hombre tan natural como en cualquier animal de presa. Un puñado de afrecho debajo de un cesto volcado a medias, sostenido por un palito al que va atada la soga traicionera, fué la primera arma de Juancito.

El acecho de la presa — pájaros, palomas —, agazapado por momentos interminables en violenta quietud, lo inició en la paciencia y el disimulo, esenciales virtudes de caza. Conoció después, en campaña contra los loros que invaden en son de guerra los maizales,

la honda de lana, arma primaria y violentísima. Y por fin — sueño logrado después de tanta espera — el rifle y aun la escopeta — arma civilizada y más que humana.

EL DON DE LA RISA

La alegría, y la alegría que chisquiea en risadas cosquillea a porfía la

piel de los niños. No siempre es inocente, claro está, mejor, no siempre anda sin contagio de eso que llaman malicia y aun perversidad los mayores. Precisamente todo lo prohibido y nada más que por serlo, reaviva, como la curiosidad, la risa. Por lo demás, sobre el decirlo, lo que hace reír a los chicos suele dejar serio a los adultos y viceversa.

Juancito, como sus compañeros, hallaba en las palabras, o mejor dicho en su desfiguración, o en la contradicción de su lógica, un veneno de gracia. Por ejemplo, se añadía las sílabas che, cha, etc., a cada una de las de la frase y se obtenía un lenguaje de gran efecto: "cacharacha-dechepecherrocho": cara de perro. El remedo del habla común, traicionada por boca de forastero, era de mayor éxito. Un compañero imitaba, con ademán y todo, al turco Antonio: "Cumbra, baisano, bañuelo seda lagitima; cumbra esta lindo baine, marchande". Qué risa. Otro plagiaba los enojos del gringo Pedro, en conflicto con la policía: "Ma qué anemale de cumesario: dica un po. Propio un anemale". Y para mayor gracejo, el mocoso echaba un escupitajo pintiparado al modelo.

Había juegos de palabras, no siempre de cándida intención, que procuraban gran regocijo.

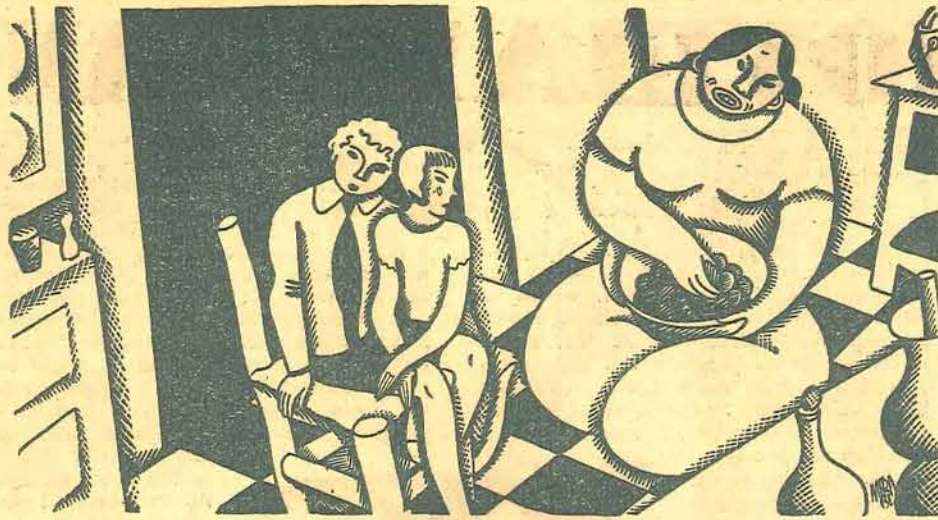
Una palabra desconocida, o simplemente no pronunciada al uso, picaba la risa o la burla. Ya se sabe que lo nuestro no sólo nos parece mejor, sino lo único aceptable. Un porteño que entró a la escuela fue la diversión de todos, por su dicción rapidísima, sus errores revivientes y sobre todo, por sus términos sin sentido. Mire que alegar, por ejemplo, que la "charrasca" se llamaba "ratona", y que los "cerros" se llamaban montañas! Pero no era de asombrarse tanto tratándose de un chico. ¡Qué! Juancito había conocido un chileno viejo que llamaba "frejoles" a los porotos. ¡Qué llábaro! (Juancito, que ahora es un hombre, sabe que las discusiones y divergencias más profundas de los hombres son también siempre, o casi siempre, pura cuestión de nombres).

El perro de la casa, tan grandote y mansito, solía verse atacado por ratos de incontenible expansión. Tomaba un pedazo de cuero o un trapo en la boca y se entregaba, por una hora o más, a la más desaforada y revuelta de las carreras por el patio, la quinta, la calle, la viña. No veía nada, y así era imprudencia cruzarse en su camino, dada la violencia y el tamaño de su masa. Para Juancito y los demás chicos, no había nada tan divertido. Nada, acaso, salvo las enérgicas demostraciones de espanto y desagrado de "Toche", uno de los burros, cuando sentía prendido a su escaso rabo un cuero seco o una lata, y ¡no digo nada! una tira de cohetes.

De ahí, sin duda, por no muy favorable derivación, le vino a Juancito la idea de dotar de una honorable cola de trapo o de papel a cualquiera persona, sin consultar siempre edad o condición. Era cosa de ver. El agraciado iba por la calle tan ajeno a la motivación de las abiertas sonrisas y aun risas que notaba en los rostros de yentes y vinientes... hasta que al fin caía en la cuenta de su sobresaliente actuación. Es claro, no siempre se tomaba la cosa con filosofía y así Juancito se vio dos o tres veces envuelto en conflictos lo suficientemente serios para obligarle a renunciar, con dolor de su alma, a su inocente deporte.

Pese a los aconsejamientos familiares y escolares, Juancito veía en los borrachos — sobre todo en algunos — un resorte de hilaridad. Obscuramente sentía que el hombre, en ese estado, es como un niño, y como un niño travieso.

Una tarde, en casa de su tía, mientras se preparaba una tormenta, llegó don Sergio, un pariente lejano. Traía los ojos vidriosos y el paso dudoso, y la tía movió la cabeza sin saludarlo casi. Gruñó de nuevo el trueno, y primero despacio, después con fuerza, el granizo repicó por todos lados. Las mujeres cayeron de rodillas y el rumor de sus rezos se opuso humildemente al de la plaga que iba desbaratando la viña. Cosa solemne. Entretanto, ¡y qué indignación la de los mayores! Don Sergio, con gestos y ademanes de entusiasta convicción, daba su bienvenida al granizo: "—Eso es... ¡Que caiga piedra! ¡Así me gusta! ¡Me tele, hijito!" Hasta que la tía hubo de mandarlo sa-



car puerta afuera. Todo esto, con heroicos esfuerzos de parte de los niños para ahogar los pujos de la risa, más fuertes ahora que la actitud de la tía prometía llegar a cualquier terreno.

Chafa, el mensual de la casa, después de tropezar en la pulpería, solía llegar magníficamente expansivo y se enredaba en relatos de un alboroto y una jactancia que Juancito encontraba divertidísimos, no menos que su indignación ante cualquier sospecha respecto a la anormalidad de su estado. Así un domingo, y no más fué para probar lo fresquito que estaba, juró que montaría en pelo al Pardito. Era este un machito muy petiso, el máximo de bellaquería mular dentro del mínimo de expresión. Hubo grande alharaca entre el chiquillaje. Cumplió su palabra el hombre, pero al sentir sobre su lomo ese peso enorme y desmañado, el Pardito se sublevó con tal brío, que el jinete, con mucha suerte para el tapial, sólo desportilló la borda.

Pero el más prestigioso de estos varones tragicómicos, que Juancito no sabía ver sino por su lado alegre, era don Estratón, el ex sastre. Vecino del barrio, podía verse a toda hora en la calle o frente a su casa platicando con voz marcial y gesticulación exuberante. Discursos patrióticos y electorales, sermones mechados de latín, arengas vecinales, de todo eso había un poco en sus peroraciones de remate. Cuando murió su mujer, don Estratón le cantó vigilia.

EL JARDIN DE LOS SUEÑOS

Como todos los niños, Juancito era un glotón de cuentos. (A veces hubiere despreferido un caramelo por ellos). Ciertas noches, fía Fermína, la vieja lavandera negra, cedía al ruego de la chiquillada, y sentada en el suelo, a la musulmana, se adentraba en esos relatos de esplendor, de terror y de encanto, que sólo ella sabía, mientras sus implacables oyentes escuchaban en un silencio en que hubiérase podido sentir el cerrarse y abrirse de sus corazones. La vieja hablaba y hablaba, como una oruga teje, y sólo allá en los pasajes en que la narración iba a florecer en algún hecho o dicho prestigioso o en algún detalle que debía grabarse porque después cobraba significación insólita, la cuentera, a fin de picar más aun la atención, se interrumpía por momentos en que el tiempo se volvía agudo, para acomodarse la chalina, ajustar el tortero del huso o mirar hacia la luna: —Está colgadita la luna; ojalá tengamos agua.

Y era la historia de la joven pobre que se casó con el rey, y de las hermanas desechadas que le secuestran los hijos al nacer, y de éstos recogidos y criados por un pastor, que parten después, uno tras otro, a la conquista del árbol que canta, del pájaro que habla y del agua dorada, mientras la hermanita que se quedó a la espera se echa al fin en busca de ellos hasta lograr salvarlos, y de todos los encantamientos y asombros que acaecen.

Y era la historia del príncipe que llora la pérdida de su amada, y un día pilló una paloma que viene a cantar siempre a su ventana y se pone a acariciarla, y encontrándole algo como una espina en la cabeza, se la arranca, cuando he aquí que el ave se convierte en una joven tan linda como la luna, que no es otra que su prometida, encantada mediante un alfiler clavado en su corona.

Y era la historia de Chiquillo, maltratado por sus dos hermanos mayores y aun calumniado ante el rey, pero que gracias a lo bueno que es y a los consejos del caballito sabio, puede traer al cabo los tres gorros de oro, la colcha campanillas de oro, la ovejita vellón de oro y ¡qué diablos! hasta el mismo loro adivino de la vieja bruja y el gigante.

Y como esos, eran cuentos sin cuenta—o el mismo oído por vigésima vez—; cuentos de odio y misterio, de amor y maravilla, escuchados siempre con asombro virgen.

Un tropero viejo que un día había llegado con otros trayendo un cargamento, le había relatado por la noche una historia larga como la vida, que él escuchó ávido sin perder migaja, hasta el acabo—, ¿cómo podría si no, conciliar el sueño?—resistiendo a porfía a la modorra y a la madre que lo mandaban dormir. Cuando el otro día quiso repetírselo a sus compañeros sólo recordaba con claridad a los dos perros famosos, Cortafierros y Cortacadenas, asistentes del héroe, y la muerte, a manos de éste, del dragón que venía a devorar a la hija del rey.

Juancito escuchaba con tanto corazón que él también vivía en estos relatos mágicos. Qué odio iba sintiendo por esas hermanas tan envidiosas y traidoras; qué indignación lo crispaba ante la bajuna crueldad de los hermanos mayores con el menor. Cuando la astucia del protagonista burlaba la cólera forzada del gigante, su gozo era tan surgente que le volcaba en risa. Cuando tras penurias infinitas, el héroe, que parecía triunfar de todo al fin, sufría aún prueba más terrible, sentía que las lágrimas le cosquilleaban las pestañas. Y una emoción de otra especie, más íntima y más indefinible, era la de su pecho en pasajes como éste: cuando el campeón viéndose en caso de compartir su lecho con la cautiva libertada, puso su espada entre ambos, o cuando la doncella ofrecida a la serpiente comenzó a llorar en silencio y sus lágrimas despertaron al héroe dormido con tiempo escaso para desenvainar su espada contra el monstruo que estaba ya sobre ellos.

Y qué simpatía ardiente lo iba ganando hasta por los animales y las cosas que obraban en el cuento: esos perros, como él quisiera tener uno; ese caballo más arrojado que el viento; esa espada inextinguible.

Ciertas frases que iban repitiéndose invariables a lo largo del relato, le sonaban a fórmulas mágicas. Análogamente las sacramentales palabras de la vieja narradora que cerraban la descripción pomposa de las bodas: "Y tiraron las sobras para los perros y los pobres como yo". Y aquellas que remataban el cuento: "Y entré en un zapato roto pa que usté me cuente otro". Y acaso más que esos palacios de pilares de plata y techos de oro le daba idea de la grandeza de los reyes ese atributo misterioso de no poder volver sobre lo que habían dicho, aunque hubiese sido en un momento de improvisación o de rabia, de cumplirlo siempre a toda costa, aun en contra suya, ¡ellos, cuyo poder estaba por encima de todas las cabezas y cosas! Palabra del rey que no puede faltar: "¿Qué era esta virtud terrible de las palabras? Éran entonces más fuertes que los reyes?"

Eran muchas más las expresiones que entre todas, esforzaban su fantasía o su mente. "Manjar" era un plato

único, que sólo podían comer los príncipes, y lo más venturoso que puede soñar la gula de un niño. "Serpiente" era el más desaforado de los monstruos, una especie de superdragón. (Qué desencanto cuando años más tarde vió en un libro una figura de víbora y leyó debajo: serpiente. ¿Cómo podía ser?) "Porque de todo hay en la viña de Dios". ¿Cómo era esa viña de Dios? ¿Dónde estaba? No lo preocupaban menos la constancia de ciertos decires: El diablo o los gigantes devoradores llamaban siempre al hombre: "¡Gusanillo de la tierra!" o exclamaban cuando olfateaban su escondida presencia: "Pus, pus, carne humana hiede". Las niñas eran siempre "más lindas que una luna" y con "trenzas que les llegaban a los pies". Los caballos gordos "estaban como para rajarlos con la uña". ¡Ahora, cuánto detalle de sugestión incansable: esa llave del cuarto en que el gigante guardaba los cadáveres de sus víctimas que, aun fregada y refregada, no pudo limpiarse de su mancha de sangre después que la infeliz mujer cedió a su curiosidad mortal; esas tinajas que la protagonista de otro cuento estaba condenada a llenar de lágrimas.

LA UBICACION DE LA DICHA

Los adultos cultivan sin tregua la nostalgia de la infancia. Echan de menos la inocencia porque intuyen que la sabiduría es vana.

Echan de menos la despreocupación porque la sequedad de la ambición los ahoga a ratos. Echan de menos la curiosidad ágil y el maravillamiento ingenuo, cuando el aburrimiento de vivir los extravía.

A todo eso que tuvieron y no tienen le llaman dicha. Y dicen que el paraíso está en la infancia. Pero todo esto, sin duda, es sólo un efecto de óptica: el azul de la lejanía tiñendo de hermosura las cosas, igual en el tiempo que en el espacio. Vestida de poesía y de misterio, la felicidad quiere sonreír en lo que tuvimos, en lo que esperamos tener o en lo que no tendremos nunca, pero jamás en lo que tenemos.

Por eso es discutible que el edén esté en la infancia. Nosotros no podemos saberlo por clara que sean nuestra intuición y nuestra memoria: ya no tenemos el corazón ni los ojos de entonces. A buen seguro que si pudiéramos consultar a los niños sabríamos que tampoco están conformes con su suerte. ¿Es que se puede ser dichoso sin saberlo? Quizá, pero también sería preciso no saber de las penas...

Por cierto que Juancito nunca tuvo tiempo para pensar en esto. Sin embargo, sentía vagamente que sus aspiraciones se verían cumplidas cuando llegase a grande. He aquí que si un hada le hubiera propuesto convertirlo en hombre al toque de su varita, él habría aceptado jubiloso. ¿Qué mucho? Todo niño es en mayor o menor grado un cohibido y un humillado; después obra tanto en nosotros la ilusión de lo que no tenemos.

Ante la mayor parte de las negaciones que iba objetándole la vida, Juancito soñaba en el desquite de ser grande. Cuantas veces, ante una sospecha o un reproche, intentó defenderse o explicarse, segurísimo de tener razón, pero hubo de callarse porque así se le ordenaron y era preciso obedecer. El no era un chico bellaco ni emperrado, mas a veces, obedecer aplastando su voluntad le daban un no sé qué de despecho y de pena.

¿Cuando él fuera grande! Qué satisfacciones aplazadas para esa data remota. Tenía al respecto, fuera de su difusa aspiración de libertad y de soberanía, tanto anhelo concreto. El usar reloj, por ejemplo, qué lindo; oyó decir de chicos que lo poseían, pero eso, o no sería cierto o se trataría de un reloj de juguete.

El bigote de los grandes, no le daba menos envidia; igual que el poder fumar; qué grandes cosas debían ser esas. (Retorcerse el bigote con una mano, bajar la ceniza del cigarrillo con el meñique de la otra, mientras, entornando los ojos, se echa lentamente el humo por la nariz—según viera hacer al capitán Peralta). ¿Y cuándo podría alargar el pantalón? Oh, faltaba un mundo. En cuanto a lo de usar bota y espuela y cargar revólver, ese era el signo verdadero de la hombría. Para ello debería esperar aún varios años. Y el tiempo se arrastraba tan lento...

LUIS FRANCO
ILUSTRACIONES DE B. MIRABELLI



MAX MAUREY, con camisa de seda, de mangas cortas y escote de playa, en la terraza del Palm Beach de Cannes, rodeado por un grupo de escritores italia-

nos, que están, como él, pasando su "villeggiatura" en la Costa Azul.

El escritor parisiense, así como sus colegas italianos, se hallan bajo los fuegos cruzados de los objetivos fotográficos, en grupo o solos. En compañía de los demás Max Maurey se encontraba bien, aun con las manos vacías. Dijo sonriendo: "On n'a jamais l'air bête quand on est plusieurs à l'avoir..." Los "confrères", los colegas asintieron, dando las gracias. Pero los fotógrafos quieren ahora sacar a Maurey solo. Y el escritor se lamenta: "J'ai les mains vides..." No sabe dónde ponerlas. Entonces, uno de los italianos sugiere, haciendo que busca entre la arena y las piedrecitas: "Os sentaría muy bien en las manos, "cher maître" un topacio grande, grandísimo..."

Y esto dijo porque Max Maurey, autor dramático varias veces aplaudido, casi fundador y director del "Grand Guignol" durante quince años, actualmente director de "Variétés", el más antiguo teatro del boulevard, con sus ciento treinta años, el teatro de la fantasía literaria, del diálogo ingenioso y de la música ligera, el teatro de la Judic, de la Lavallière, de José Dupuys, de Brasseur y de Max-Dearly, el teatro de Meilhac y Halévy y de Offenbach, el teatro de De Flers y Caillavet—Max Maurey es, desde hace un año, el hombre de Topaze que le ha valido una fortuna. El no ha escrito "Topaze", el mayor éxito teatral de París, que ha batido hasta el record de "Cyrano". Pero, después de otros seis directores que lo rechazaron, fué él, Max Maurey, el séptimo director, el director inteligente y sagaz, que tomó en sus manos la comedia satírica de Marcel Pagnol y la llevó al triunfo en su ilustre teatro.

—Se han contado en Europa y en el mundo, donde quiera haya llegado el eco de "Topaze", representado con igual éxito ya en diez o doce naciones, se han contado sobre la comedia de Pagnol—nos dice Maurey a sus amigos—cosas absolutamente inexactas. Ante todo, esto: que el joven autor era antes del triunfo totalmente desconocido. No es cierto. Sin gran fortuna pecuniaria, con notable aplauso artístico, no pudiendo abandonar sus modestas funciones y sus infimos honorarios de profesor, Marcel Pagnol, un "moins de trente ans", había ya dado en París dos obras dramáticas, los "Marchands de gloire" y "Jazz". Estas obras hasta le habían abierto el camino de Berlín, donde "Topaze" fué representado — y sigue representándose — diez días antes que se tuviera en París su clamorosa revelación. Pagnol, decía, después de seis rechazos, vino a mi teatro: teatro ligero, tradición de comedia, pero no vodevil, comedia de estilo, literaria, artística, finamente dialogada, delicadamente velada, señorilmente presentada y representada con cuidadosa mesura. Leí "Topaze" y me admiré... Le dije a Pagnol: Su comedia está en tono de drama. Pero yo creo que es una comedia. Solamente así, con actores alegres, picante de humorismo, sonriente en su amarga verdad, la haré representar en mi teatro. Es inútil hacer a Becque, puesto que Becque existe... Y Pagnol me respondió: "Es usted muy amable. Usted al menos envuelve en el terciopelo de las perfrasis y de las evasivas, el séptimo rechazo que recibo. Hasta la vista. La vía crucis continúa.

LAS VICISITUDES DE UNA PIEZA FAMOSA "TOPAZE" DE PAGNOL

Voy a golpear a otra puerta". Detengo a Pagnol, que se marcha. "No me ha comprendido usted. Usted cree que rechazo su obra. Ni soñando. Y, si usted quiere, voy a firmar en seguida, para demostrárselo, un "bulletin de reception", en regla para "Topaze", en el teatro de Variétés y durante esta temporada..." Pagnol me mira asombrado. Comienza a creer. Se convence. Firmamos... Firmamos él y yo, así, sin saberlo, nuestra fortuna. Sin embargo, insisto: "Drama que será reducido a comedia... Sátira... Caricatura..." Pagnol insiste: "¡Pero si es drama!" Me mantengo firme. Pagnol cede. Retoca el manuscrito. Aquí y acullá aligera, alegra... Por mi parte le proporciono los actores más cómicos y sutiles de París. Le pongo la comedia en escena con vivísimo movimiento, y, siete días antes del estreno, Pagnol viene a verme cargado de diarios alemanes y me dice: "Maurey, me está usted arruinando. "Topaze" ha sido representado en Berlín en tono grave, dramático y el éxito ha sido enorme. Lea usted los diarios". "No los leeré—le respondo—, Berlín es Berlín... y París es París... Déjeme usted hacer". Pagnol, apretando los dientes, me deja libre. Yo refuerzo la nota alegre. Y una semana después la bomba estalla en dos horas, entre medianoche y las dos, en todo París: El teatro francés cuenta con una nueva obra maestra: "Topaze". —¿De quién es? —De un joven. —Dígame el nombre... —Pagnol... Marcel Pagnol... —Nunca lo he oído nombrar... —¿Quiénes? —Un profesor... un maestro de Marsella... Y dos días después el desconocido de París es célebre de golpe en los dos mundos, tierras, cielos y océanos. Estamos representando "Topaze" desde hace un año. Dentro de poco lo volveremos a dar otro año entero. Pagnol tendrá en París mil representaciones. Tendrá en el mundo y en el tiempo, diez mil, cien mil. "Topaze" queda: queda como Rabagás..."

Así se formó la fama de Sardou, no solamente por "Rabagás", sino porque muchos reconocen en el autor de "Topaze" otro comediógrafo como el de "Madame Sans-Gêne", otro mago de la escena francesa, otro hombre de teatro con el diablo en el cuerpo. Hablamos después del "Grand Guignol" y el nombre de Sardou evoca un recuerdo, una anécdota. Y Maurey nos cuenta:

—El extraño nombre que, ya acreditado, hace su inmensa fortuna, lo tuvo desde un principio el teatro que yo no bauticé, pero que dirigí llevando a él obras maestras en un acto—¡inclínemonos!—de Becque, de Courteline y de Mirbeau, creando los trágicos escalofríos en pocas escenas con que André de Lorde, casi novicio entre mis manos, se reveló al público... Se decía: "El teatro de Maurey no podrá nunca, con ese nombre, hacer fortuna ni ser tomado en serio..." De allí a poco Sardou y Becque le piden para mí al Ministerio de Instrucción Pública la cinta de la Legión de Honor. Y sin tener mayor consideración para con mis padrinos, en el Ministerio gritan: Pero, ¿se han vuelto locos? ¿Quién es este Maurey? ¿Qué títulos posee? ¿Director del teatro del Grand Guignol?... ¿Grand Guignol? Pero, ¿nos hemos acaso vuelto locos todos? ¿La Legión de Honor al

dueño de un teatro de títeres para divertir a los niños?" Fué preciso que fuera Sardou en persona al gabinete del ministro para explicar qué era y qué quería ser (teatro de las obras de arte breves) el "Grand Guignol". En realidad, lo había ideado y fundado Oscar Méténier, con la visión sombría de un veterano del Teatro Libre de Antoine. Actos breves solamente, pero todos téticos, negros, trágicos, angustiosos. Yo quise, en cambio, unir las dos máscaras, la trágica y la cómica. Creé la continua alternativa, la tirantez de nervios del espectador y su inmediata distensión en la comedia que placidamente ríe y sonríe.

Al llegar a este punto, alguien le observa a Maurey:

—Dos grandes fechas, dos grandes etapas, en su carrera de director de teatro, dos grandes semillas de fortuna... El Grand Guignol y Pagnol... Lo favorece a usted singularmente la rima en "ol".

—Cuando acabe "Topaze" debería usted reprisar en seguida un viejo drama de Sardou:



Max Maurey, conocido comediógrafo y empresario, que acogió, después de varios rechazos, la obra tan celebrada de Marcel Pagnol

es precisamente el que le conviene: "Ferreol". Rima en ol.

Max Maurey. Entre los cincuenta y los sesenta, pero aparentando poco más de cuarenta, rubio, rosado, con su carita rapada sobre la diminuta persona, su rostro respira serenidad. Además de director avisado es luchador de empuje y hombre de negocios de gran vuelo. Alguien dijo de él hace poco: "¡Maurey! C'est un grand bonhomme!" Lo que quiere decir, en buen francés, un hombre maravilloso, tremendo y que, algunas veces, asusta... Entretanto el "grand bonhomme" sonríe... Y como le llaman "Mon président", porque es presidente de la Asociación Francesa de Directores de Teatro, Max Maurey explica:

—Pesada presidencia que me toma mucho tiempo y no poco que hacer. Pero la batalla es importante y preciso vencer. Nos reunimos ya en Niza, esta primavera, para amenazar al Gobierno con la clausura, la clausura definitiva de todos los teatros franceses. ¿Os imagináis a Francia, a París, con todos los teatros cerrados? Un absurdo... Imposible... Inverosímil... A eso tenemos que llegar, sin embargo, si el Gobierno sigue sangrando al teatro francés a fuerza de impuestos y "droits des pauvres". El treinta por ciento de nuestras entradas se las lleva el Fisco

LUCIO D'AMBRA

(Para LA NACION)

ROMA, diciembre de 1929.

noche a noche. Y varias empresas que podrían ganar dinero, no cubren los gastos y oscilan entre la clausura y la quiebra. Pero al volver a París reanudaremos la ofensiva. Creo firmemente que venceremos. De otro modo sería la muerte del teatro francés. Y la República no querrá, destruyendo el teatro, destruir uno de los más ricos patrimonios de nuestra nación, uno de nuestros más grandes prestigios intelectuales en el mundo...

Hablando generalmente con sordina — delicada música de entre bastidores de la conversación —, Max Maurey da, de golpe, una gran puñada en el teclado de su indignación:

—¡No!—exclama—, no dejaremos sucumbir a toda la gloria del teatro francés bajo el peso de los impuestos gubernativos. Resistiremos a ultranza, con toda nuestra energía. La gran lucha ha comenzado apenas. Estamos en los cimientos, en los pilares de sostén. Expresiones de ingeniero, ya lo sé. Pero yo procedo de ahí, precisamente. Soy discípulo de la Ecole Centrale, ingeniero "anch'io", pésimo, deplorable ingeniero. Voy a darles una prueba incontestable de esto. Apenas recibí mi título, y antes de escribir comedias, tomé parte, precisamente aquí, en el Mediodía, en la construcción de los Ferrocarriles del Sur. Y estas son en toda Francia, amigos míos, las únicas que no se consiguen hacer andar...

♦ ♦ ♦

Generalmente, cuando hablan entre ellos, los comediógrafos franceses usan casi exclusivamente este limitado vocabulario:

"Recettes... Répresentations... Tant pour cent... Sociétés des Auteurs... Publicité... Tournées... Agents... Exportation française... Importation américaine..."

Amenazados por la invasión americana, parecen haberse vuelto americanos estos viejos parisienses: "business", negocios... Pero se cuentan también entre ellos comediógrafos italianos, es decir, desinteresados apóstoles, cándidos misioneros que han dejado para siempre en sus casas el talego, supremos veteranos en Europa del arte por el arte. Pero hoy, reunidos los apóstoles y los comerciantes, habiendo partido de los teatros de París, amenazados por Nuevo York, acaban por hablar de arte como si estuvieran en Roma.

—¿Les américains? ¡Ca va bientôt finir!, dice resueltamente Max Maurey. La victoria final será del arte latino, del teatro francés. Al "Proceso de Mary Dugan", artículo de exportación americana, responde el mismo año triunfalmente nuestro "Topaze". Reconozco, sin embargo, que actualmente, en la literatura francesa, predomina la novela sobre el teatro. Siempre sucede así. Las mejores fuerzas jóvenes se enrollan aquí o allá. ¿Grandes éxitos en el teatro? Escasez en la narración. ¿Espléndido carnaval de novelas? Cuaremas en el teatro. No cabe duda de que los jóvenes escritores del postguerra se orientan más hacia la literatura narrativa que hacia la dramática.

Sin embargo, Pagnol es una gran conquista del teatro. También el triunfo de Giraudoux con "Sigfried" — y últimamente con "Amphytrion 38" — es una gran promesa. Y otras jóvenes fuerzas — sólo nombraré a Roger Ferdinand — se revelan. En fin, el

teatro se reanima. Creo en su desarrollo vigoroso y rápido, en el sentido de la comedia de costumbres y de la sátira social. Y cuando hay muñecas y músculos para ello, el teatro se mantiene vivo. El peligro, en todo tiempo, está en el arte gris, en los medios tonos, en el teatro larvado, en las penumbras de las que nunca brota nada, porque no hay nada detrás de las palabras. De estas anemias dramáticas el teatro tiene miedo. Pero si la sangre es cálida y rica, si vuelve el vigor a los nervios, es inútil lamentarse de la crisis del teatro... El arte dramático lo vencerá todo y pondrá cada cosa en su sitio, sin invasiones ni confusiones, hasta al "film" hablado... Lloran la suerte del teatro todos los que lo quisieran ver muerto porque, fracasados del teatro, nada tienen que esperar del arte dramático. Pero yo, director de teatro, conozco jóvenes que van adelante, hacia las escenas, con la cabeza baja, con los puños cerrados, en actitud de asalto. Y no son los lunáticos, los locos, los extravagantes y los habladores. Son aquellos que ya han encontrado en el gran teatro las tradiciones. Se vuelve, en fin, a Becque. Se reanuda la serie con él y la cadena continúa.

Bella, animadora, joven, pero joven de verdad, aunque estén canos los cabellos de esa cabeza que fué rubia, esta fe obstinada es profunda! El gran director de teatro se une, en Max Maurey, al comediógrafo variado, brillante, elegante, que ha dado, sobre todo al teatro breve, a las comedias en un acto, festivas o patéticas, sucintas, comprimidas, agotadoras, perfectas, varias pequeñas obras maestras, como "La récomandation", "Rosalie", "La Fiole", "Le bonheur retrouvé", una joya. Y alguien también recuerda su bello "Refuge de nuit", de éxito mundial, los dos actos exquisitos de "Monsieur Lambert", la genial reducción dickensiana de "David Copperfield", la deliciosa comedia en tres actos, escrita en colaboración con Henry Duvernois, que se titula "L'éternel Printemps".

Eterna primavera también la de estos escritores de la vieja guardia, que, estando cerca de los sesenta, en vez de abandonar las armas las empuñan, por el contrario, con juvenil ardor. En su casita de Antibes, en la que pasa todos los años el verano frente a la bahía de los Angeles, Max Maurey trabaja, en colaboración con Tristán Bernard, en una comedia nueva. Tres actos. Está casi concluida. "Gibelin, successeur". Un gran banquero. La Bolsa. Sátira vivaz del mundo de hoy en día. Crítica franca de las costumbres. El teatro — fusta oportuna en tan descabellados tiempos —, el teatro de la cordura social contra una sociedad en pleno desbarajuste, que corre hacia la extrema locura...

—Y en mi casa de campo de Antibes—agrega Max Maurey—tengo otra comedia, en dos actos, pronta ya para la Comédie Française. Pero aun no tiene título. Menos mal que tengo ya la pieza. La vieja guardia procedía así: primero la pieza, después el título. Muchos jóvenes de ahora hacen lo contrario. Escriben en una gran página un hermoso título. Después, sin perder tiempo, lo comunican—feliz anuncio de obra maestra—a todos los periódicos. Y asunto concluido. La comedia no aparecerá jamás. Pero los títulos bastan para tener el derecho de hablar mal de cuantos siguen ingenuamente escribiendo para tantas comedias tantos otros títulos.

Luego Max Maurey sonríe, concluyendo:

—Pero también, gracias a Dios, no faltan jóvenes que trabajan seriamente y que darán obras y obras maestras...

Y el director de "Topaze" piensa—grata obsesión del teatro repleto noche a noche—en su querido y victorioso autor. Y tiernamente nos susurra: —Por ejemplo, Pagnol...



H E aquí la época del año en que, volviendo de la montaña o del mar, sentimos algún placer en volver a ver a nuestras relaciones, a causa, exclusivamente, de que durante tres meses no las hemos visto. Apresurémonos a buscar y saborear este placer: es esencialmente pasajero. Dentro de tres semanas, a esas relaciones las habremos visto lo bastante, y sólo pensaremos en huir. Pero, el primer contacto es de una encantadora cordialidad.

Nos abordamos con una amable sonrisa y todas las apariencias engañosas de la satisfacción, lo mismo que los colegiales a sus compañeros, el día en que se reabren las clases. Desgraciadamente, la sonrisa de las personas grandes no tienen la gracia ingenua de la sonrisa de los escolares: hay en ella hasta un no sé qué de estúpido y de importante.

Felicitemos al prójimo por su buen semblante, para que nos felicite a su vez por el nuestro. Le preguntamos: ¿Dónde pasó usted el verano? a fin de que nos haga la misma pregunta. Tal es el protocolo. Yo lo observo tan rigurosamente como los demás. ¡Ah! Cuántas veces, desde hace quince días, he declarado, con aire satisfecho, que fui a tostarme en la costa de plata, a amigos íntimos, cuyo nombre no recuerdo bien, que me han respondido a su vez:

—Pero, ¡qué curioso! Yo he hecho lo mismo, pero en la costa de azul.

Dónde está lo curioso, no lo sé ni lo quiero averiguar. Buscar lo que puede tener de curioso una cosa tan trivial sería una curiosidad sin objeto.

Sin embargo, el domingo pasado encontré a un original que no me respondió literalmente lo que la buena educación exige que se responda.

El tal me dijo:

—¿Se acuerda usted de un cuadro de... Fulano?

—¿De quién?

—Un cuadro que fué muy admirado en el Salón, creo que hará de esto unos cuarenta años...

—No tengo la memoria de la pintura.

—¡No! Es imposible que haya usted olvidado ese cuadro. Ha sido tantas veces reprodu-

VARIACIONES SOBRE LA "DIVINA COMEDIA" Y SOBRE LA COMEDIA HUMANA

cido en negro y en color que, lo mismo que a mí, tiene que haberlo fastidiado encontrarlo en todas partes, y cuando uno se fastidia se acuerda.

—¡Muy agradable! ¿Y qué representaba esa tela?

—La sombría figura de Dante. Se lo veía vagando por la pineta de Ravena. Unos chicos, en el primer plano, lo miraban y se lo enseñaban con el dedo, diciendo: "Ese es el hombre que bajó al infierno".

—Si no he entendido mal, usted ha estado en el infierno. Lo felicito, bien que, como sitio de veraneo, sea bastante raro; lo felicito, sobre todo, por haber vuelto.

—¿Ha observado usted — prosiguió el original — que, si damos crédito a la leyenda que dió tema al pintor, ya en vida de Dante el público conocía al menos el título de "Infierno", y se inclinaba a no tomar en cuenta el "Purgatorio" y el "Paraíso"? Aunque yo dé poco crédito al instinto popular, en materia de estética, y que el consenso universal me incite a la contradicción, no me parece del todo injusta la preferencia que se le da al "Infierno"; pero si se juzga al autor de la "Divina Comedia" como explorador y no solamente como poeta, no veo por qué no se le haría un mérito más que de su viaje al infierno, puesto que también fué al paraíso y al purgatorio y que también volvió de ellos. Virgilio ha dicho...

—Sí, dije — interrumpiéndole — porque tiene un talento para la digresión que me ataca un poco los nervios... Recuerdo que Virgilio dijo: "faciles descensus Averni est", pero no se trata de Virgilio y de Dante sino incidentalmente, o, más bien, simbólicamente. Usted quiere darme a entender que no solamente ha pasado una temporada de verano en el infierno, sino que, también, en el paraíso y en el purgatorio.

—En el purgatorio, desgraciadamente, no; porque me imagino que ese es el más seductor de los tres sitios nombrados, a causa de la sociedad distinguida que allí se puede frecuentar. Pero en realidad he repartido mi tiempo entre el infierno y el paraíso.

—Hágame el favor de explicarse.

—Comenzaré por el paraíso... Poco me importa, con tal de que comience usted.

—Debo confesar, ante todo, que he estado jugando del vocablo. No he sido arrebatado al séptimo cielo, y el paraíso en que tomé pensión, es el paraíso terrestre. Oh, amigo mío, ¿cómo llamar de otro modo a la playa en que he pasado seis semanas, y, por lo demás, todas las otras playas del litoral, si he de dar crédito a lo que me han contado y a todas las fotografías instantáneas que he visto?

—¿Qué entusiasmo! — Bien justificado! Le debemos al radioso verano que termina, no sólo una cosecha y una vendimia que superan, según dicen, las mayores esperanzas, sino, además, dos descubrimientos capitales.

—¿De veras? — No son muy nuevos, pero del punto de vista de la civilización que hemos alcanzado, ¿quién puede jactarse de haber inventado algo que no haya sido ya encontrado varias veces, desde los milenios que existen hombres y que éstos investigan? Lo esencial es que, en el intervalo, el objeto del descubrimiento haya sido olvidado, lo que permite muy legítimamente volverlo a descubrir; porque el olvido, mucho más que el amor, le devuelve a cualquiera y a cualquier cosa, una virginidad.

—No se descuide, va usted a escaparse otra vez por la tangente de las ideas generales. —No... Uno de los dos descubrimientos que ha hecho la especie humana durante el curso de este glorioso verano, ha sido repetir lisa y llanamente (salvo las diferencias de tiempo y lugar) la primera observación científica de Adán y Eva en el Paraíso.

—¡Al fin, llegamos! — Si... Usted no ignora que inmediatamente después de haber desobedecido al Señor y comido el fruto del árbol "conocieron que estaban desnudos". Pues bien, los habitantes de las ciudades que, desde los primeros de julio hasta estos días, se acostaron en la arena de las playas y se expusieron a los be-

P O R ABEL HERMANT

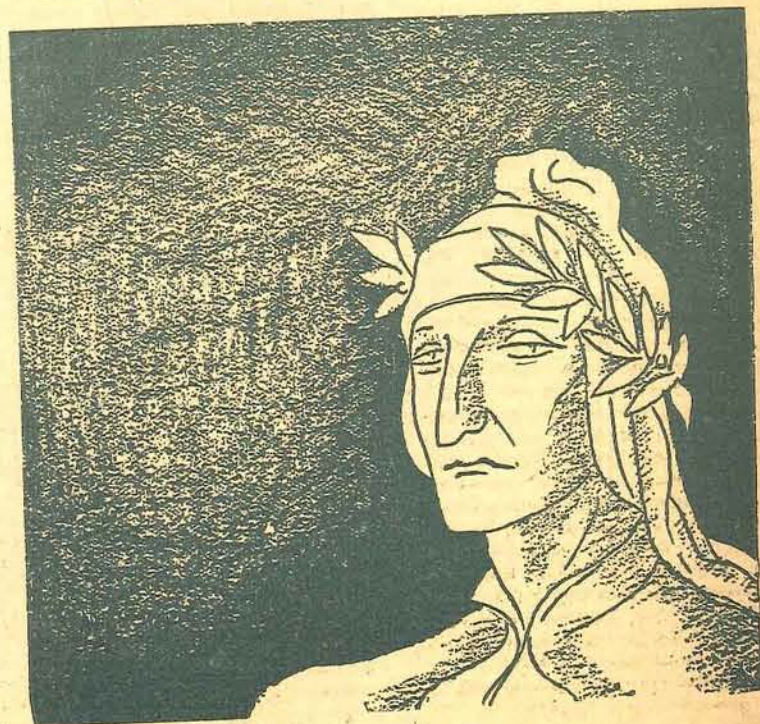
(Para LA NACION)
PARIS, diciembre de 1929.

néficos rayos del sol, también conocieron que estaban desnudos.

—¡Nada más evidente! — respondió.

—Sí... Pero ¿cómo han cambiado los tiempos! En el paraíso Adán y Eva, ejerciendo de la manera más arbitraria el poder que se les había confiado de distinguir el bien del mal, decidieron — Dios sabe por qué — que no se debe estar desnudo, y para remediarlo en cierta medida, le arrancaron a una higuera sus más anchas hojas. Este verano los hombres y las mujeres han invertido en las playas el valor del desnudo, como diría el ilustre filósofo Federico Nietzsche. Han declarado bueno lo que hasta ahora había pasado por malo; la Facultad lo ha declarado higiénico y hasta algunos aficionados lo han encontrado bello. No quisiera ofender a nadie, pero me pa-

ILUSTRACIONES DE ERNESTO ARANCIBIA



rece que esos aficionados exageran.

—¿Quién no compartiría su opinión, a menos que tuviera ojos para no ver?... Pero, no nos eternicemos en el paraíso, pasemos al infierno, pues que acaba usted de pasar en él no una estación entera, como Rimbaud, sino una media estación.

—Si... He conocido al infierno en la tierra, lo mismo que el paraíso... Va usted a comprenderme cuando le haya dicho el otro descubrimiento que han hecho nuestros contemporáneos este verano.

—¡Digamelo, pues!

—Se han dado cuenta, de repente, que son prodigiosamente mal educados.

—¡No han tardado poco!

—Sí... Pero más vale tarde que nunca, y se han dado cuenta, al fin, de lo que, desde hace tanto tiempo, saltaba a la vista.

Para hacer esta observación les bastó abrir la ventana, cosa a que los invitaba el calor excesivo de las noches. Entonces notaron que sus vecinos de enfrente, de derecha y de izquierda — hasta el duque de Enfrente — habían abierto igualmente sus ventanas. El duque es apasionado por la fonografía; el príncipe de la Izquierda y el marqués de la Derecha son, a su vez, fanáticos de la radiotelefonía...

—Ya lo oigo...

—Es decir que le parece a usted estarlos oyendo: o bien el vecino del señor marqués, del señor duque y del príncipe, era también propietario de un fonógrafo o de una de esas valijas que perturban la paz del viajero hasta en los grandes expresos europeos, y, por poco oído que tuviera, no podía tolerar que le dieran el Abert Hall cuando él tenía el Hotel Hungaria, o que lo aturdiran con "Halleluia" cuando él soñaba con Raquel Meller oyendo la "Violetera"; o, si no detesta la música, en lo que está en su derecho y aquella batahola lo vuelve loco...

—No diga más, estoy de completo acuerdo con usted. Todos hemos encontrado, en efecto, este verano, nuestro infierno en la tierra. No era el suplicio del fuego, era el suplicio del estrépito. El silencio ha sido proscrito para siempre. Sin embargo, ese gran descubrimiento, hecho por nuestros contemporáneos ¿no nos puede dar alguna esperanza? Se han dado cuenta de que los vecinos eran mal educados y molestos, y es posible que su conciencia les haya sugerido que ellos tampoco son mejores. ¿No se darán cuenta de que tienen interés en avenirse con los otros groseros y hacerse concesiones mutuas?

—"Lasciate ogni speranza!" — me respondió el original. Los hombres son de índole tal, que les agrada más que el prójimo los incomode para tener a su vez el placer de hacerle la vida insoportable.

EDGAR WALLACE

A última vez que vi a Edgar Wallace, estaba sentado entre Mr. "Solly" Joel, el millonario dueño de minas de oro y diamantes y propietario de caballos de carrera, y Sir Patrick Hastings, uno de los abogados de más fama en Gran Bretaña, quien fué ministro de Justicia del primer gobierno laborista, en una larga mesa donde estaban representados los grandes, los famosos, los pudientes y los ricos.

Participaba en una comida del Club "H. B.", formado por un pequeño grupo de sportsmen británicos célebres, cuyo número se limita a una veintena, y que en vísperas de las grandes carreras clásicas invitan a algunos centenares de personas a cenar en algún salón privado de un restaurante de lujo, organizando después de la comida un "sweepstake" y un remate de los caballos. Cada persona tiene su propio camarero; es un club muy costoso. Wallace, que con frecuencia había sido invitado, acababa de ser elegido para ocupar una vacante por la muerte de un miembro.

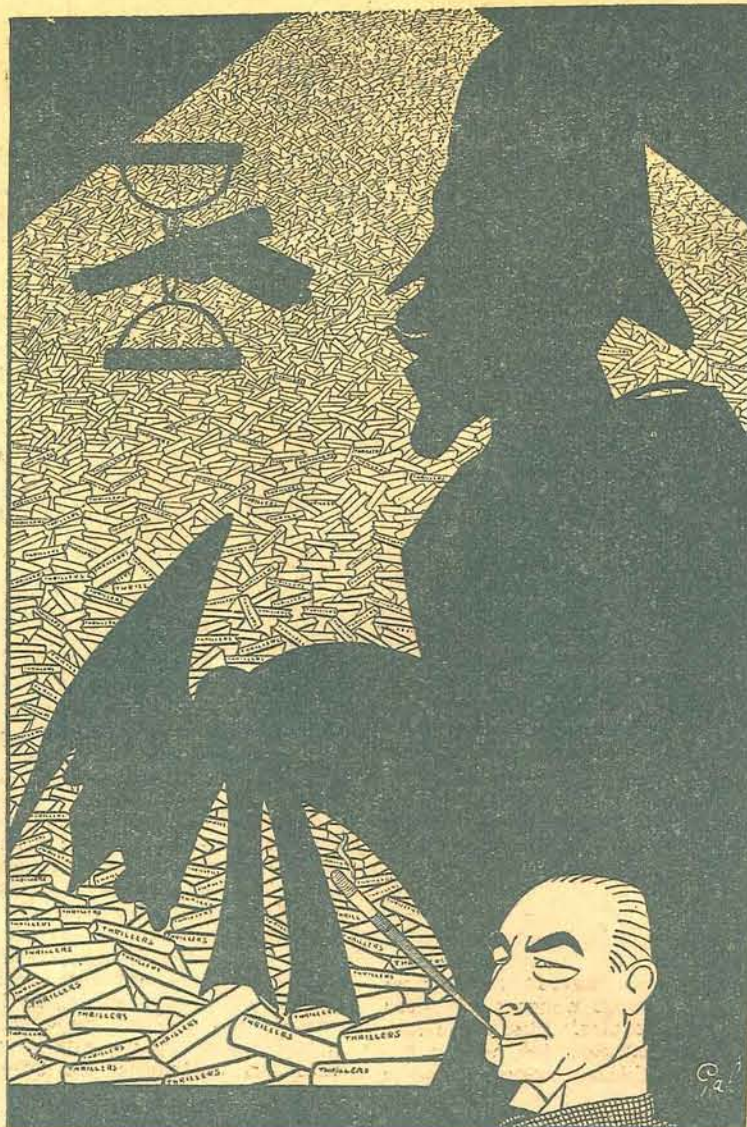
Su cara es de corte romano, con ojos soñolientos, aunque escrutadores; usa una boquilla de cuarenta centímetros de largo, y es simpático, sonriente, immaculado y dueño de riquezas; es el escritor de novelas de misterio más famoso del mundo.

Se sabe, por ejemplo, que ha escrito casi tantos libros como Alejandro Dumas, padre, el más prolífico de todos los novelistas; que en el año 1928 la cuarta parte de todos los libros que se vendían en Gran Bretaña eran de Edgar Wallace, y que se representaban seis de sus obras a la vez en los teatros de Londres, todas con mucho éxito; que sus editores norteamericanos presentan ahora un nuevo libro de Edgar Wallace el día 13 de cada mes, siendo la mayoría de ellos los que más se venden, y que en las casas en que se cobra el precio de diez centavos por cualquier objeto se venden sus obras por millones de ejemplares; que Lloyd George y Winston Churchill, consumidores omnívoros de historias de "detectives", compran tres de sus libros a la vez, y que, cuando la reina María buscaba literatura amena para leer al Rey cuando se encontraba enfermo, de cada cuatro libros que elegía, tres eran de Wallace.

Pero lo cierto es que hace solamente cuatro años el famoso Wallace era un periodista que escribía cuentos y artículos que cobraba a razón de 15 dólares por cada mil palabras, que hace treinta años era un soldado londinense torpe y semianalfabeto, que a los diez años de edad era un asociado de ladrones y receptor de artículos robados, y que al cumplir los nueve días era un huérfano destinado a la inclusa.

Se califica a sí mismo como "un átomo que salió del barro espeso que se pega a los pies de los millones que luchan". El vigor, la fertilidad de su ingenio, una capacidad enorme para el trabajo, su buen humor, una capacidad infinita para aprender y un don de observación extraordinario fueron las alas que le sirvieron para volar. A pesar del volumen enorme de su trabajo, ha acumulado seis vidas en sus cincuenta años de existencia. El alcance de su experiencia es asombroso.

Fué él, y no uno de sus personajes más fantásticos, quien



aceptó solemnemente de Mr. Bryan un sombrero de copa que era demasiado grande para William J.; fué él quien desempeñó el papel de médico partero en una choza solitaria; quien hizo objeto de cuidados solícitos a un verdugo, colocándole hielo y esponjas empapadas en agua fría, a fin de que se repusiera una noche de su ataque de delirium tremens y pudiera desempeñar su oficio a la mañana siguiente, y quien dejó de repente de ser un soldado raso para colaborar con Kitchener, como escritor, a fin de obtener de los boers términos más generosos en el África del Sur.

Fué criado por un pescador filántropo llamado Freeman, un hombre poderoso, con una barba a lo Abraham Lincoln, que ya era padre de dos hijos, y que creía que la criatura a quien había encargado a su esposa que salvara de la inclusa era una niña. Pero al descubrir el error en lo que respecta al sexo, Mr. Freeman mantuvo su decisión de quedarse con la criatura, pues era un hombre de sentimientos humanitarios y un buen cristiano.

Freeman era un verdadero personaje. Normalmente, era un hombre pacífico, pero dos veces al año se daba a la bebida y armaba escándalos a todo el mundo. Su esposa era una persona bondadosa y de buen corazón. Los domingos solía leer en voz alta las crónicas de los asesinatos que aparecían en las ediciones dominicales de los periódicos, y toda la familia solía hacer comentarios acerca de los crímenes históricos y de los criminales.

Los hermanos adoptivos de Edgar tenían la manía de pelear con los agentes policiales, y periódicamente eran detenidos por esa contravención. No se avergonzaban de ello. Uno de los muchachos, llamado Harry, solía instar al joven Edgar a comer todo su budín, a fin de que adquiriera la fuerza necesaria para poder pegar a los vigilantes. Los dos fallecieron a una edad temprana, a consecuencia del abuso de la bebida.

Edgar a veces acompañaba a su padre adoptivo, al romper el alba, al mercado de venta

EDGAR WALLACE
Dibujo de Gal

de pescado de Billingsgate. En el camino pasaban frente a un hospital, donde el hombre y el muchacho se detenían, y después de descubrirse pronunciaban una corta oración para rogar porque se aliviaran los sufrimientos de los internados. Y los domingos, Mr. Freeman solía llevar a Edgar a aburrirse a la capilla wesleyana.

Y así se crió el Dumas de los bajos fondos, entre gente pobre, trabajadora y decente, que en la parte posterior de sus casitas tienen un gallinero y un palomar, pero que adornan las puertas del frente con limpias cortinas de encaje y mantienen los umbrales blancos como la nieve.

A los nueve años de edad Wallace tuvo su primer contacto con los delincuentes. Se asoció a una banda de jóvenes ladrones que era dirigida por un malhechor de doce años de edad, y que se dedicaba a robar tipos de imprenta de una fundición. Edgar no participaba en los "raids", pero recibía una pequeña parte del botín, aunque no sabía en realidad qué hacer con ella.

El segundo contacto que tuvo con el mundo criminal fué algo más digno. Un caballero a quien conoció en la calle solía encargarle, de tiempo en tiempo, que comprara cigarrillos por valor de dos centavos en un comercio cercano, dándole una moneda de medio dólar, y que le llevara el vuelto. Después de haber realizado cinco de esas interesantes transacciones, Edgar pensó que estaba ocurriendo allí algo muy malo, y en vez de llevar la sexta moneda al cigarrero se la mostró a un agente de policía, a quien preguntó si no sería falsa. El agente se apoderó de la moneda y detuvo al patrón de Edgar.

El magistrado encargado del juicio contra el circulador de moneda falsa hizo un elogio de Edgar, y el nombre de éste apareció por primera vez en letras de molde en "The News of the World", el gran periódico dominical que se especializaba en publicar crónicas de los crímenes, y que tiraba todos los domingos más de tres millones de ejemplares.

EL ALEJANDRO DUMAS DE LOS BAJOS FONDOS

P O R
C. PATRICK THOMPSON

En el verano de 1886, Edgar se dedicó a los negocios por su propia cuenta. Empezó a vender diarios bajo los balcones del Club de Ludgate Hill, donde más tarde había de ocupar el cargo de presidente. En invierno, cuando hacía mucho frío, se paseaba dando pisotones rítmicos, mientras recitaba trozos del "Julio César", pues ya había descubierto a Shakespeare en la escuela.

Después trabajó en una imprenta, donde le fijaron un sueldo semanal de un dólar y veinticinco centavos. Estaba encargado de acarrear paquetes de impresos. Cierta día faltó al trabajo sin dar aviso, y sus empleadores le retuvieron el salario de una semana como garantía de que no volvería a faltar sin pedir permiso previamente. Esto molestó al joven Edgar, quien se dirigió al primer agente de policía que encontró para pedirle que lo aconsejara. El agente lo condujo ante el tribunal policial, donde Edgar contó lo que le ocurría al magistrado y entabló la demanda correspondiente, que le costó 25 centavos. Sus patrones fueron citados al tribunal, y en esta forma Edgar ganó su primer pleito. Tenía entonces doce años de edad.

Más tarde, trabajó en diversas cosas. Hizo de mandadero, vendió diarios y latas de betún, se empleó en una fábrica de caucho y aprendió a embriagarse, inclinándose sobre el estanque de la nafta y respirando los vapores que despedía; vendió flores y se dedicó a otros trabajos diversos. Por fin, después de falsificar la firma de su padre adoptivo en sus papeles, se embarcó como grumete en un barquito a vapor, en el puerto de Grimsby.

Se divirtió mucho navegando, y al regresar a Grimsby algunos meses antes de que terminara su contrato, robó 25 centavos del camarote del capitán, y se puso en camino de Londres. Cambió un par de grandes botas de agua por unos zapatos que vio en un escaparate.

Sus padres adoptivos lo emplearon en una lechería, pero peleó con su patrón, y poco después se empleaba como peón de una empresa constructora de carreteras. Pero no tardó en sentirse cansado de este trabajo, y después de pedir doce centavos para pagar un viaje, se alistó como soldado en un regimiento de Kent, por un período de siete años. Le dieron un uniforme con casaca de color rojo, un fusil y un sable bayoneta, y le enseñaron a saludar militarmente. Los veteranos le instaron a beber, pero se mantuvo "seco".

Después de ser transferido al cuerpo de sanidad, donde se le pagaba más y dormía en una cama mejor, se puso en contacto con el misterio del nacimiento. Cierta noche lluviosa, mientras se encontraba de guardia, la mujer de un soldado, que vivía en una choza vecina, sintió los dolores del parto. El soldado arrastró a Wallace hasta su casa, a fin de que cuidara a su mujer mientras él iba en busca de un médico. El alarmado Edgar quedó solo con la que iba a ser madre por primera vez y un libro de obstetricia. Se produjo la crisis, y Wallace, apelando a todos los recursos de su ingenio, asistió a la parturienta, mientras hojeaba apresuradamente el libro, a fin de seguir los consejos que contenía. El médico llegó una ho-

ra después del parto; estaba horrorizado, y lo mismo sucedía al joven Wallace, a quien le habían salido canas mientras tanto.

Poco después, el joven soldado, que había estado escribiendo versos para entretenimiento de sus compañeros de armas, escribió un poema lírico para una compañía de vodevil, y recibió en pago de él la suma de veinte dólares, que fué el primer dinero que ganó como literato.

Al cabo de algún tiempo su destacamento partió para el África del Sur, donde Wallace pasó momentos muy agradables. Conoció a un capellán wesleyano, cuya esposa se convirtió en una especie de madrina literaria para él. También conoció íntimamente al que fué su primer maestro e inspirador: a Rudyard Kipling.

Kipling trató muy bien al joven soldado que tenía aspiraciones literarias. Le escribió aconsejándole que puliera más sus obras. La primera vez que Wallace conversó con Kipling, en la casa de campo de este último, le preguntó qué sensaciones sentía uno al saberse un escritor de fama, y Kipling le contestó irónicamente:

—Probablemente, pienso menos acerca de mí mismo de lo que piensas tú de ti mismo.

Wallace se dedicó después a escribir crónicas y títulos para un diario local, y ofreció, además, una columna semanal para un periódico de la costa oriental de la Colonia del Cabo. Aceptaron su ofrecimiento con la condición de pagarle siete dólares y medio por cada artículo. Poco después, logró colocar los mismos artículos semanales en otros dos periódicos regionales. Mientras tanto, estaba adquiriendo muchos conocimientos, ensanchando su vocabulario limitado y dominando el significado de las palabras. Durante seis meses se ocupó en hacer artículos para "The Cape Times". Se dedicaba también a estudiar historia, economía política y otras ciencias, y a hojear continuamente las enciclopedias. Poco después, "The South African Review" empezó a publicarle una serie de versos semanales, con alusiones a las actividades políticas. Pero se metió demasiado en los asuntos de carácter político, y el comandante en jefe de las fuerzas británicas protestó por ello. Su coronel le dio a entender, por otra parte, que estaba ganando demasiado dinero, y que desmoralizaba a los demás miembros del destacamento. A causa de esto, Edgar Wallace pidió prestada la suma de cien dólares y rescindió su contrato con el ejército británico. Murió como soldado y nació como escritor.

Se trasladó a Ciudad del Cabo, donde conoció a Cecil Rhodes, y tuvo conversaciones de carácter familiar con el comandante en jefe británico. Su producción de versos aumentó hasta llegar a un metro y medio por semana en los periódicos. Publicó su primer libro, que fué una colección de versos, titulado: "La misión que fracasó". El libro fué editado en una imprenta local, y se vendió al precio de veinticinco centavos de dólar. Wallace no tiene ningún ejemplar de su primer libro, que, sin duda, actualmente valdrá mucho para los coleccionistas.

Cuando estalló la guerra con los boers, como se había estado temiendo, el director de la Agencia Reuter en la Ciudad del Cabo contrató al joven escritor como corresponsal en el frente de batalla. Wallace viajó de un punto a otro en bicicleta, fué tomado prisionero,

(Continúa en la pág. 29)

EL ARTE FRANCÉS EN LA EXPOSICION DE BARCELONA

TERMINÉ mi largo viaje por España visitando la exposición de Barcelona. Esta ha resultado espléndida por varios conceptos: por la ubicación de los palacios, escalonados sobre las vertientes del Montjuich; por la belleza de uno de los lugares más nobles de Europa, por la potencia armoniosa de la vasta ciudad marítima, por el esfuerzo industrial y arquitectónico que demuestra la vigorosa renovación española y por la magia policroma de las decoraciones luminosas que mezclan el agua y el fuego con un arte que no había sido alcanzado nunca.

No estaba libre de aprensiones cuando me dirigí hacia la sección de pintura francesa. Antes, ignoraba este sentimiento. Cuando entraba en galerías análogas, en varias ciudades europeas, me hallaba lleno de confianza y, con secreto orgullo, sentía la seguridad de encontrar en todas partes a Francia en primera fila. Pero he perdido esa confianza desde hace años. La verdad me obliga a hacer esta penosa declaración. Una serie de escándalos muy sonados que indignaron a los artistas, pero que quedaron impunes, han revelado la funesta intromisión del sindicato de comerciantes cuyos procedimientos he expuesto a menudo. Por medio de sus relaciones políticas y mundanas, lograron a menudo hacerse conceder la autoridad, reconocida o secreta, de imponer su pacotilla de "fauves" y de cubistas. Es sabido que una de las mayores mentiras de lo que se titula "Arte Vivo" es la de contar al público, por intermedio de pseudo-críticos, que la única pintura viviente, la única que cuenta, es la de unos cuarenta "potrillos" del sindicato. Si se les creyera, los demás artistas franceses sólo vendrían a ser una despreciable turba de académicos degenerados, de imitadores de fórmulas fuera de moda. Esto es absolutamente falso. La verdad es que el "Arte Vivo" comprende a todos los pintores de veinte a cuarenta años que demuestran actividad y talento en todas las tendencias.

Pero, a causa de este sistema, los artistas se han visto en la necesidad de mendigar la protección del sindicato de comerciantes, de hacer de mala gana, y contra su gusto, obras conformes al estilo de los "fauves", o si no tienen que someterse a ser tratados con desdén o ignorados obstinadamente, a riesgo de permanecer oscuros y de no vender nada. En las exposiciones francesas en el extranjero, consideradas por esa banda negra como oportunidades para verificar una publicidad gratuita, sólo se muestran los productos que vende el sindicato como modelos del arte francés moderno. Se invita a los miembros del grupo, y se hace como si se olvidara a los demás. El hecho es tan conocido, que los artistas sinceros y sanos, desanimados, asqueados, renuncian cada vez más a tratar de ser admitidos en esas manifestaciones. Ni siquiera los atrae un interés material que compense sus gastos. El sindicato envía a esas exposiciones hombres de negocio que saben alabar y vender la mercadería y presentarla como la última expresión del genio francés. El indolente eclecticismo de los servicios del Estado admite esas combinaciones audaces. Los comerciantes ofrecen enviar todas las obras, arreglar todos los detalles, y sacan provecho de ello.

Este es el motivo por el cual no entro ya con confianza en esas reuniones en el extranjero. Tengo demasiados motivos para temer que mi país esté mal representado. Para citar un ejemplo, en Barcelona, la sección de pintura francesa ha

sido confiada a un publicista obscuro, comisionado por el Ministerio de Comercio. Todo estaba arreglado ya, y el Ministerio de Bellas Artes esperaba todavía que España lo invitara a ocuparse de nuestros intereses pictóricos en Barcelona. Hubo discusiones, cambios de explicaciones confusas, promesas de que el equivoco no volvería a producirse; pero nunca se sabrá por medio de qué influencias ha sido encargado de tales tareas el Ministerio de Comercio. Tampoco se sabrá nunca el motivo por el cual se dió la orden misteriosa de poner a la sección francesa fuera de concurso, orden que ha sorprendido mucho a los organizadores españoles de la exposición. Todo ha sido enigmático en este asunto, excepto para los que conocen la potencia oculta de los capitalistas y los publicistas de esa enorme especulación internacional que se llama "el Arte Vivo".

Como la opinión pública se conmueve por fin, como los artistas maltratados se resuelven a protestar, como se fundan ligas de defensa, el sindicato judío-alemán ha sentido prudentemente la necesidad de demostrar una aparente moderación. Por eso, en ciertas vidrieras parisienses, cuando los transeúntes se agolpan, rien o se enojan ante exhibiciones demasiado groseras o dementes, los comerciantes hábiles se apresuran a exponer, durante algunos días, un cuadro normal y clásico. En Barcelona, contrariamente a la costumbre, se han dirigido pedidos a los artistas de todas las tendencias, y han sido invitados dos o tres miembros del Instituto cuyas obras mediocres no interesan ya a nadie desde hace mucho tiempo. Los organizadores han tenido la habilidad de elegir a éstos a propósito, para hacer frente al reproche de parcialidad y, sin duda también, para poner en valor, por contraste, las obras más violentas. Se han reunido muestras de todos los salones parisienses, como era justo y correcto. Desgraciadamente, como una triste experiencia había hecho desconfiar a los artistas, apenas han arriesgado en esta exposición algunos lienzos pequeños, insuficientes para representarlos, y que son lo que se llama "tarjetas de visita". Por lo que enviaron, no se puede juzgar a pintores como Le Sidaner, Lucien Simon, Henri Martin Sabaté, Maurice Denis, Lebasque, Desvallières,

El pabellón francés del Museo de Arte Moderno en la Exposición de Barcelona

Charles Guérin y otros, que honran a la escuela francesa. Pero los "fauves" mismos no han parecido nunca tan pobres y lamentables. Ahora que han hecho fortuna, los comerciantes consideran menos urgente ponerlos de relieve; no necesitan tanto la publicidad de las exposiciones en el extranjero, y por este motivo se han limitado a exhibir obras que he visto vagar por diversas galerías y que no han podido ser vendidas aun a los "nuevos ricos".

Es imposible describir la nulidad pretenciosa de esos residuos de Utrillo, de Van Dongen, de Lhote y de Vlaminck. Aquello es increíble, aun después de todo lo que se ha visto. El envío de Van Dongen, que posee grandes dotes pero que fabrica sin escrúpulo lienzos abocetados para los "snobs", era sencillamente una patraña. Los cuadros de Lhote y de Utrillo parecían balbuceos infantiles y el paisaje de Vlaminck era apenas un pintarrajeo de hollín. Los españoles son de una refinada cortesía: los que me acompañaron en esta

Amanecer del triste

*Alma líquida de la noche,
gota de agua
dormida en el reposo de la hoja del álamo
quieta en el aire en calma...*

*¡Quién pudiera librarte, corazón, de la niebla
nocturna y sumergirte en la gota de agua
para alegrar el aire con tu gozo de luz
desde la hoja mansa,
Cuando muerta la noche se despierten en ella
y en ti los ojos niños de la mañana!...*

M. López Palmero

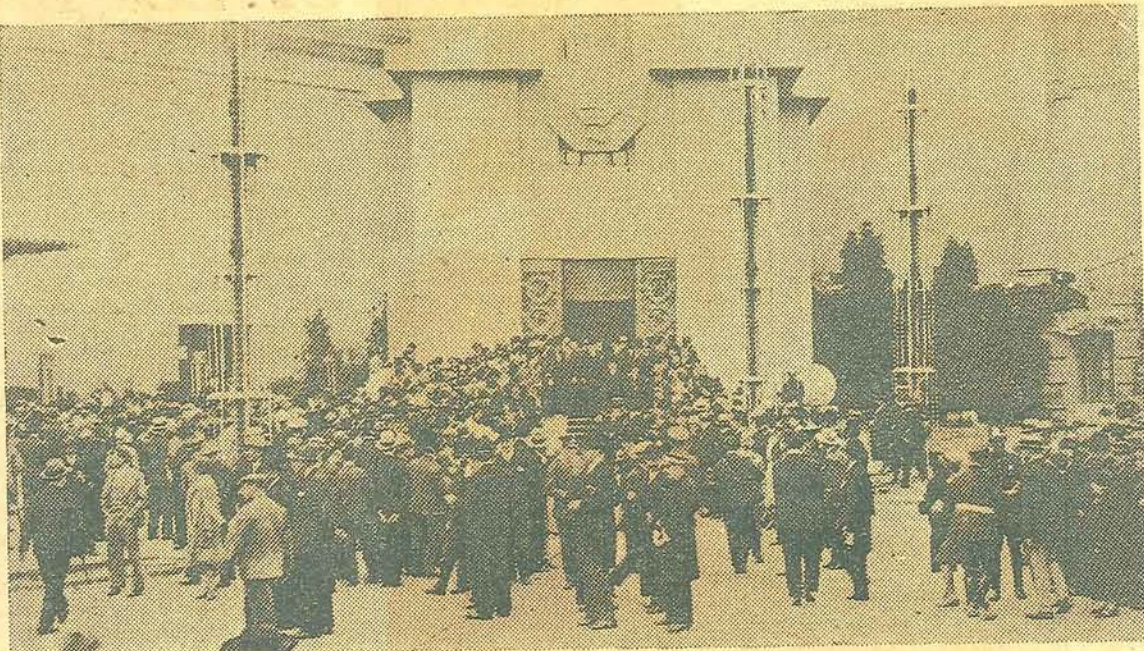
visita hicieron todo lo posible por ocultarme su estupor ante el hecho de que se haya podido dar crédito alguna vez a semejantes tonterías. Pero yo preferí ponerlos a sus anchas, diciéndoles que todo eso era una caricatura desvergonzada del gusto y del arte de mi país, y recordándoles las condiciones reales de la crisis que sufrimos.

El conjunto de esta sección era, pues, desgraciadamente, muy pobre, a pesar de algunos buenos trozos de escultura de Bourdelle, que acababa de fallecer, de Philippe Besnard y de Joseph Bernard. Ni una página importante, ni una obra que saliera de lo ordinario.

CAMILLE MAUCLAIR

(Para LA NACION)

PARIS, diciembre de 1929.



nuado con método y progreso. Aun los que se equivocan tienen derecho a la atención y al aprecio. Sus nombres son apenas conocidos por el gran público. En las exposiciones están casi sacrificados porque el público concede una mirada a un cuadro, pero es incapaz de apreciar el mérito exacto de un hierro forjado, de un sillón, de una cerámica. Sin embargo, no se protestará nunca bastante contra el prejuicio ridículo que pone a la pintura por encima de las artes decorativas. Uno encuentra un placer estético mucho más determinado en una lámpara, un cristal, una copa, una tela bordada o una encuadración que en un pintarrajeo incoherente puesto dentro de un marco. Agregaré que las modas mismas causan un placer mayor. En este pabellón había una colección adorable de vestidos y de tapados firmados por los grandes costureros parisienses: daba una idea feliz, muy halagadora de nuestro gusto, mientras que los cuadros de nuestros "fauves" sólo inspiraban grosería y fastidio. He mostrado con placer esos objetos y esas "toilettes" a los amigos españoles que, en la sección de pintura, acababan de decirme con elegancia: "¿Pero qué ocurre en su país desde hace unos años?"

Evidentemente, mis compatriotas hacían triste figura al lado de la soberbia exposición española que revela una escuela moderna, libre de la fealdad y de la estupidez de los "fauves" y los cubistas. ¿Cómo no detenerse con admiración ante las 24 obras suntuosas de Ignacio Zuloaga? ¿Cómo no saludar los grandes conjuntos llenos de ciencia y de riqueza de Benedito, de Sotomayor, y las vastas fantasías de Anglada? Pero también figuraban allí el conmovedor Chicharro, el pensativo Rusiñol, los hermanos Zubiaurre. Sólo citaré a algunos de ellos, incluso el gran escultor José Clara. Como acababa de recorrer España, estaba más preparado para apreciar el sabor, la fuerza, la exactitud de toda una generación de paisajistas que transcriben los aspectos de Asturias, de Andalucía, de Aragón o de Cataluña, con una maestría poco frecuente ya en Francia. Y los españoles que pintan composiciones están aún impregnados del alma de sus maestros antiguos. El veneno del falso modernismo no los ha alcanzado. Los felicitó y los envidio por eso. Nunca he medido más exactamente todo el mal que han hecho al arte de mi país los explotadores de las fórmulas de Cézanne, seguidos por los aprovechadores cínicos. Hace veinte años, se consintió un crédito moral a un grupo de individuos que pretendían buscar algo nuevo y difícil. En veinte años han dado su medida todos los movimientos posibles, romanticismo, naturalismo, impresionismo, simbolismo. Pero hoy se ve muy bien que los "fauves" y los cubistas no han dado nada porque en realidad no buscaban nada más que la reputación ruidosa y los beneficios obtenidos gracias a la complicidad de los comerciantes. Siempre se ha visto que los malos artistas sabían ganar mucho dinero y hacer hablar de ellos. Pero lo que hay que reprocharles a éstos es que han conducido a los jóvenes a un callejón sin salida, desorganizando la enseñanza y la concepción de la vida normal, halagado el pésimo gusto de una clase de enriquecidos de la post-guerra por medio del culto de la excentricidad y, sobre todo, que han hecho perder a Francia gran parte de un prestigio indiscutido durante mucho tiempo. Esta es la amarga lección que he traído de Barcelona, en la víspera de la inauguración de exposiciones tan inútiles como numerosas para la vana curiosidad de los desocupados.



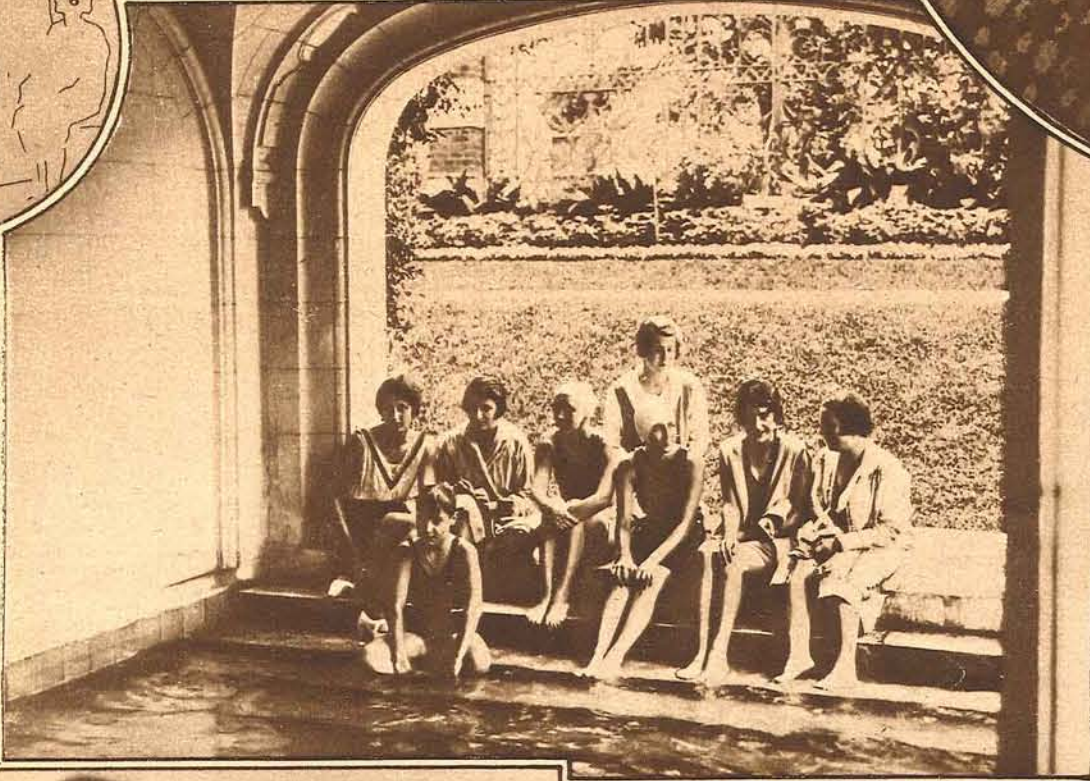
Las piscinas en las residencias de esta capital reúnen a grupos interesantes de bañistas. La presente nota ha sido tomada en casa de doña Candelaria F. de Duhau y en ella aparecen las señoritas que anota el gráfico adjunto.



- 1.—Susana Duhau Noceti.
- 2.—Isolina Zorraquín.
- 3.—Adela Agote Ayerza.
- 4.—Sara Duhau Noceti.
- 5.—Inés Llobet Llavallo.
- 6.—Elena Zorraquín.
- 7.—Nelly Agote Ayerza.

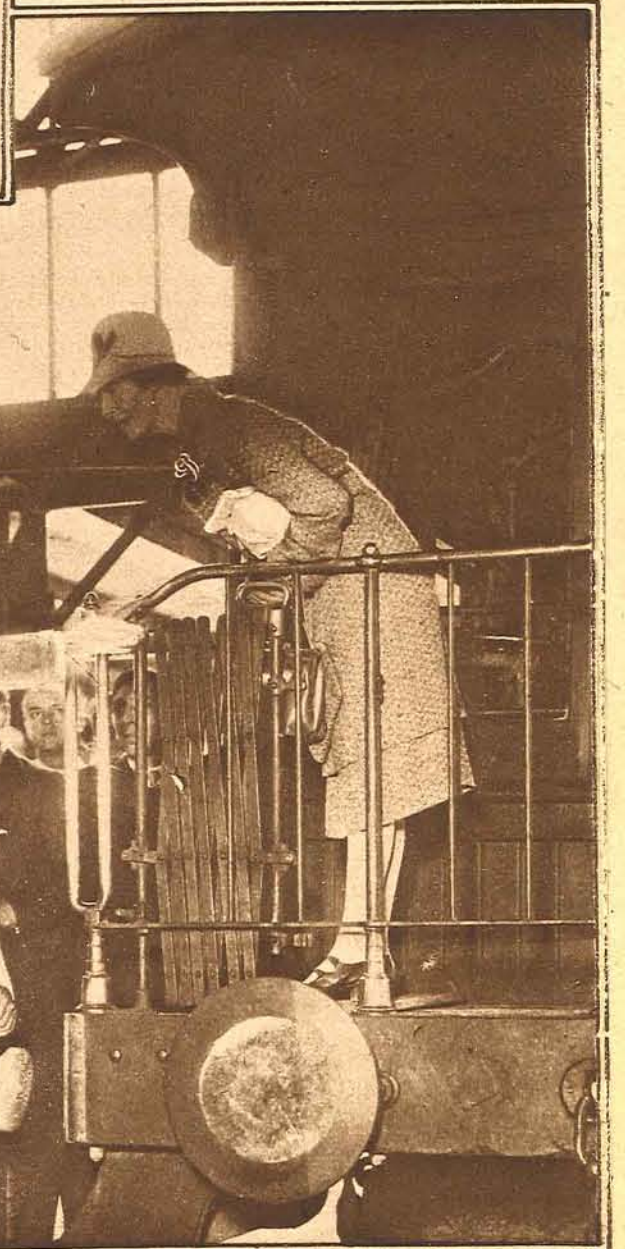


Otro aspecto de la misma piscina en la que se ve al grupo de bañistas después del saludable ejercicio de la natación.



La vizcondesa de Casa Aguilar, que en compañía de su esposo visitó esta capital, fué objeto de afectuosos agasajos, dejando entre nosotros el recuerdo de su cultura y la proverbial gentileza de las damas españolas.

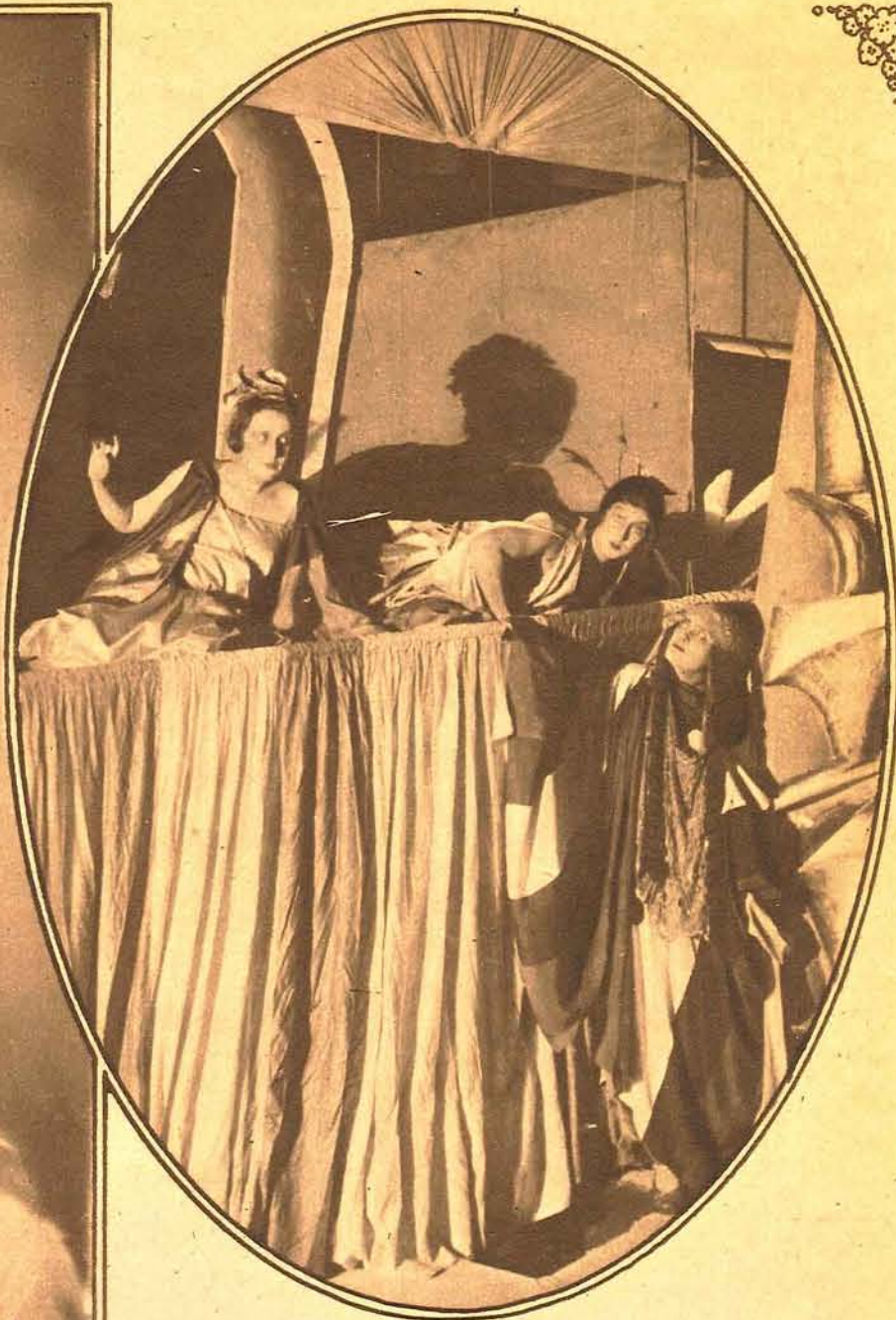
FILM SOCIAL



En momento de partir el tren que conducía a Chile al embajador de los Estados Unidos de Norte América y su esposa, la señora de Bliss, recibió afectuosos testimonios de la simpatía que rodea a ambos diplomáticos en nuestros círculos calificados.

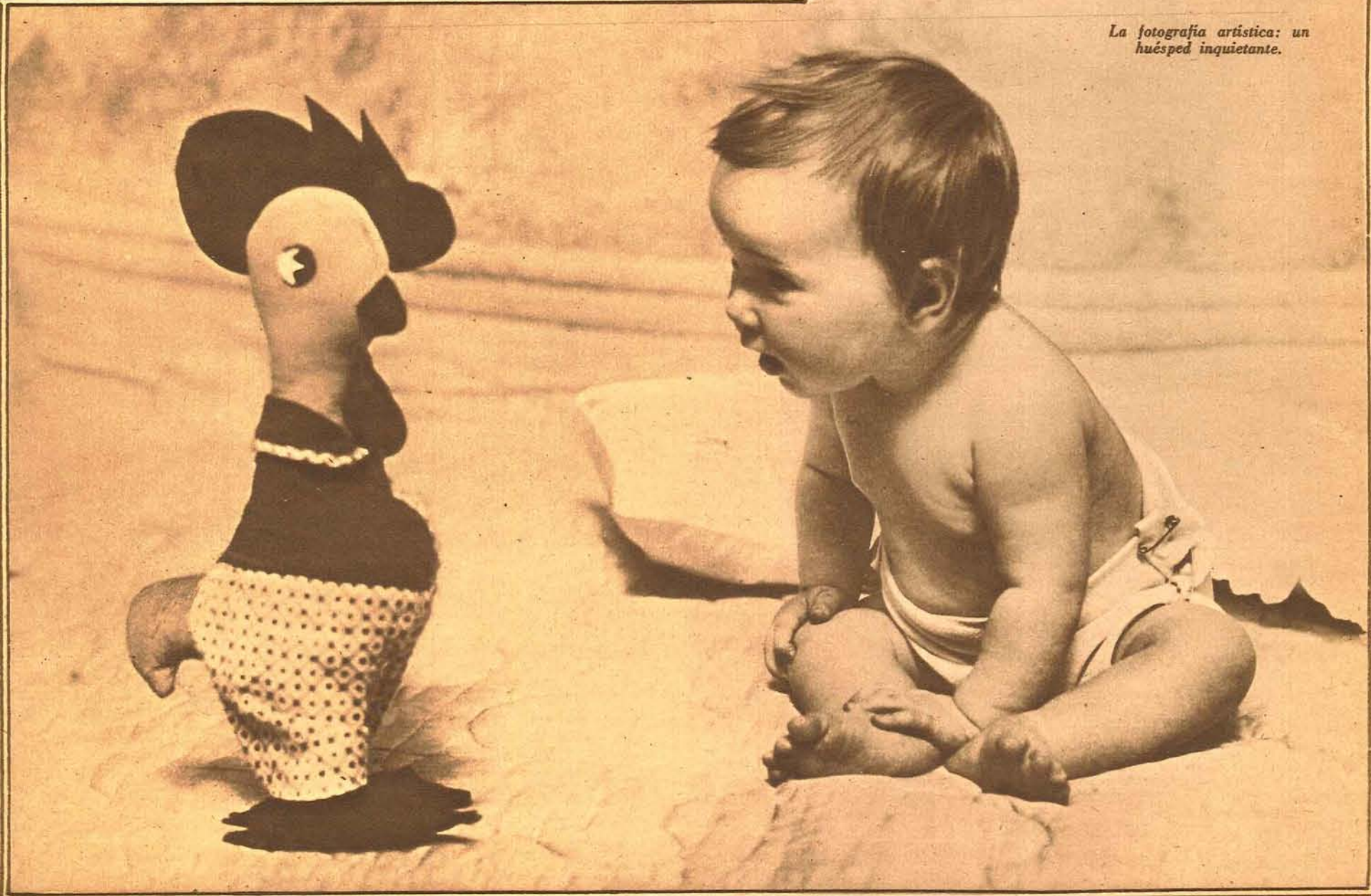
Jorge Zuberbühler Bosch, hijo de don Jorge Zuberbühler y de doña Elena Bosch Grondona.





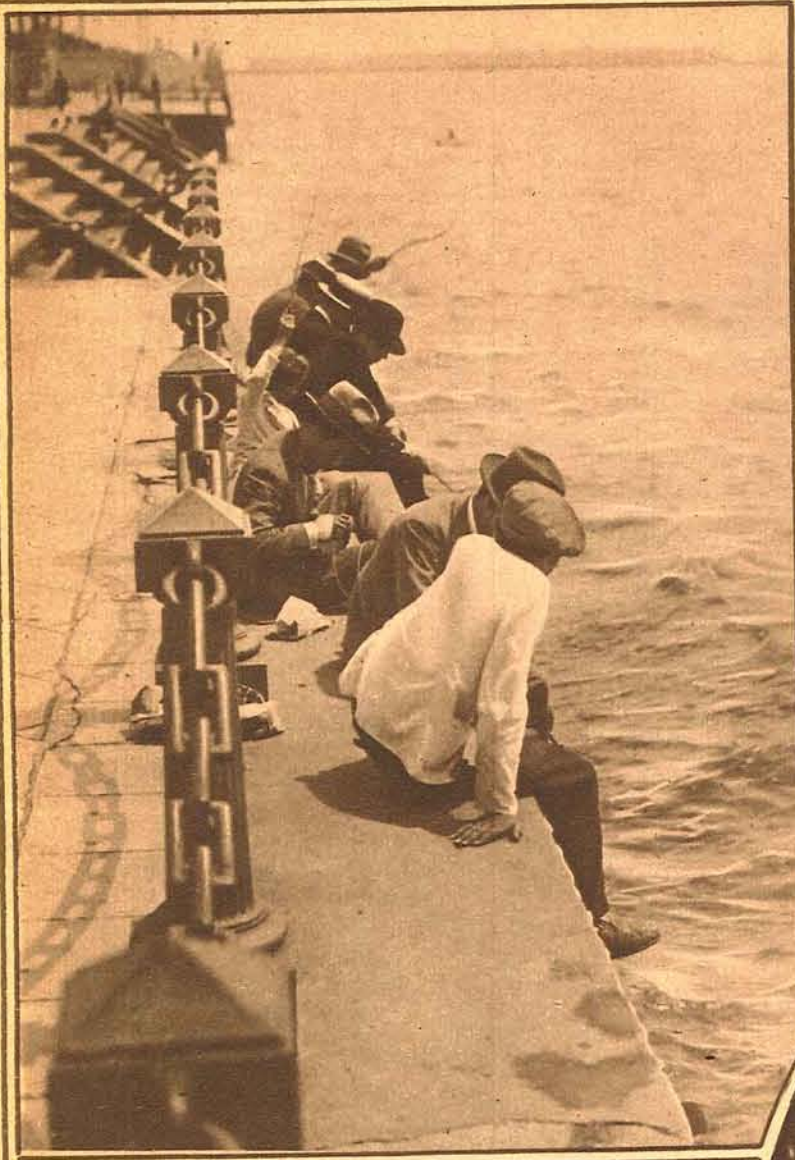
La condesa de Keyserling, esposa del ilustre filósofo que fué nuestro huésped.

Una escena de "La princesa Turandot", representada por la compañía Vachtansoff.

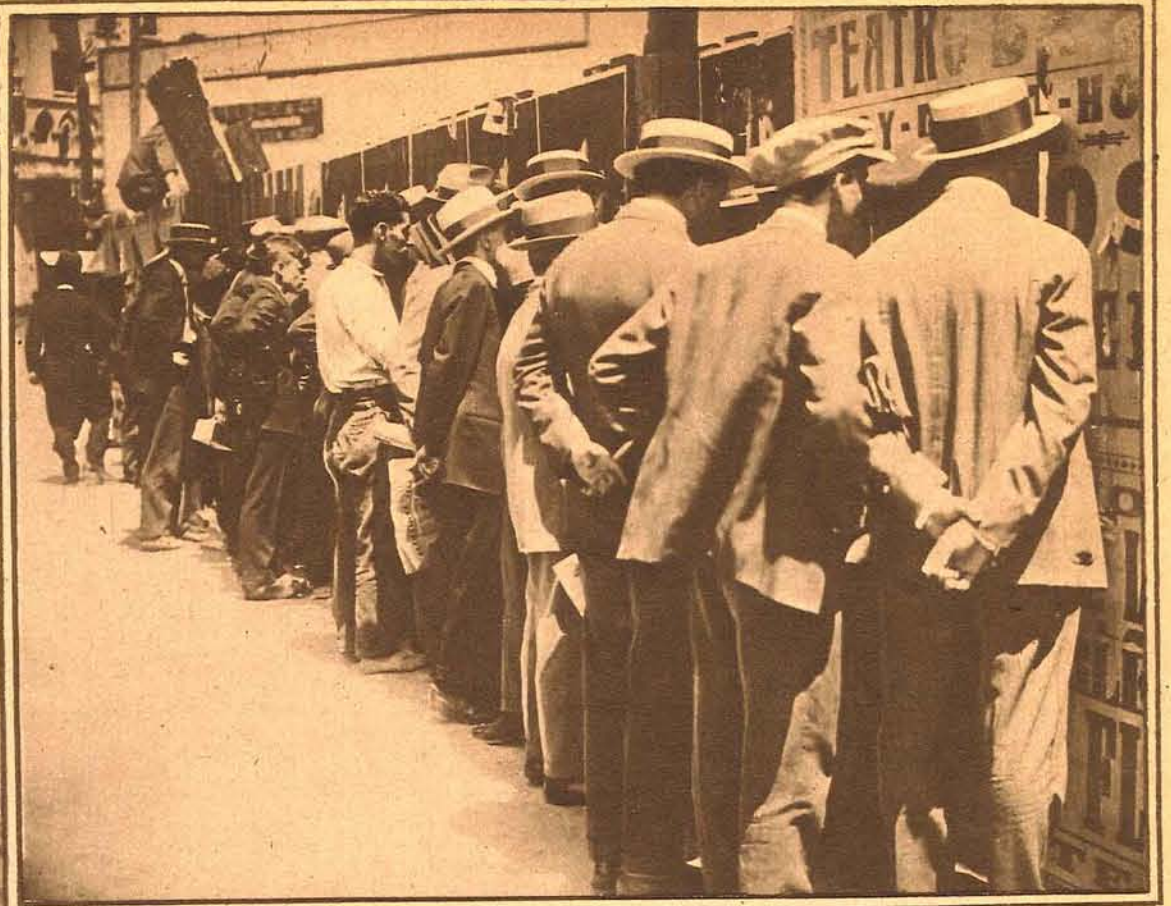


La fotografía artística: un huésped inquietante.

Instantáneas



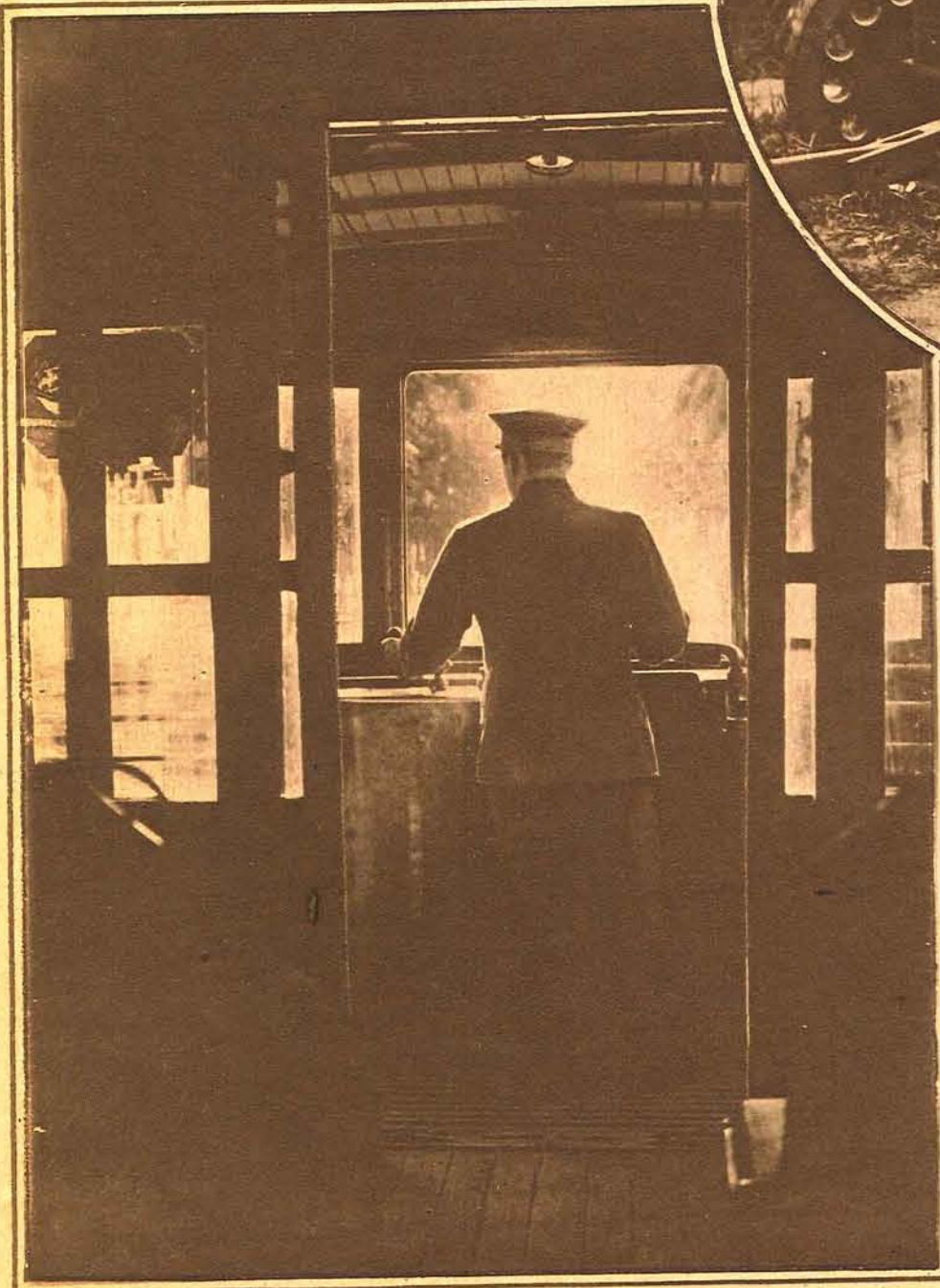
Con las facilidades de acceso al río que da el balneario, la pesca ha ganado mucho en la afición porteña.



No faltan argumentos con que rebatir a quienes afirman que Buenos Aires es una ciudad de gentes ajenas y preocupadas, que viven vertiginosamente la vida.

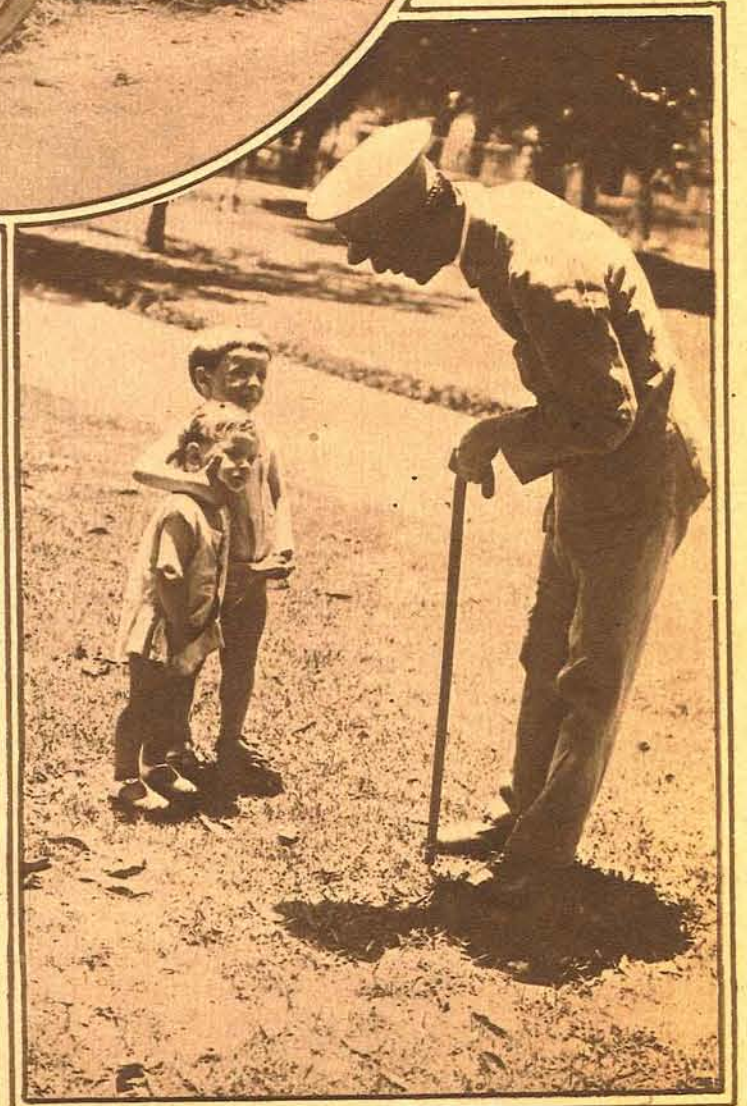


María Elena Quiroga, a quien su padre, D. Horacio Quiroga, ha construido el carrito que es su juguete predilecto.



Figuras conocidas de Buenos Aires: el motorista tranviario.

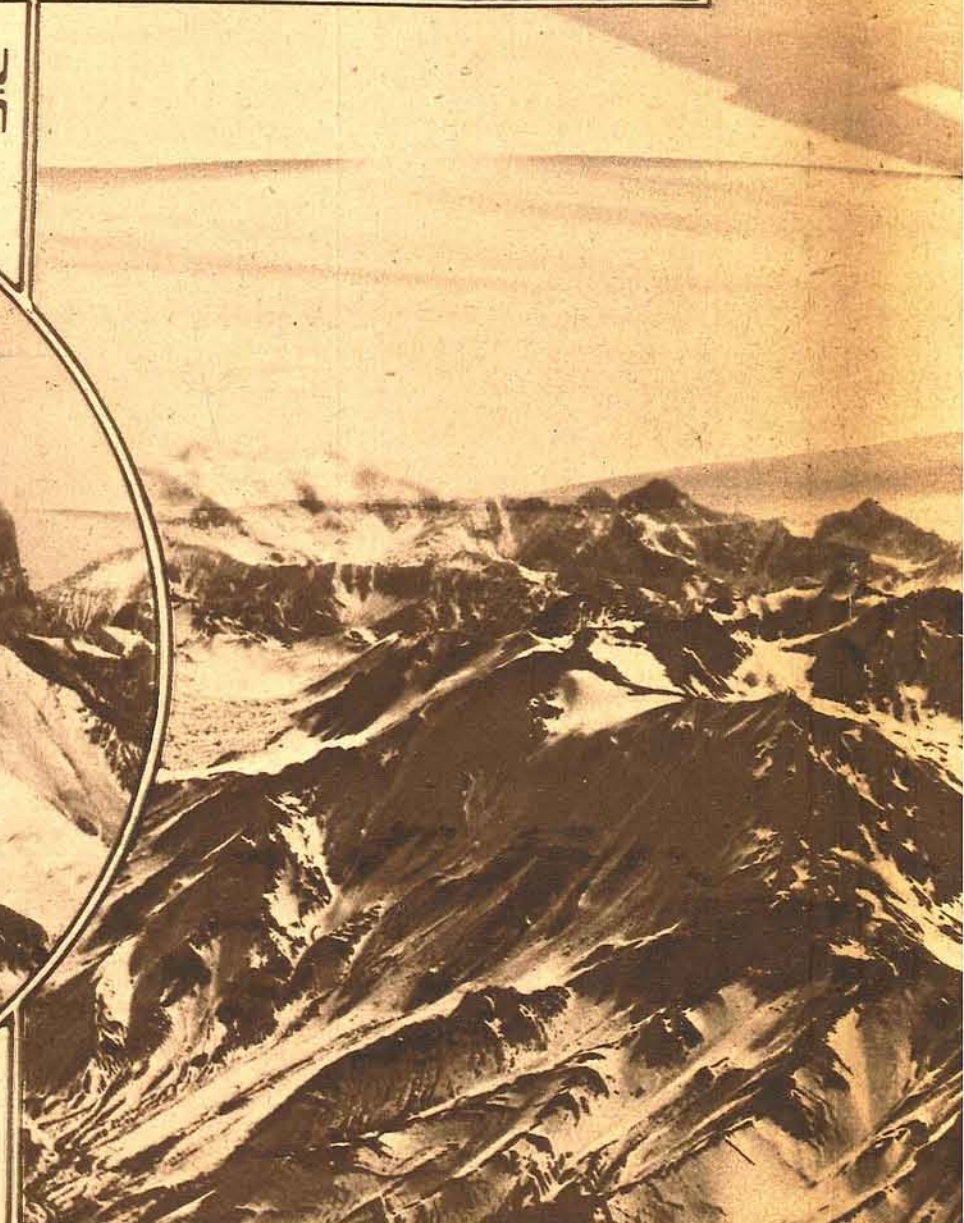
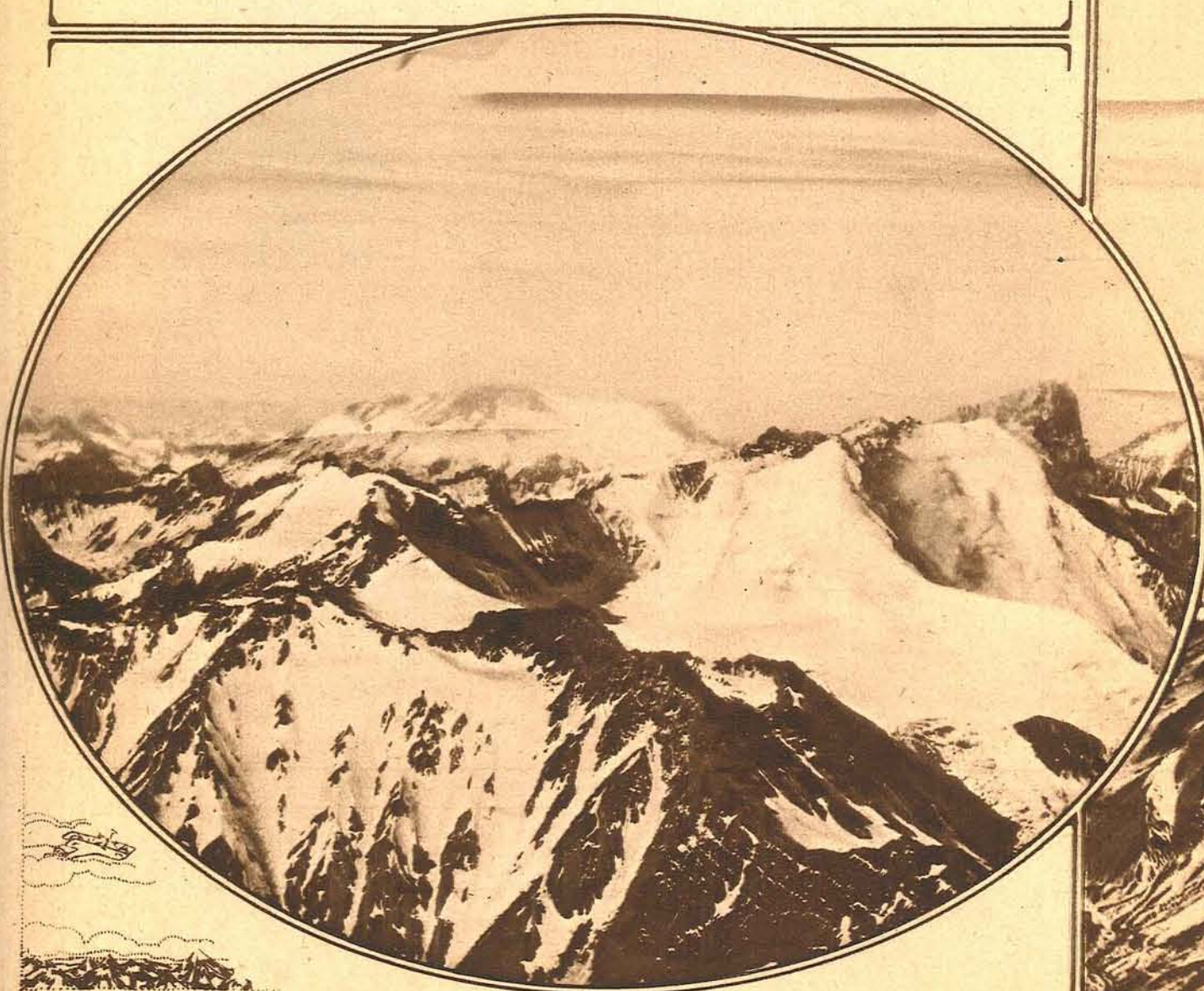
En el guardián de plaza, que es el cuco de los chicos, han encontrado estos dos pibes un buen amigo.



UN VUELO SOBRE LOS ANDES

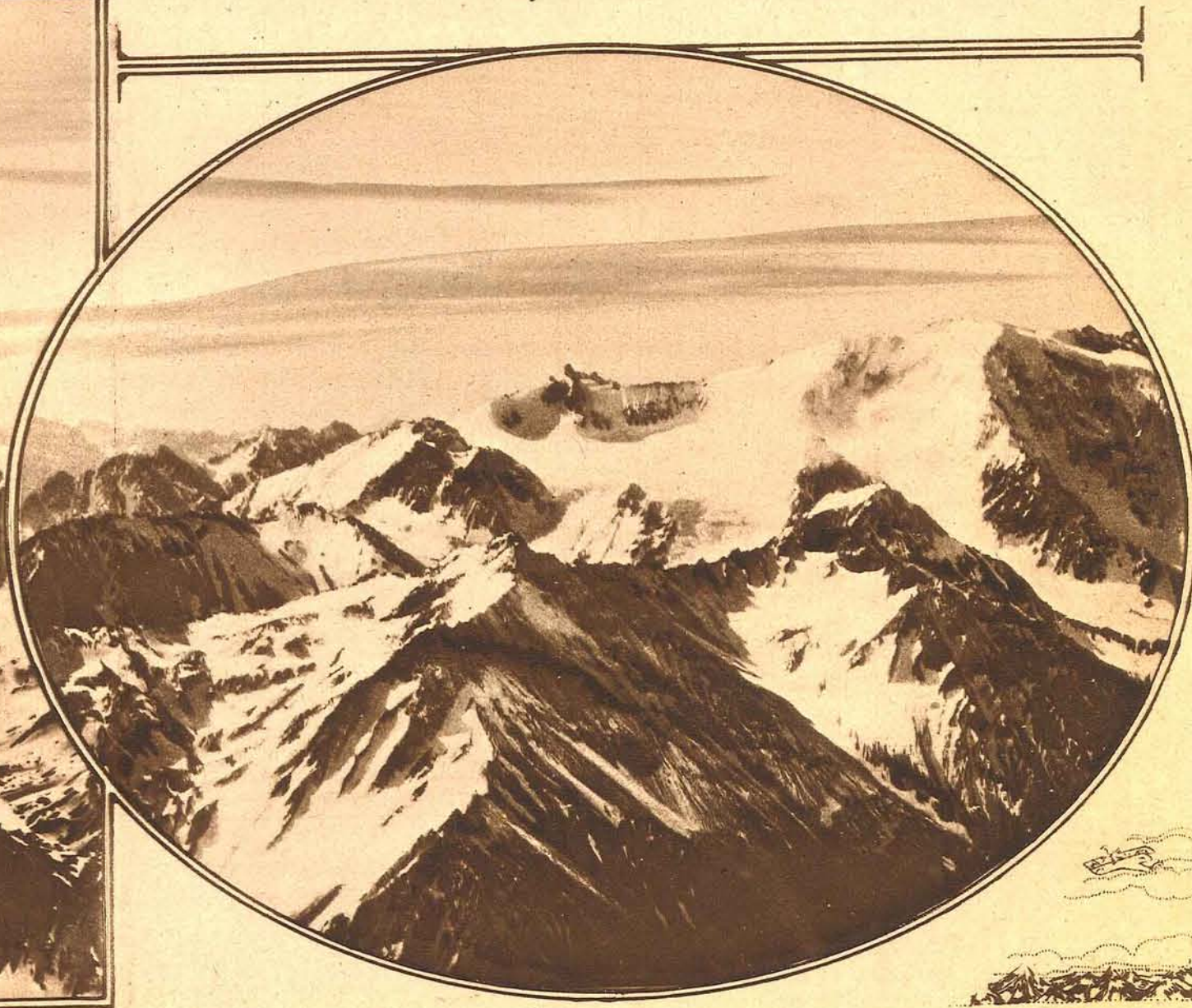
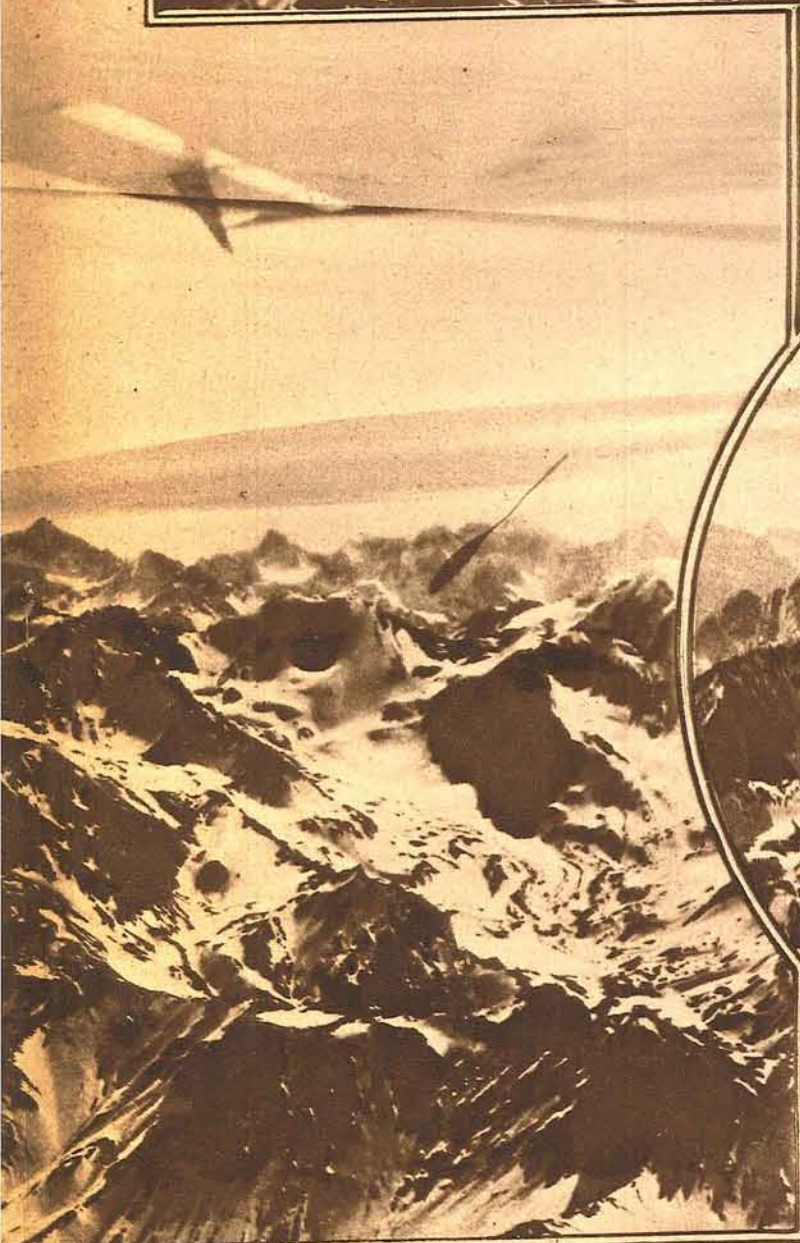
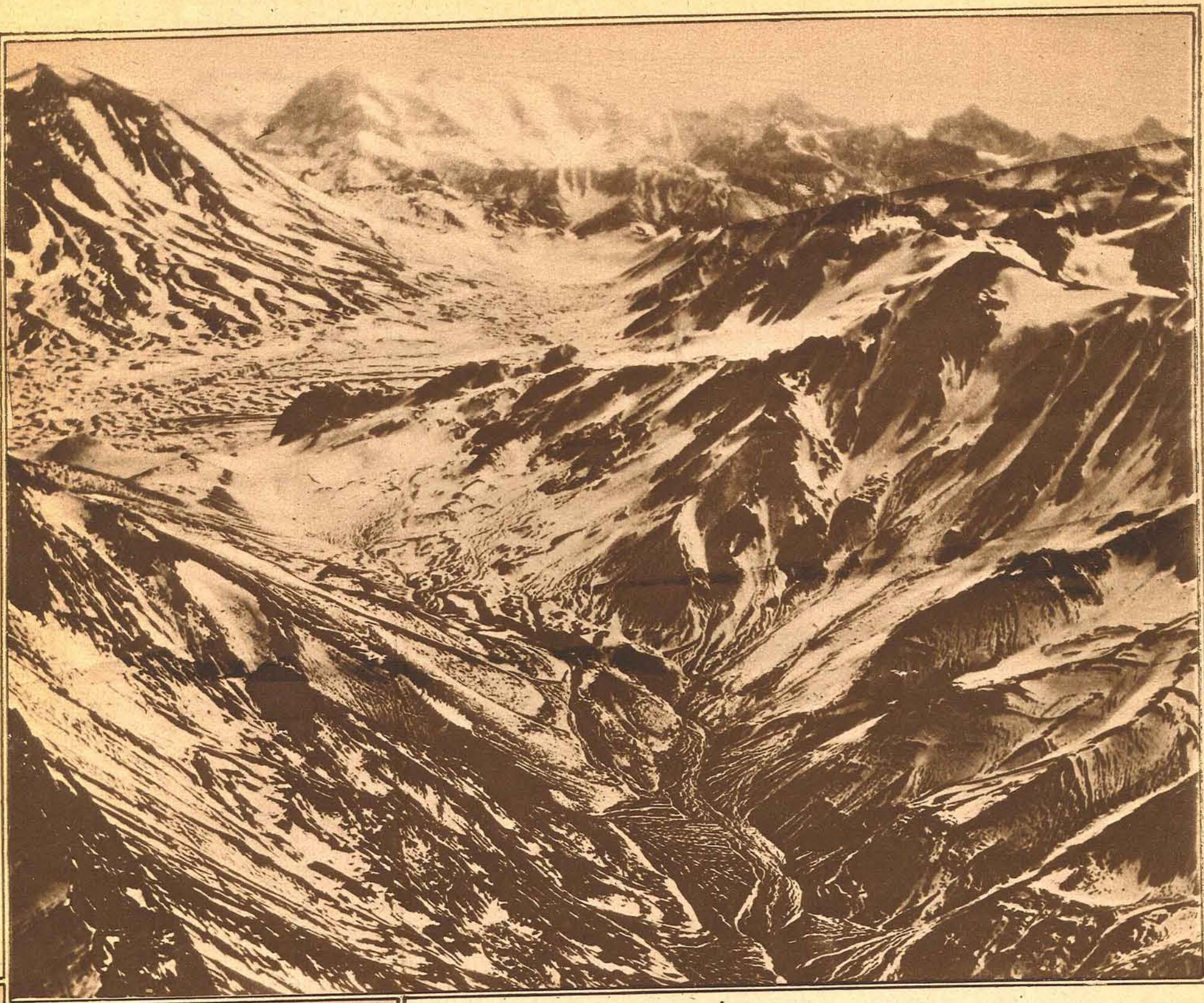


EN momentos en que los grandes aviones trasponen la cordillera de los Andes, es fácil encontrar, en ciertos sectores del macizo inmenso, aspectos topográficos de un interés extraordinario. Ello es patente en especial cuando en días serenos el avión puede tender una línea de vuelo cercana a las grandes cumbres que alternan con prolongados precipicios. Con la aproximación, el relieve del terreno se pone de manifiesto de la manera de que dan cuenta nuestras fotografías obtenidas desde un avión de pasajeros y correo de la empresa N. Y. R. B. A., del servicio Buenos Aires-Santiago.



N
LO
RE
DE

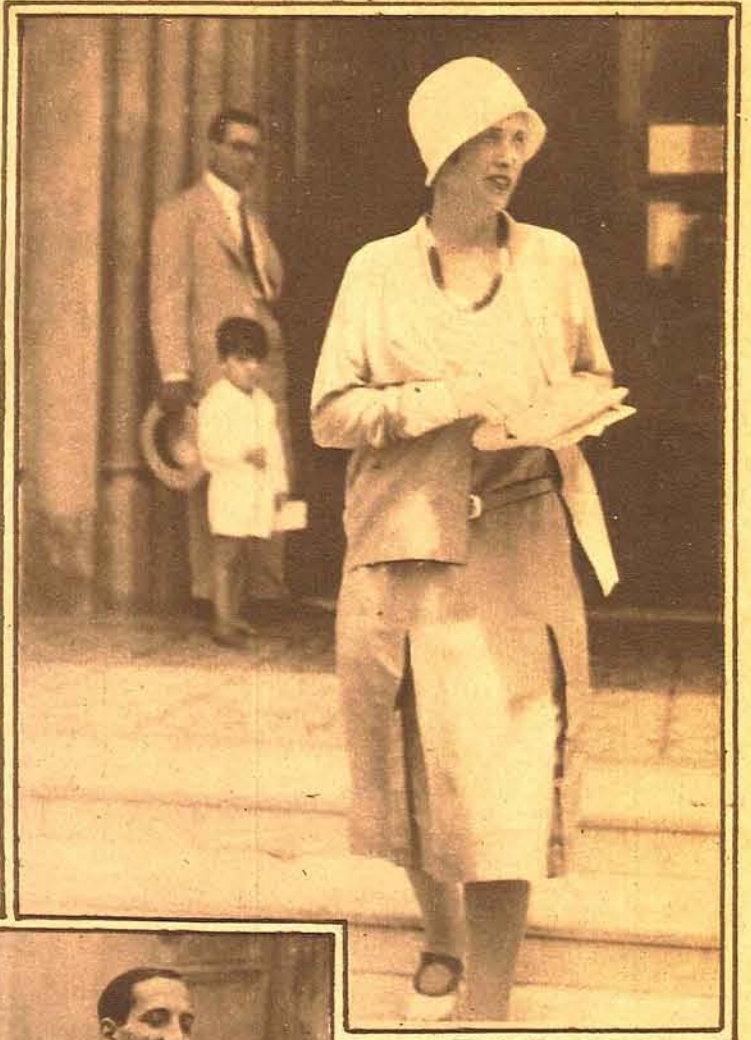
ntos en que
des aviones
a cordillera
es, es fácil
en ciertos
el macizo in-
ectos topo-
un interés
rio. Ello es
especial
días serenos
uede tender
le vuelo cer-
s grandes
ue alternen
gados preci-
la aproxi-
relieve del
pone de ma-
la manera
an cuenta
fotografías,
s desde un
pasajeros y
la empresa
A., del ser-
nos Aires.





LA
SALIDA
DE
MISA
EN
"STELLA MARIS"
DE
MAR
DEL
PLATA

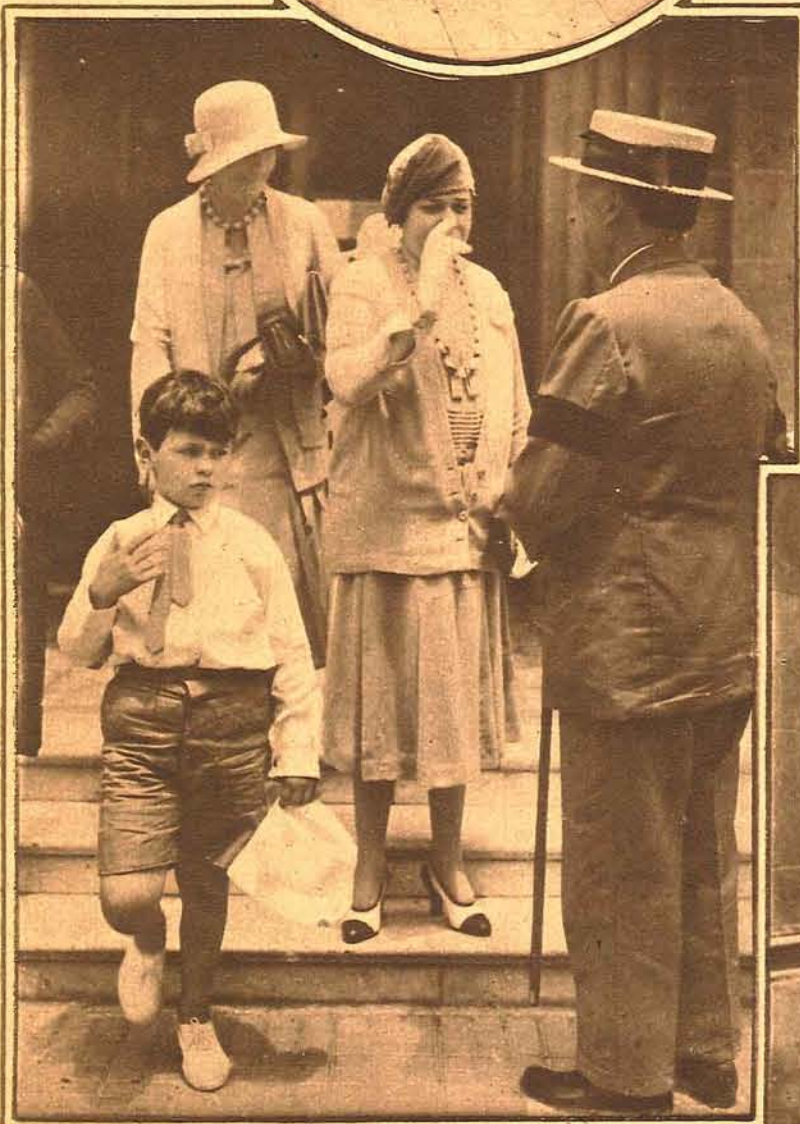
La señora Sara Unzué
de Madero.



Señora Angélica de Elía
de Riglos.



Señorita Hortensia Quir-
no y señor Belisario Mo-
reno Hueyo.



Señoras Carmen Christophersen
de Dodero, María Elisa Soria
de Bouquet Roldán y doctor Jo-
sé Tomás Sojo.



De izquierda a derecha: se-
ñoritas Celia y René Vallet
y Lía y María Rita Atwell.

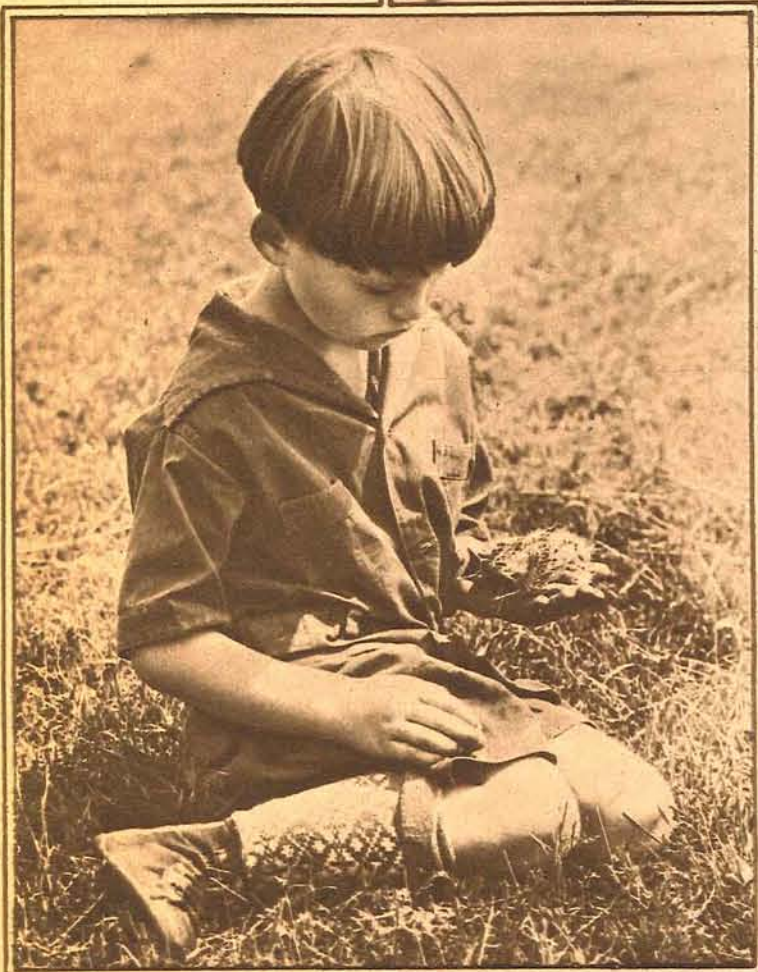
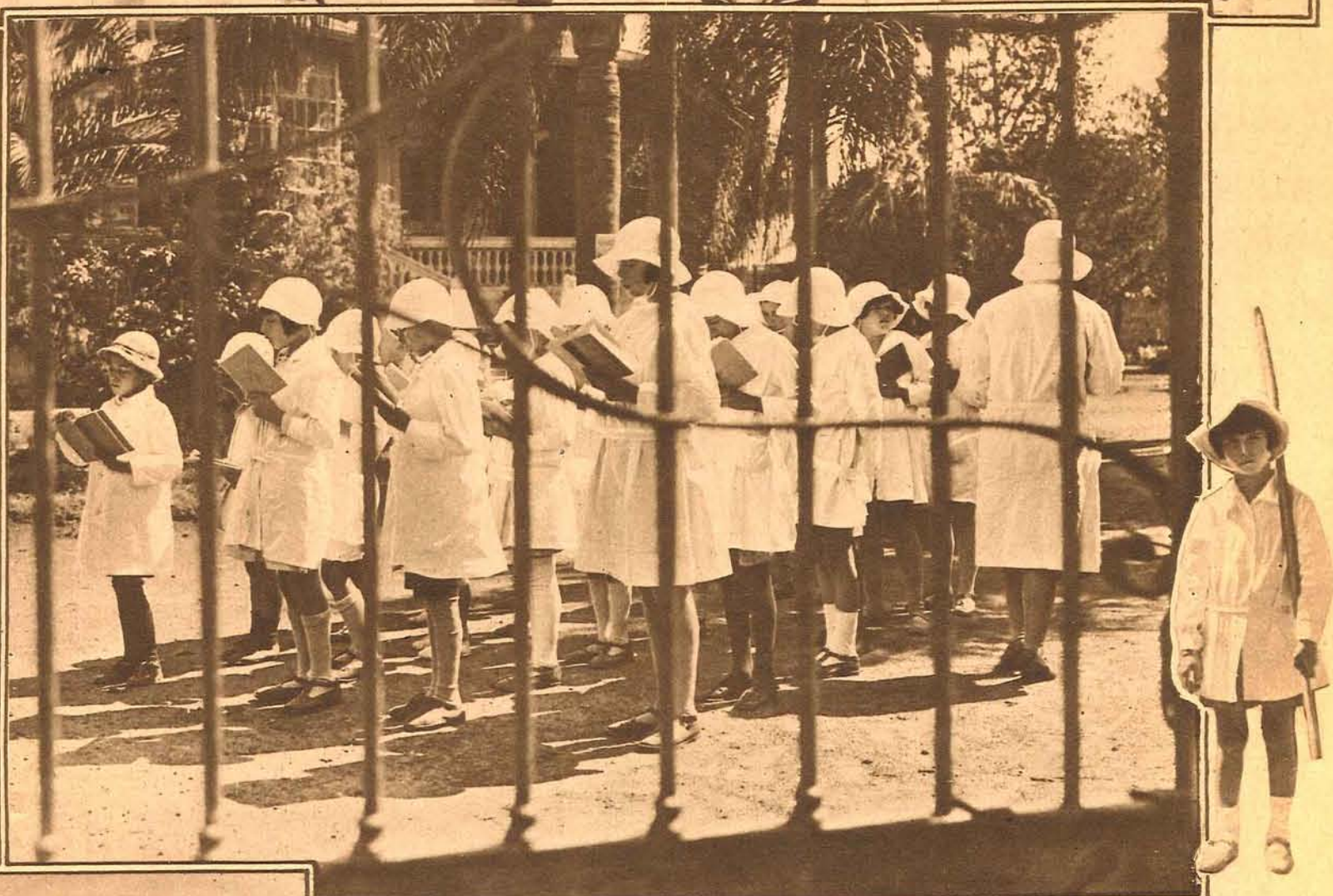




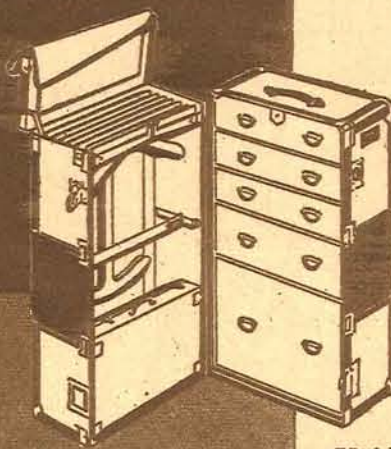
Conscriptos de las trece unidades de la Armada nacional que han intervenido en la concentración naval de Puerto Nuevo.



Al aire libre, con el ambiente purificado por los árboles y la luz solar, las clases de las colonias de vacaciones son más amenas, agradables y eficaces.



La fotografía artística: dos pichones perdidos en el campo.



HARTMANN - el favorito del viajero experto

CINCUENTA Y DOS años en la construcción de baúles roperos es nuestra mejor garantía. Los Baúles Roperos Hartmann son contruidos para resistir largo uso y el más duro trato, conservando siempre su bella apariencia y elegancia.

Esto explica por que hoy día se ven tantos Baúles Roperos Hartmann en los grandes transatlánticos y en los trenes de lujo de Estados Unidos, Europa y otras partes del mundo.

Los Baúles Roperos Hartmann son los preferidos del viajero experto, tan exigente de su equipaje como de su apariencia personal.

De venta en:
Harrods (Bs. As.) Ltd., Florida 877
Casa Mattaldi, Sarmiento 667
Casimiro Gómez, Bdo. de Irigoyen 161
Gath & Chaves Ltd., Florida y Cangallo

BAULES Y MALETAS
HARTMANN
RACINE . WIS. . U.S.A.

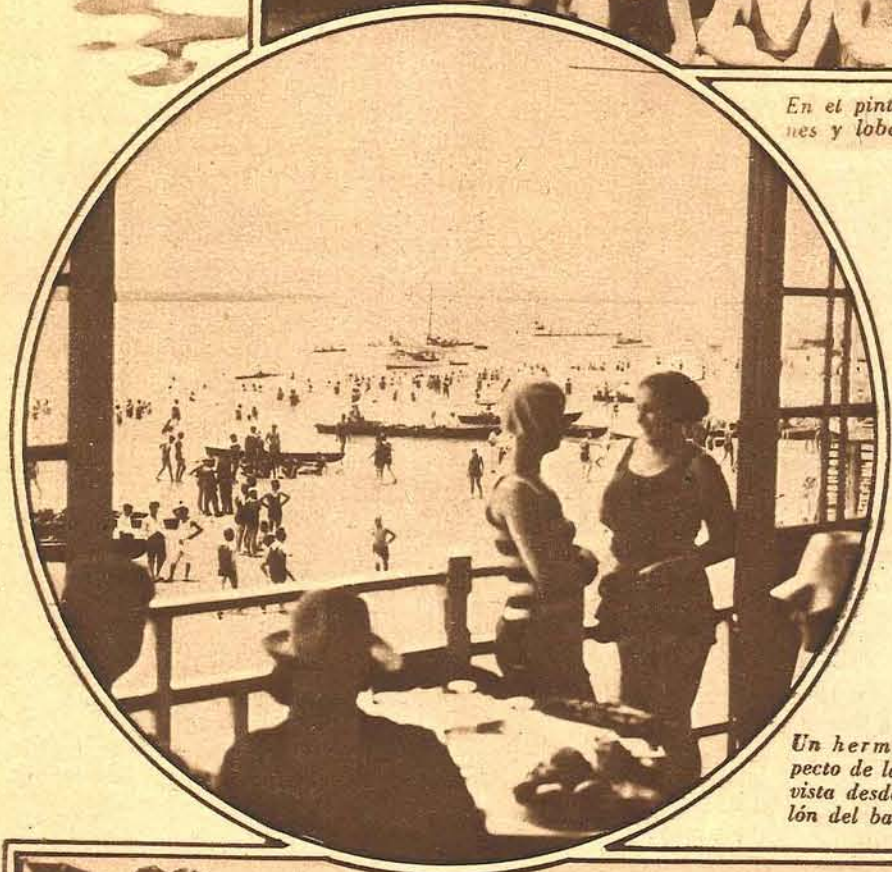
PASEOS POPULARES BALNEARIO DE SAN FERNANDO



Meditación
a bordo.



En el pintoresco balneario de San Fernando, a determinadas horas del día, los tiburones y lobos de agua dulce están en mayor proporción que las bellas sirenas de la playa fluvial.



Un hermoso aspecto de la playa, vista desde el salón del balneario.



Figuras femeninas en la playa.



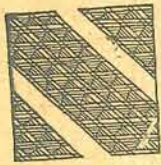
Los pibes forman siempre un concurso numeroso y entusiasta.



Un cuadrito fijado por el lente fotográfico.



LA VENGANZA



O — anunció Pepe Lomo de Carey asomándose a la ventana del club y observando el camino que corría allá abajo.

Todavía no viene.

Sacudió la cabeza, con aire preocupado, dió un estirón a sus pantalones y se detuvo cerca de mi silla.

—¿Quién?—le pregunté, mirándolo por encima de mi vaso lleno hasta el borde.

—¿Quién es el que no viene todavía?

Pepe Lomo de Carey, vagabundo del mar, patrón de buque hasta el año anterior, se dejó caer en una silla, prendió una pipa infecta y suspiró. Viejo y curtido lobo de mar, Lomo de Carey había sido apodado así por aquella brava tripulación que él había gobernado, utilizando en lugar de otro castigo, una vara de hierro y un chicote de cuerdas. A través de los años no había podido desprenderse de aquel apodo.

Siguió fumando malhumorado, por un rato; hizo un movimiento brusco al escuchar mi pregunta, y dejó escapar en seguida la respuesta:

—Sansón el Sueco—dijo, y llamó al mozo para que llenara de nuevo su vaso.

—¿A la salud de usted—exclamó—y también a la de Sansón! He advertido que usted no sabe quién es Sansón el Sueco. Si hubiera usted recorrido los mares... ¡pero qué! ¡No lo ha hecho usted nunca! Le hablaré, pues, de Sansón, que de un momento a otro ha de llegar. Sansón, ese nombre es el que mejor le convenía, pues media cerca de dos metros de altura. Se separó de mi barco en el 86. Era tercer oficial y un hombre tan vigoroso y valiente como no se podía encontrar otro en toda una vuelta al mundo. Poseía las espaldas de un toro; podía cargar a dos de mis tripulantes—eso que no llevaba yo a ningún jovencito—en una sola mano y sostenerlos a mayor altura que su cabeza. Abandonó mi barco después que hubo matado al tiburón.

Su mirada se hizo retrospectiva.

—Los tiburones—continuó—son una plaga que el mar alimenta en vez de extinguir. Me acuerdo de Sansón parado, observando con una mirada terrible aquel pedazo de aleta triangular que aparecía cortando la superficie. Viendo que yo lo observaba, detuvo repentinamente su respiración con una especie de ladrillo salvaje; se quitó el saco, el pantalón y la ropa interior, y quedó de pie al rayo de aquel sol del Pacífico, con sus músculos vibrantes bajo la piel suave como el raso. Cuando le vi sacar de su cinto, tirado sobre cubierta, un enorme cuchillo y saltar entre los aparejos, no pude contener un grito de sorpresa. “¿Qué

demonio vas a hacer? ¿Cuál es tu intención?”, le dije. Podía haberle dicho muchísimo más, pero en aquel mismo instante, con un movimiento rápido, dió un salto y se zambulló en el mar. Cuando volvió a la superficie, pude ver su cuchillo brillar al sol. Entonces, señor, me puse a observar, con ojos azorados, que aquel tiburón se abalanzaba sobre Sansón como un hambriento que ve la comida preparada. Pude ver su peligrosa aleta surcar las aguas y alcanzar a Sansón, cuya cabeza desapareció en medio de un remolino de agua. Fué aquella una lucha salvaje; experimenté la sensación de que iba a tener que contar con un hombre menos para el resto del viaje. De repente, el agua se tiñó de sangre: Sansón apareció, dió un rugido de triunfo, agitó la mano fuera del agua y volvió a sumergirse cuando el gigantesco animal se dirigía enloquecido a atacarlo de nuevo. Una mancha volvió a verse sobre la superficie del mar. El tiburón, abierto de un tajo por el hábil cuchillo de Sansón, desapareció entre la espuma sanguinolenta. Sansón regresó al barco, permitió que se le ayudara a subir a bordo, recogió su ropa y se volvió a vestir.

ILUSTRACION DE LUIS MACAYA

el momento oportuno para hundir con fuerza su cuchillo y tornar el azul del mar en una enorme mancha de sangre. Abandonaba siempre el pez muerto y volvía a bordo sonriente. “No existe ningún pez en el mundo capaz de dominarme”, solía decir con jactancia. Y le aseguro, señor, que todos lo creían así. Sabía zambullir como un hombre nacido en el mar. ¡Era maravilloso! Con el tiempo llegó a hablarse de él como del hombre a quien ningún monstruo del mar podía vencer.

Después de una pausa, prosiguió:

—Sansón era un hombre, además, de muchísimo amor propio. Comenzó a desdénar a los tiburones como si fueran sardinas. Eso que llegó a ganar mucho dinero, porque las autoridades, sintiéndose moles-



El narrador dió una chupada a su pipa, y con la mirada fija en el espacio siguió diciendo:

—Limpió su cuchillo y bajó a comer tan tranquilo como si hubiera regresado de un paseo por la playa. Cuando se hizo a la mar en el Viento en Popa, al mando del capitán Pollock, tuvo ocasión de matar en la misma forma dos tiburones más. Siempre que perseguía a uno de estos monstruos, los vencía. Tenían lugar entonces aquellas luchas en el mar, en las cuales Sansón, siempre victorioso, sabía zambullirse en

tas con la presencia de dos o tres ejemplares de los más feroces, ofreciéndole una buena recompensa si conseguía despejar la costa de estos animales. Así lo hizo Sansón, que no esperó una oportunidad y supo aprovecharla. Pero, como le

decía, quiso buscar enemigos más dignos de su acero, y un día atacó a un pulpo. Había uno de estos animales que era muy temido y odiado por los navegantes del Pacífico. Los marinos lo llamaban Wallace el Malvado, y se le encontraba

P O R THORNTON LONSDALE

entre las profundidades rocosas de una pequeña ensenada, en una isla, sobre el derrotero seguido por las embarcaciones. Después de desnudarse, tomó Sansón su cuchillo y se zambulló. Se trepó al pequeño promontorio de una roca y allí esperó a Wallace, con la misma confianza de un chico que pescara mojarritas. Se vio aparecer entonces una especie de brazo que, retorciéndose, salía del agua y se apoderaba del brazo izquierdo de Sansón, sujetándolo con fuerza: su brazo derecho permanecía cuidadosamente libre, ya que era seguro el uso que podía hacer de él. Un segundo tentáculo apareció súbitamente, como si fuera un látigo, le rodeó la cintura y se la apretó fuertemente, al mismo tiempo que un tercer tentáculo se elevaba y rodeaba su cara. Apenas dos minutos estuvo Sansón imposibilitado de utilizar el cuchillo y conseguir libertar sus miembros. Al observar la mirada fría y serena del monstruo que lo contemplaba a través del agua, dió un grito salvaje, y sintiendo que la presión de su brazo tendía a hundirlo, se sumergió rápidamente; buscó aquel ojo debajo de las aguas y le sepultó su cuchillo. Un chorro de tinta asquerosa saltó entre la espuma. Cuando Sansón regresó a bordo, se jactó otra vez de que no existía en el mar ningún animal que lo dominara. Había estado apenas un minuto debajo de la superficie y había dejado al pulpo hecho tiras. Era realmente maravilloso y parecía un pez en el agua. A bordo era considerado como un héroe. Había un holandés que solía persignarse cada vez que pasaba delante de él. “Ahora, dijo Sansón, ¿hay quien crea que existe monstruo en el mar capaz de vencer a Sansón el Sueco?” Le aseguro, señor, que ningún lobo de mar creía que lo había.

Quitándose un momento la pipa de la boca, Lomo de Carey escuchó atento. De pronto, se puso de pie y corrió a la ventana.

—¡Ahí viene!—gesticuló mirando afuera—. ¡Sansón el Sueco viene por el camino!

Me acerqué al balcón donde estaba Pepe, miré hacia afuera y pregunté con ansiedad:

—¿Dónde?

Con su dedo calloso me señaló allá abajo.

—Allí—contestó—, en aquel coche que viene tirado por dos caballos.

Por la calle veía acercarse, con solemnidad tétrica, un coche fúnebre con dos caballos negros.

—¡Gran Dios!—exclamé. Entonces, ¿ha muerto?...

—Sí—dijo sonriendo con ironía—. ¡Murió la semana pasada por haber comido una lata de sardinas! Estarían malas, quizá, y él no se ha dado cuenta.

EL POR QUE DE ALGUNAS COSAS

¿Qué es lo que hace que el aire sea pesado?

EL peso o gravedad es una propiedad que se comprueba en toda substancia, ya sea sólida, líquida o gaseosa y que proviene del hecho de la atracción de la tierra. Cuanto mayor es la cantidad de materias que contiene en un volumen dado, tanto más pesada es esa substancia, porque es mayor la atracción que la tierra ejerce sobre ella, y recíprocamente mayor es también la atracción que ella misma ejerce sobre la tierra. El aire es pesado porque a pesar de ser invisible, es materia, y toda materia es pesada porque la tierra la atrae. Parece difícil explicar por qué el aire es pesado, porque todo el mundo se resiste a admitir que el aire sea una substancia

material, y, sin embargo, es fácil convencerse de ello examinando el aire líquido o el aire helado, es decir, sólido.

Todos sabéis que el aire es una mezcla de gases y los gases son invisibles a la temperatura ordinaria, pero todos los gases tienen un peso dado y resulta que el aire también lo tiene. Por consiguiente, la pregunta resulta tan fuera de lugar como si se preguntara si una mesa es pesada. La tierra es la que hace que todos los cuerpos parezcan pesados, atrayéndolos hacia ella. Todos sabéis, en efecto, que la tierra ejerce una fuerte atracción sobre todos los objetos que se encuentran sobre su superficie, siendo ella misma atraída por el lejano sol. De todas maneras, por más grande que éste sea, está muy lejos y la tierra por el contrario está muy cerca y por consiguiente el peso de las materias, ya sean aire o una simple

mesa o cualquier otra cosa, es debido únicamente a su atracción.

LUCHA ENTRE EL AGUILA MARINA Y EL CISNE

EL águila marina espera que su víctima se acerque a ella. Colocada en la parte más alta de los árboles, espera con perfecta tranquilidad que el objeto de sus deseos pase por ahí. Sus ojos centelleantes dominan una vasta extensión. Escucha, y sus oídos advierten hasta el más lejano ruido. Su compañera, colocada sobre la otra orilla del río, vigila también, y si todo parece tranquilo, le aconseja con un corto grito que tenga paciencia. Al oír esta señal, tan conocida, el macho abre en parte sus inmensas alas, se inclina ligeramente hacia abajo y responde con un grito que recuerda la risa

de un demente, volviendo luego a su actitud de espera en medio del silencio. Patos de todas clases y muchas otras aves pasan por ahí en bandadas más o menos grandes y bajan a las orillas del río para beber. Pero el águila no se inmuta, no son ellos dignos de su atención. De repente se deja sentir la voz del cisne, lejano aun, pero que viene acercándose. Se oye entonces un grito agudo, es el de la hembra del águila, que siempre atenta, llama la atención de su compañero. Este se sacude violentamente y en unos segundos, ayudado por su pico, arregla su plumaje. Ya se ve ahora al viajero blanco, cuyo largo cuello de nieve está extendido hacia adelante. Sus ojos alertas vigilan como los de su enemigo; sus grandes alas parecen soportar difícilmente el peso de su cuerpo, a pesar de batir constantemente el aire. En el

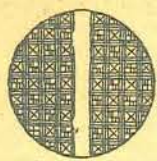
momento en que el cisne va a pasar cerca de sus enemigos, el águila, completamente preparada para la caza, se precipita profiriendo un formidable grito. Este resuena más siniestro aun que la detonación de un fusil en los oídos del cisne. Es el momento en que se puede apreciar todo el poder de que dispone el águila, que atravesando el espacio con la rapidez de un rayo cae sobre su víctima, que en la desesperación de la agonía trata de diferentes maneras de escapar a sus crueles garras.

El cisne trata de bajar hacia el agua, pero el águila que sabe que es la única salvación para él, se lo impide y lo persigue picoteándole desde abajo, hasta que la hermosa víctima cae ya sin fuerzas. El águila se apodera entonces de ella en el aire llevándola a un lugar seguro, donde no tarda en reunirse su compañera.

LA MALDICION DEL DIAMANTE HOPE

Por RICHARD
D. S. M'MILLAN

II



TRA versión afirma que Tavernier tuvo que emplear la suma de dinero que recibió del Rey en pagar las deudas de su hijo. Esto parece algo fantástico, pues—afirma Mr. E. W. Streeter, el experto británico en brillantes—, según las más serias averiguaciones en la historia de piedras famosas, Tavernier disponía de veinticinco piedras destinadas al monarca, el precio de las cuales debe haber alcanzado a cerca de un cuarto de millón. De todas maneras—aunque se dice que estaba traspasado de dolor—Tavernier tuvo aún el coraje de iniciar otro viaje a Oriente. Tenía ochenta y cuatro años cuando salió por última vez, y en este viaje halló su muerte. Antes de cumplir su misión fue atacado por una fiebre particularmente dolorosa, muriendo después de grandes sufrimientos. Otra versión informa que fue despedazado por perros salvajes, versión a la que se inclina, me parece, May Yohé. Mr. Streeter declara que el Emir Jemla, en poder de quien él cree que la piedra estuvo durante un tiempo, murió en circunstancias similares, después de un desfallo semejante de parte de su propio hijo.

Para seguir el curso de esta piedra en la historia futura, es necesario hacer algunas explicaciones y corregir algunos conceptos erróneos creados por la confusión de nombres que se han dado a la misma piedra. En primer lugar se debe recordar que el brillante Hope no es el brillante Tavernier en total. Es la parte más grande que de él existe actualmente. Después de caer en poder del Rey de Francia, la piedra Tavernier fue cortada y reducida a 67 quilates, proporciones con las cuales se le conoció como el "Azul Francés". Después de su hurto, durante los trastornos que siguieron a la Revolución Francesa, fue cortado dos veces en tres pedazos, uno muy pequeño, avaluado en 300 libras, otro un poco más grande y un tercero de 44 1/4 quilates, que andando el tiempo, pasó a poder de Mr. Thomas Henry Hope, cuyo nombre adoptó.

Existía una marcada curiosidad entre los allegados a la Corte por ver la joya, y en la primera ocasión en que el Rey la usó hubo una gran sensación, admirando todos ese particular color azul-violeta que lo hacía único e irreemplazable. Hay brillantes de un matiz color zafiro de gran valor; los hay también verdes, blancos, negros, amarillos y color fuego; pero los rojos y los azules son los más raros de toda la producción natural.

En muchas otras ocasiones, Luis XIV usó el brillante como su principal adorno y el Gran Mogul figura en una gran escena histórica, en febrero de 1715, cuando el monarca recibió al embajador persa. Las crónicas contemporáneas describen al Rey usando un traje negro y dorado adornado con brillantes que costaban 12.000.000 de libras. Alrededor de su cuello—dice uno de los relatos—colgado en una cinta celeste, llevaba como principal adorno su brillante azul, conocido como el Azul de Francia.

No puede afirmarse categóricamente que el brillante azul acarreará desastres a Luis XIV, pero resultan curiosos los infortunios acaecidos a varias favoritas a las que él permitió llevar la alhaja. Así fué

como Mme. de Montespan, que apareció con la piedra en un gran baile de la Corte, dejó pronto de ser favorita y poco tiempo después fué reemplazada por su odiada rival, Mme. de Maintenon. Luego Nicolás Fouquet, el ministro de Finanzas de Luis XIV, pidió prestada la piedra para usarla en una fiesta. Nuevamente ocurrió un hecho misterioso. Fouquet se atrajo el desagrado del Rey y fué arrojado a una prisión, donde murió de un ataque apoplético, eufemismo convencional para muchas formas de muerte violenta en aquellos bárbaros tiempos. Ya por aquella época estos acontecimientos nefastos habían hecho correr numerosos rumores; alguien recordó entonces que una vez Tavernier le había dicho que se suponía que esa piedra estaba ligada a una maldición, como había sucedido con varias otras piedras traídas de Oriente.

Pronto se hizo general la creencia de que dentro de la piedra había un demonio y que el que usara el brillante caería en la desgracia. Como para añadir peso a esta superstición, los síntomas empezaban a demostrar que la casa de Francia comenzaba a desmoronarse. Los cimientos de la monarquía se conmovían ligeramente con los amagos de la próxima revolución, profetizada a Mme. de Pompadour por Luis XV.

Damos vuelta la página de la historia y nos encontramos frente a María Antonieta, la hermosa y desgraciada Reina mártir. Hubo un tiempo en que el brillante fatal lució también en su bien formado pecho. El trueno de la revolución se hizo más cercano... y la ola del odio popular alcanzó a la Reina desamparada, arrastrándola a la destrucción. Cayó la Corona y con ella, sumergida en las ruinas, cayó la admirable joya presagio de mala fortuna, nuncio de muerte.

Viene ahora una laguna en la historia del brillante azul: durante un tiempo su historia es un libro cerrado cuyas hojas pueden no abrirse jamás. La piedra desaparece en 1792, cuando las joyas de la Corona de Francia que habían sido depositadas en el "Garde Meuble" por el Comité Revolucionario, fueron robadas. En ese tiempo, el Azul de Francia ocupaba, según el inventario oficial, el segundo puesto entre las joyas reales, siendo el famoso Pitt o Regente—cuyo nombre, como sucedió con el Hope, era debido al nombre de uno de sus dueños, Thomas Pitt, y avaluado entonces en 480.000 libras—el que ocupa el primer puesto. Tal vez el relato más autorizado del robo sea el siguiente, dado por Breton, entonces editor de la "Gazette des Tribunaux":

"El inventario de los brillantes de la Corona, hecho en 1792, fué terminado recién en el mes de agosto de 1792, cuando la última exposición pública que tenía lugar el primer martes de cada mes. Después de los sangrientos acontecimientos del 10 de agosto hasta el 2 de septiembre, este rico tesoro fué naturalmente cerrado al público, y la Comuna de París, como representante de la propiedad del Estado, puso sus sellos en los cuartos donde se hallaba guardada la corona, junto con el cetro y otros atributos que servían para la coronación: el cofre de oro, regalado por el Cardenal Richelieu a Luis XIII, con todos sus brillantes y rubíes, el famoso cáliz de oro y, además, una cantidad de otros cálices y vasos de ágata, amatista y cristal de roca. En la mañana del 17 de septiembre, Sergent y los otros comisionados de la Comuna descubrieron que durante la noche, habían penetrado ladrones; esca-

lado el edificio por las columnatas de la plaza Luis XV y pasando por una ventana que daba en esa dirección, habían encontrado acceso al vasto "hall" del "Grande Meuble", roto los sellos, sin forzar las cerraduras, y llevado los incalculables tesoros allí depositados.

El audaz robo causó enorme sensación. Gran cantidad de criminales conocidos fueron arrestados, y uno de ellos se confesó autor del robo. Todos fueron condenados a galeras, exceptuando a dos, a quienes se envió a la prisión de Bicetre, donde murieron. Las autoridades consiguieron recuperar el Regente, pero no se supo nada más del brillante de Rama-Sita durante veinte años.

IV

Fuó en Amsterdam donde reapareció el "brillante de la Muerte", para continuar su terrible historia de robos, suicidios y asesinatos. Había llegado por caminos misteriosos a manos de un comerciante en brillantes, llamado Fals. Se dice que Fals había sido comisionado por un cliente desconocido para rescatarlo. Durante años, trabajó en esa tarea, y el mismo día que la terminó, la piedra le fué robada por su hijo, joven libertino de diez y ocho años. Después de derrochar el producto de su robo en el libertinaje y el desenfreno, el hijo del lapidario se suicidó. La joya fué, al parecer, comprada al joven por Francisco Beaulieu, un caballero francés que pagó la décima parte de su valor real. Su suerte estaba destinada a ser aún más terrible. Incapacitado de disponer de la piedra en Francia, resolvió ir a Londres, pero antes de hacerlo tenía que conseguir algunos fondos. Sigilosamente, consiguió que un joyero de París cortara un pedazo de la piedra, el que fué vendido dividiendo la ganancia. En Londres, Beaulieu llevaba la piedra en el taco de su zapato, pero la suerte lo favoreció menos allí que en Francia. Temiendo ofrecer la piedra en venta, trabajó como basurero en las calles, llevando consigo continuamente—pues no se animaba a dejar el brillante en su casa—una fortuna capaz de rescatar a un Rey.

Al fin, cuando llegó al colmo de la miseria, y el hambre lo había reducido a un espectro de lo que había sido, mandó buscar a cierto joyero muy conocido, Daniel Aliason, un judío, al que ofreció su tesoro por 5000 libras, pagadas al contado. Aliason pidió un tiempo para estudiar el asunto, pero no tardó en decidirse a comprarlo y a la mañana siguiente fué a la casucha en que vivía el joven francés para terminar el negocio. Hizo allí un trágico descubrimiento. El joven yacía muerto en su cama. Había perecido literalmente de hambre.

Según se ha indicado, desde el robo del "Garde Meuble", el Azul de Francia fué cortado dos veces. La parte más pequeña cortada por el joyero de París cayó en poder de Mr. Streeter, el experto joyero británico que lo pagó en 300 libras. La otra parte fué vendida al Duque de Brunswick, conociéndosele después como la Gota Azul de Brunswick. La parte más grande, la que fué a dar a manos del judío, fué comprada más tarde por Mr. Thomas Henry Hope, tomando su nombre.

Aliason guardó el brillante hasta el año 1830, vendiéndolo entonces a Mr. Hope en el precio de 18.000 libras. Poco después una junta de peritos lo avaluó en 30.000 libras, "teniendo en cuenta el carácter exclusivo de la piedra, su impecable estructura y forma

exquisita". Mr. Hope la había hecho pulir entonces por hábiles manos, que le habían restituido su primitivo esplendor.

Después de la muerte de Mr. Hope, cuando la joya pasó como herencia a Lord Francis Hope, aumentó invariablemente la historia maléfica del brillante. En el curso de uno o dos años, Lord Francis tuvo que soportar la ruina de su felicidad, la destrucción de su hogar y la pérdida de su fortuna. En 1894 se había casado con la artista May Yohé. En muchas ocasiones Mrs. Hope usó el brillante y declara que fué bajo su influencia maléfica que abandonó el domicilio conyugal. Se divorció en 1902. El año anterior, Lord Francis había obtenido permiso de la Cancillería para vender la piedra, debido a las dificultades financieras en que se encontraba. Así salió la joya de la familia a la que debe su nombre.

Respecto del famoso brillante, May Yohé ha declarado lo siguiente:

"Como Lady Francis Hope, siempre sentí antipatía por esa piedra y nunca pude dominar ese sentimiento y usarla en público. Cuando usaba la piedra me sentía presa del terror y cuando me la quitaba para que la devolvieran a las arcas de los banqueros de Lord Francis Hope, caía a ratos en desvanecimientos que no me podía explicar. Las leyendas de la India antigua han llegado hasta mí para explicármelo. La noche anterior a mi fuga soñé con la piedra. Sus brillantes facetas reflejaban olas de luz que parecían llamarme con señas, y cuando me desperté estaba resuelta a abandonar a mi marido y mi hogar.

La funesta piedra no me abandonó, sin embargo, pues a poco me encontré sola, en la más angustiosa situación... Yo no usaría el brillante Hope aunque me ofrecieran como premio mil libras al año.

El año 1908 marcó una serie de extraordinarios acontecimientos parecidos a los que sufrieron sus poseedores hace ya un siglo. En ese año, la piedra fué vendida al príncipe Kanitovsky, un noble y millonario ruso. El Príncipe estaba locamente enamorado de una artista, Mlle. Ladue, una de las más brillantes estrellas del firmamento teatral, que atraía a todo París para admirarla en Folies - Bergère. El Príncipe prestó la piedra para que la artista la usara en una de sus apariciones ante las candilejas. Grande como fué la admiración del auditorio al ver a la afamada piedra adornando el hermoso y blanco cuello, no fué nada comparándolo con la estupefacción causada cuando el príncipe Kanitovsky se puso de pie en su palco, y ante el es-

tupor del público que llenaba el teatro, sacó su revólver y sin dar tiempo a que nadie pudiera detenerlo, hizo fuego contra la mujer que estaba en el escenario. Con un grito de agonía, la actriz cayó exánime en las tablas: una víctima más de la venganza del despojado dios.

Dos días después, el príncipe Kanitovsky fué muerto a puñaladas por un asaltante desconocido—o varios asaltantes—en una calle de París. Colot, el joyero que había vendido el brillante al Príncipe, comprendiendo que nunca recibiría el saldo de lo que aun le debía según el precio establecido, se suicidó.

La joya volvió a Oriente, donde un lapidario griego la vendió al sultán Abdul Hamid, de Turquía. La noche que se realizó la operación, el griego, su mujer y su familia murieron cayendo desde un precipicio, habiéndose desbocado los caballos que conducían su carruaje. El que cuidaba las joyas del sultán ofendió poco después a su amo, fué apaleado hasta casi matarlo, y luego arrojado a un calabozo, donde se enloqueció. El eunuco favorito del sultán, Kulub Bay, tomó luego posesión de sus joyas, y fué después misteriosamente estrangulado.

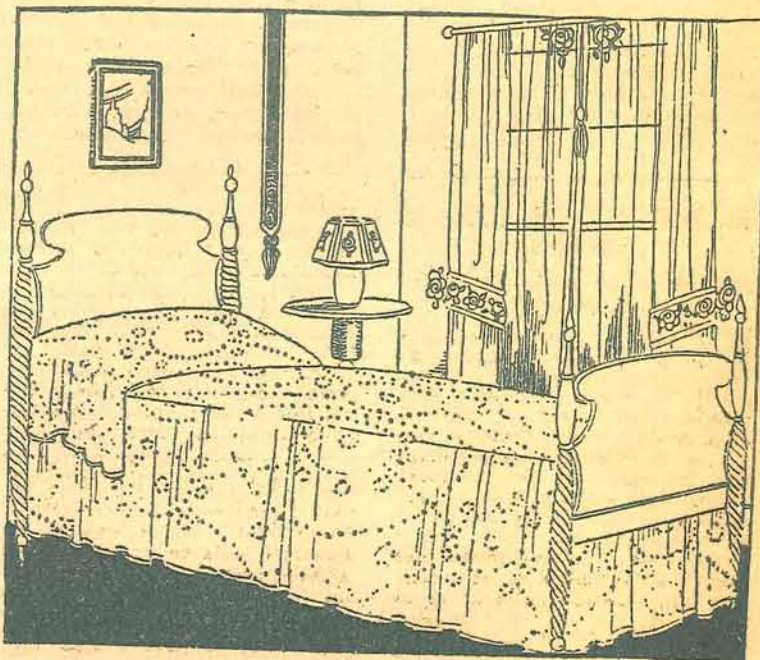
Por fin, la fatalidad hizo presa en el Sultán que fué destronado y perdió la vida en la revolución promovida por los jóvenes turcos.

Llegando a este punto, el brillante vuelve otra vez a la obscuridad, reapareciendo de nuevo en 1911 en los Estados Unidos, donde fué comprado a una firma de traficantes en joyas, por Mrs. Edward B. M'Lean. La señora de M'Lean se vió complicada en un largo litigio con la firma a quien compró la piedra, la que usó por primera vez en una gran recepción dada en Washington en honor del embajador ruso.

La mala suerte que desde tanto tiempo se atribuía a la famosa piedra fué la causa de que se estableciera una extraña cláusula en el contrato de compra. El primer precio fué de 60.000 libras, con la condición de que si le sucedía al comprador una desgracia, éste quedaba autorizado a devolver la joya. Por fin, el precio se fijó en 52.000 libras. En mayo de 1919, el hijo único de Mrs. M'Lean, el pequeño Vinson M'Lean, heredero de una enorme fortuna (a quien los periódicos llamaban "el bebé billonario"), eludió la vigilancia de su niñera y murió aplastado bajo las ruedas de un automóvil.

Así llega a su fin, por el momento, el drama de esta magnífica joya. ¿Ha terminado su trágica maldición o le seguirán aún cosas peores? ¿Quién puede vaticinarlo?

DORMITORIO MODERNO



Cubierta de cama en taffetas, con dibujos pasados con puntadas en seda en el tono



Se oye decir corrientemente que la literatura femenina ha nacido con nuestro siglo, que es el producto de la instrucción generalizada y de la entrada de las mujeres al trabajo. Una serie de argumentos lógicos, apoyados en hechos, hacen que la tesis parezca evidente, y si de cuando en cuando algunos trabajos documentarios no lo remediarian, adquiriría fuerza de ley. Felizmente, la erudición continúa actuando en todos los dominios y, como es natural, acaba de insinuarse en el del pensamiento femenino, llegando a establecer conclusiones respecto de las manifestaciones escritas y verbales de ese pensamiento. De ahí que M. Jean Larnac acabe de publicar una "Historia de la literatura femenina en Francia" que nos aporta al respecto, junto con sus vistas personales, un repertorio de nombres sorprendentes. Así se destruye de un solo golpe el preconceito de la incapacidad literaria de las mujeres. La consecuencia de esto es dejar creer que en el curso de los tiempos sólo algunas mujeres, dotadas de manera anormal, han merecido pasar a la posteridad. De Safo a George Sand, pasando por Louise Labé, Mme. de Sévigné, Mme. de Staël y algunas otras, se acepta, que brille algún nombre como una luz aislada. Son la excepción que confirma la regla.

Sin duda que aquellos que tienen algún conocimiento de las literaturas orientales — el árabe y el chino particularmente — saben que en aquellas las mujeres poetisas y las narradoras se presentaron no en un espléndido aislamiento, sino por grupos. Tan numerosas como los hombres, las poetisas chinas, bajo los Song, los Than y los Ming, rivalizaron con ellos y hasta llegaron a veces a superarlos. Pero se pensaba que eso era un privilegio del Lejano Oriente, que no tenía parangón en nuestras sociedades.

El primer mérito del libro de M. Jean Larnac era, pues, haber reunido, desde los orígenes de nuestra literatura, un número bastante considerable de nombres femeninos, como para probar que en todas las épocas las mujeres han cultivado las letras.

El segundo mérito — que le da al libro un carácter casi so-

EL PROBLEMA DE LA LITERATURA FEMENINA

POR

MARIA HOLLEBECQUE

(Para LA NACION)

PARIS, diciembre de 1929.

ciológico — es el no haber separado la historia de la producción femenina de la de las costumbres. Así es que, con ayuda de estas coordenadas, se podría establecer, según los métodos de la psicología actual, un gráfico de la vida y de la inspiración femenina a través de los siglos. Allí donde las circunstancias han sido favorables, se vería subir y amplificarse la curva, mientras que en los períodos muertos de la servidumbre y el desprecio, declinaría buscamente.

Es, sobre todo, la historia de esos "tiempos fuertes", como dicen los sociólogos, la que ha tratado de trazar M. Jean Larnac, utilizando el mayor número posible de documentos. Y con una relación de causa y efecto realmente característica, se ve volver esos tiempos fuertes en forma periódica, cuando la renovación de las costumbres permite a las mujeres que se instruyan, que participen en la conversación de los hombres y que alcancen así la categoría más elevada de las dignidades morales.

En el siglo XII, con el culto de la "dama", las manifestaciones del amor cortés y la encantadora costumbre de los torneos poéticos, la mujer, considerada hasta entonces con un desprecio que los Padres de la Iglesia habían codificado, asciende pronto al rango de divinidad. Antes de que Dante, Petrarca y los trovadores provenzales la exalten a cual más, es ella misma quien inicia el esfuerzo libertador. Una doble corriente, mundana y monástica, actúa durante el siglo XII, en sentido paralelo. Una reina como Eleonor de Aquitania obliga a los poetas a tomar a las mujeres como motivo de inspiración; monjas como santa Hildegarda conquistan reputación universal de sabias e introducen el saber en los conventos.

El movimiento que así se inicia adquiere una amplitud impresionante. Por todas partes se ve surgir mujeres poetisas, músicas, miniaturistas, filósofas. En una sola región del Mediodía se pueden contar, del año 1160 al 1250, unas veinte trovadoras. El norte no cuenta con menos mujeres de mérito, y quizá las hubiéramos conocido si María de Francia no las hubiera eclipsado a todas.

Pero, apenas ascendida, la mujer suscita los celos de los hombres, y comienza luego entre ambos bandos una guerra sin cuartel. Desde el fin del siglo XIII se inicia la famosa "querrela de las mujeres", que adquiere toda su importancia un siglo más tarde, cuando interviene Cristina de Pisan. Se la ve pasar entonces por alternativas de intensidad y de calma. Cerrada en tiempos del Renacimiento, habiendo recupera-



Mme. de Sévigné

do las mujeres su dominio intelectual — se la ve reanimarse en tiempos de las "Preciosas", adquirir una forma acerba bajo el Imperio, ganar terreno en el siglo XIX. Y como los prejuicios que le dieron vida no han desaparecido aún, puede decirse que esta disputa milenaria está aún pendiente.

¿En qué se basa? En la creencia de la inferioridad de la mujer, idea que parece haber surgido con la civilización, y que las convenciones sociales, así como las doctrinas religiosas han arraigado en las costumbres. ¿Está fundada en los hechos? Mil teorizadores han opinado en pro y en contra, en el correr del tiempo. Pero sólo la sociología moderna ha pue-

to en claro sus orígenes. Los trabajos de Durkheim sobre la división del trabajo social y sobre la separación de los sexos, han revelado las causas profundas de esta injusticia secular. El lado débil del estudio de M. Jean Larnac es haber prescindido del largo trabajo de investigación de los sociólogos y sus explicaciones. Expone como historiador las fases de la lucha abierta desde la Edad Media, alrededor de la inteligencia femenina. Esto ya no es poco. Y hasta es mucho. Pero la historia, al proporcionar datos, no ilustra respecto de las condiciones orgánicas de las cosas. Es impotente para explicar cómo la disciplina social, robustecida por las opiniones religiosas, ha reducido las iniciativas y mecanizado el pensamiento de la mujer. Los argumentos creados "a posteriori", pequeñez del cerebro, debilidad física, predominio de las funciones de la maternidad no son más que evasivas. Es en otra parte donde hay que buscar la explicación. En efecto, más que un problema de orden fisiológico, el caso del genio literario de la mujer es un problema de orden social.

Así considerada la cuestión, toma un aspecto nuevo y puede llevar a la vía de los descubrimientos. En todo caso puede librar al observador imparcial de la masa de los preconceptos que le obligaban a ser juez y parte. Perderá la costumbre de colocar al hombre y a la mujer en categorías diferentes: razón y sensibilidad, y de no juzgar sus obras bajo estos dos aspectos. M. Jean Larnac no ha escapado a este juicio imperativo. Para él la mujer sigue siendo un ser entregado por completo al estudio de sí misma e inapta para la abstracción. Mientras que el hombre...

"El hombre, dice, escucha los rumores del mundo exterior. La mujer escucha los rumores de su ser".

Este juicio, que debe agradar al público, porque encuadra en su manera habitual de pensar, no resiste ante los hechos. Son, en efecto, numerosos los hombres — aun de los más grandes — que han oído los rumores de su ser, y más numerosas aun las mujeres que no los escucharon... porque si no todas las mujeres escritoras hubieran tenido genio.

La creación no es posible sino cuando se oyen a la vez los ruidos del exterior y los de la vida interior. Ahora bien, nada le impide a la mujer el mirar más allá de sí misma. La única diferencia que existe entre la extensión de su mirada y la extensión de la mirada del hombre, es que, en todos los períodos de la vida se le limitó el horizonte. No participa ni en la vida social, ni en la vida política. La ciencia le está vedada, es decir, el descubrimiento y la aventura. Todo lo que sirve para enriquecer el pensamiento del hombre, para extender el campo de su experiencia, le está interdicto. Vive en una atmósfera enrarecida y estancada. El universo se reduce para ella a las paredes de su cárcel. Así que se evade, está en aptitud de crear. Pero, aun en este caso, no puede ir lejos.

Se requieren, pues, una voluntad muy tenaz y dotes evidentes para ser una Hildegarda de Bingen, una Luisa Labé, una Mme. de Sévigné, una Jorge Sand. Y quizá que hasta con todas ellas se es injusto, al no querer ver más que el contenido emocional de sus escritos.

Hildegarda ama la ciencia y en sus teorías médicas y cósmicas demuestra una audacia que nos sorprende. Luisa Labé considera el amor, sus juegos y sus nostalgias, con el mismo ardor musical que Villon o Verlaine; Mme. de Sévigné agrega a la pintura pintoresca de su vida mundana un arte de pintar y un sentido filosófico que la asemejan a Saint-Simon; Jorge Sand se atreve a encerrar en un drama viviente todas las ideas y tentativas de su época. Su visión es tan extensa que muy pocos han conseguido aún desprender de su obra todo lo que ella encierra.

El espíritu humano no es una cosa vinculada al sexo y orientada necesariamente en tal camino. Es una cosa eminentemente plástica, que las circunstancias fecundan, y que no cesará jamás de renovarse, ya sea de hombre o de mujer.

Si las circunstancias la favorecen, la mujer extenderá su mirada más allá del reducido plantío de coles en que tanto tiempo se la ha obligado a vivir. Ella también aprenderá a conocer el universo y captará los rumores del mundo. Y en ese momento es que comenzará realmente la era de la literatura femenina.

EL ALEJANDRO DUMAS DE LOS BAJOS FONDOS

(Continuación de la pág. 17)

hizo valer todo su ingenio para burlar a la censura, y tuvo éxito en la empresa, escribió cartas para los "Tommies" moribundos, acompañó a un grupo de la caballería irregular en una expedición no oficial, derribó de un tiro al caballo del general Hertzog, y estuvo a punto de hacer lo mismo con el jinete, a no ser por la oportuna intervención de un oficial, y, gracias a un error que cometió una joven escribiente de Ciudad del Cabo, que envió por correo algunos artículos suyos a Londres, en vez de despacharlos a su agencia noticiosa, se hizo colaborador de "The Daily News" y de "The Daily Mail", de Londres. Cuando volvió a la capital británica descubrió que ya era un escritor conocido en "The Daily Mail", y fue nombrado corresponsal en jefe del gran diario londinense en el frente sudafricano.

Los tipos más hábiles que describe en sus libros no cuentan con tantos recursos como el propio Wallace en la vida real. Fué verdaderamente curiosa la forma en que venció a todos sus colegas mientras era corresponsal en el Africa

del Sur. Kitchener y el estadista Milner no permitían que trascendiera ninguna noticia acerca de la forma en que progresaban las negociaciones de paz en Johannesburgo, pero Wallace resolvió el problema con todo éxito, gracias a un contrato que celebró con un judío financiero amigo suyo, quien tenía una oficina en Londres, a cargo de un hermano. Logró primeramente que la censura dejara pasar un cablegrama dirigido al hermano del judío, dándole instrucciones para que llevara todos los mensajes que recibiera a la "Casa Carmelita" (las oficinas centrales del diario de Wallace).

Como la censura, evidentemente, no dejaría pasar un cablegrama que dijera: "Han empezado las negociaciones de paz. Los representantes boers se encuentran en Pretoria. Alfred Milner ha salido para preparar una base para las negociaciones", Wallace envió, en cambio, el siguiente mensaje: "Con referencia a las minas de Paxfontein, todos los interesados en celebrar el contrato se encuentran actualmente en Pretoria, adonde se ha dirigido Alfred para conseguir el mejor precio posible". Y en la "Casa Carmelita" comprendieron perfectamente el significado del cablegrama.

Día tras día Wallace informaba en esta forma acerca de

los progresos alcanzados en las negociaciones de paz, mientras que las autoridades militares se quemaban los sesos para resolver el enigma, y los demás corresponsales se mesaban los cabellos, desesperados. En Londres se acusó a "The Daily Mail" de conseguir las noticias por medios ilícitos, en connivencia con la oficina de Colonias. Pero Lord Kitchener, que conocía a Wallace y sospechaba de lo que era capaz, hizo que se le advirtiera que, si era pescado en algún mal paso, pagaría las consecuencias.

Era imposible introducirse en el campamento de la paz, que estaba muy bien guardado, pero Wallace encontró a un viejo amigo, un soldado que había pertenecido a su destacamento, quien estaba de guardia junto a los muros del enemigo, y concertó con él un código de señales por medio de pañuelos. El "Tommy" solía colocarse en la parte exterior del campamento, donde mostraba un pañuelo rojo, para significar: "No hay novedades". Un pañuelo azul quería decir: "Se progresa en las negociaciones", y un pañuelo blanco significaba: "Se ha firmado el tratado de paz". La observación de estas señales fué fácil para un hombre del ingenio de Edgar Wallace. La línea férrea pasaba muy cerca del campamento, y lo único

que debía hacer era tomar diariamente el tren que se dirigía a orillas del río Vaal, y luego otro de regreso, mirando por la ventanilla, al pasar frente al campamento, para observar la señal hecha por el soldado amigo suyo.

Cuando se desplegó el pañuelo blanco, Wallace cablegrafió: "El contrato se ha firmado", y una vez más su diario de Londres venció a todos sus rivales al dar la noticia exclusiva de la firma del tratado de paz entre los británicos y los boers.

El financiero que le había ayudado compró un diario el mismo día que se proclamó la paz, y nombró director de él a Wallace, con un sueldo anual de 7500 dólares y con participación en las ganancias. En esos tiempos, Johannesburgo despertaba a la actividad; la explotación de las minas de oro estaba en su apogeo; el dinero circulaba libremente, y todo el mundo se dedicaba a las especulaciones. Wallace ganó la suma de 60.000 dólares especulando una semana en el mercado, y luego perdió 100.000 en tres horas. Cuando partió, después de haber reñido con su principal, dejó tras sí parte de su corazón, gran cantidad de su fe en sí mismo y todo su dinero, con excepción de 400 dólares. Perdió esa suma al poker, durante el viaje, y llegó a Londres con la suma de

75 centavos en sus bolsillos. Esto pinta a Edgar Wallace de cuerpo entero.

Lord Northcliffe lo nombró reportero especial suyo, y lo envió para telegrafiar acerca de los acontecimientos más importantes en el mundo. Ese período de viajes a diversos puntos del mundo y de experiencias variadas le fué valiosísimo para aumentar sus conocimientos. Más tarde, "The Daily Mail" empezó a publicar sus novelas acerca de "detectives" y de crímenes. Escribió artículos, cuentos, novelas cortas y cuadros para revistas. Y continuó siempre observando y aprendiendo.

Cierta vez, venció, como corresponsal, a sus rivales, dando la noticia del veredicto en un juicio por asesinato, al observar el simple detalle de que, cuando los jurados vuelven a entrar en la sala del tribunal, si han pronunciado el veredicto de "culpable" tratan de no mirar al acusado, y que sucede todo lo contrario cuando han decidido proclamar su inocencia. Conoce a un epiléptico por la forma de su mandíbula. Al observar los movimientos de las manos, de los pies, y las inclinaciones del cuerpo de cualquier persona es capaz de adivinar lo que dice, lo que piensa o lo que siente, pues ha descubierto que el lenguaje de la expresión y del gesto es universal.

EL CAPITAN DE LOS SIETE MARES EN LA GUERRA MUNDIAL

POR EL CAPITAN
JOHN THOMAS RANDELL

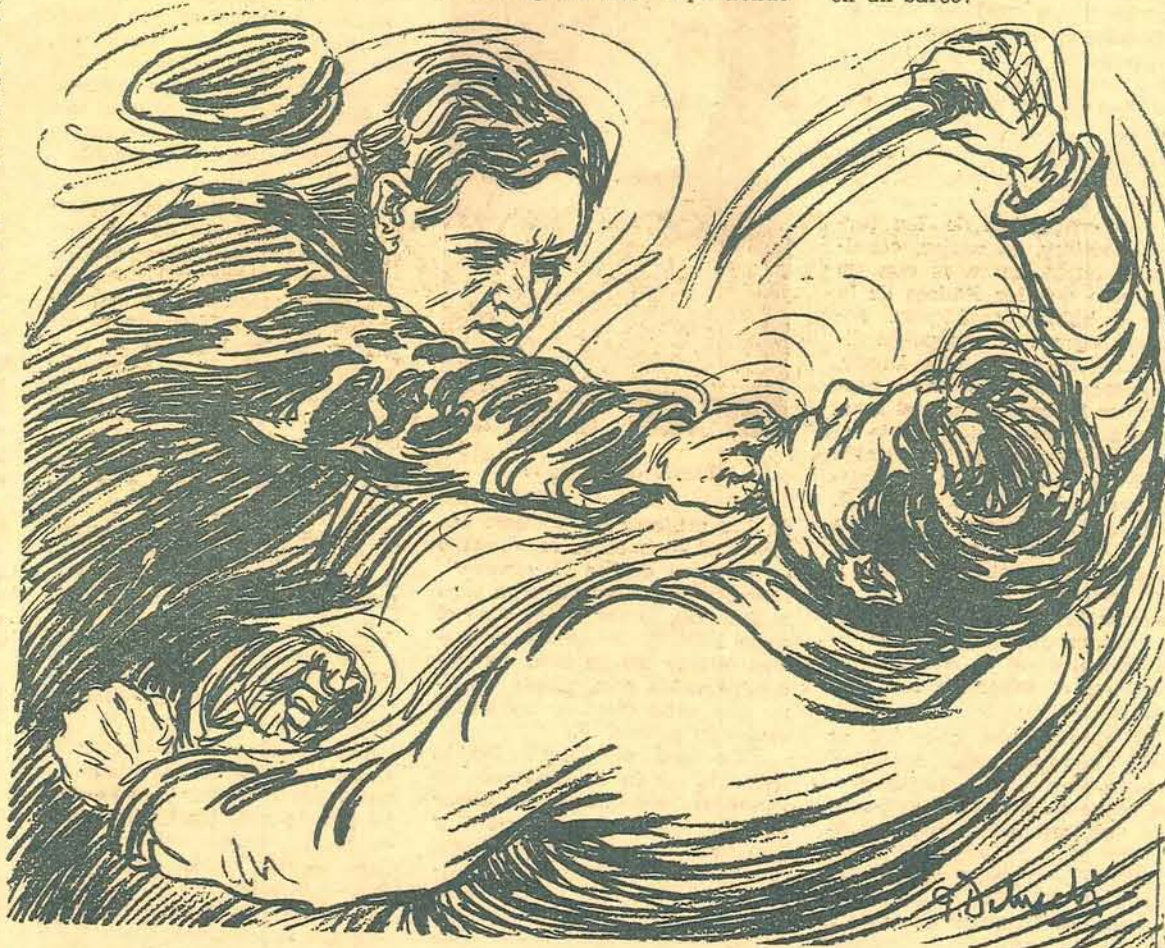
ILUSTRACION DE
PEDRO DELUCCHI

Era inútil tratar de calmar los ánimos.

Apenas había yo puesto mis pies en cubierta, cuando un gigantesco marinero se abalanzó sobre mí, con un cuchillo en la mano. Di un paso a un lado y lo alcancé con una formidable derecha en la mandíbula. En el momento de caer al suelo mi primer adversario, se adelantó un segundo esgrimiendo la pata de una mesa y me asestó un golpe en un hombro. Ello me puso fuera de quicio. A igual de los agentes de policía, que también habían sido atacados, contesté a las agresiones, repartiendo

—No es posible — me respondió el almirante con la gentileza inherente a su elevado cargo — el peso de esa pieza de artillería disminuiría la estabilidad de su buque y ya no será más marino.

—Son disparates — le contesté, olvidando por un momento que estaba hablando con el almirante — tiene un tamaño dos veces mayor que la draga Pungue, que yo llevé de Glasgow a Beira, pasando por el Cabo de Buena Esperanza. El puente del Pungue tenía una altura de más de 30 pies. Pues bien; el peso de todos los accesorios situados por encima de la cubierta, era de más de 160 toneladas. El cañón que yo solicito, en cambio, no llega a pesar ocho toneladas. Usted no parece entender en absoluto lo que es la estabilidad en un barco.



Salí. Un día después estaba de regreso.

—El Lloyd insiste en que sea usted el capitán — me dijo — ¿acepta mi oferta?

—Siempre que usted duplique el sueldo, si — repuse.

Como buen escocés, el hombre estuvo a punto de desmayarse; pero, al fin, aceptó. Inmediatamente contrató 56 hombres para que, como tripulantes, trajeran a Escocia el Isla de Luzón, enviándolos por vapor y ferrocarril a Barcelona, donde, en mi presencia, se instalaron a bordo de la nave. Por mi parte, preferí dormir aquella noche en un hotel de la ciudad, pues aun tenía que realizar diversas diligencias.

Según las leyes marítimas de España y Francia, cada tripulante de un vapor tiene derecho a que le sea entregado diariamente un litro de vino. El vino destinado a la tripulación anterior del Isla de Luzón, y que estaba contenido en cien cajones, aun se hallaba a bordo. Apenas entrada la noche, mis tripulantes entraron en las bodegas para apropiarse de esa bebida. Pero durante el tiempo en que la nave había permanecido sumergida, el agua salada había logrado infiltrarse a través de los corchos y se mezcló con el vino. Como es de suponer, la mezcla, al ser ingerida por los tripulantes, los mareó inmediatamente, y aun antes de la media noche se desarrolló en las cubiertas del Isla de Luzón la más grave batalla que se había producido en Barcelona. Una serie de agentes de policía vino a buscarme al hotel para enterarme de lo ocurrido, y, en su compañía, me dirigí a bordo.

Cuando subimos a la cubierta los hombres luchaban como poseídos por el demonio, armados de cuchillos y trozos de muebles rotos.

... y lo alcancé con un formidable derecho a la mandíbula.

trompis a diestra y siniestra, y entre todos no tardamos en poner fuera de combate a no menos de 20 ebrios. Por suerte, ninguno de ellos sufrió heridas de consideración, si bien al día siguiente todos tenían un aspecto lastimoso en el momento de firmar el rol. Apenas sofocado el desorden, mandé que todos los cajones de vino fueran echados al agua, y así, al siguiente día, comencé el viaje a Escocia, labor que llevé a cabo sin inconvenientes.

My segundo trabajo consistió en la misión de llevar una pequeña draga, de nombre Pungue, de Glasgow a Beira, en Africa Oriental Portuguesa, pasando por el Cabo de Buena Esperanza. A bordo de esa pequeña embarcación realicé el peor viaje de mi vida. La citada draga era la embarcación menos marina que había cruzado el Golfo de Vizcaya, desde el punto de vista náutico, y la más interesante que haya salido de la Gran Bretaña para iniciar un viaje largo.

Cuando me dispuse a iniciar el viaje no sabía, por cierto, que iba a tener, después de la guerra mundial, una deuda de gratitud con ella.

La circunstancia de haber sido comandante de esa nave, me permitió vencer más tarde, en una discusión, a un almirante británico. Fue el anciano vicealmirante Sir Reginald Tupper, comandante durante la guerra mundial de la décima escuadrilla de cruceros de la gran escuadra. Yo estaba a sus órdenes, en calidad de comandante del buque pesquero Rushcoe. Pidió que me fuera instalado un cañón naval de cuatro pulgadas en la cubierta del Rushcoe.

—Si usted lo dice ha de ser así — me contestó con una sonrisa — y tendrá usted su cañón, Randell.

Y así fue.

Pero volviendo a la cuestión del Pungue. Salimos de Glasgow y poco después llegamos al Golfo de Vizcaya, donde tuvimos que soportar desde el principio la furia de un fuerte viento del Sudoeste. Durante 24 horas la draga fué juguete de las olas.

Cincuenta y seis días duró el viaje hasta Beira.

Después de ello, mis ganancias, obtenidas en menos de dos meses, alcanzaban a 350 libras esterlinas.

Es cierto que era conveniente trabajar por mi cuenta, pero tampoco lo era que en este trabajo se tropezaba a menudo con momentos bastante difíciles, aunque una vez llevada a cabo una difícil misión se tenía la satisfacción del deber cumplido, y se podía regresar a Inglaterra en un buque moderno, en calidad de pasajero y rodeado de todas las comodidades. Para regresar de Beira a Londres, me trasladé primero a Durban y allí me embarqué en el lujoso paquete Ascanius, uno de los vapores de la línea de Australia a Londres.

Volviendo al asunto, diré que mi vida posterior se deslizó entre viajes y más viajes, largos y cortos, en buques grandes, chicos y en dragas, a través de temporales y días de sol; y sin que jamás tuviera un naufragio.

Sin embargo, en una ocasión, al tener que capear un ciclón frente a las islas de Andaman, en la bahía de Bengala, creí que el hundimiento de mi buque era inevitable. Llevaba a la sazón la draga Campbell, de Glasgow a Rangoon. Sus condiciones náu-

ticas eran tan deficientes como las de la Pungue, que había floteado en un tiempo a Beira. Flotaba sobre el agua como un pato. Para mejor, poseía dos cubiertas sobrepuestas y estaba accionada por dos hélices.

En el preciso momento en que nos hallábamos frente a las islas Andaman, vimos que el ciclón se nos venía encima. Creí que había sonado nuestra última hora. Y, por cierto, aquel ciclón, de habernos alcanzado, nos hubiera hundido o, por lo menos, hecho trizas contra las islas de Andaman. No poseíamos ni siquiera una posibilidad para salir indemnes de aquella situación si el ciclón pasaba sobre nosotros. Pero la Providencia nos ayudó, pues el temporal viró hacia el Este y sólo tuvimos que luchar durante algún tiempo con el oleaje producido por el mismo. Y eso fué todo.

Más tarde, entré como ingeniero al servicio del ex zar de todas las Rusias.

Era a fines de 1912. Yo seguía trabajando por mi cuenta, recibiendo encargos y gozando de las mayores consideraciones de la empresa William Simons & Company Limited, de Renfrew, Escocia, la más antigua de las organizaciones constructoras de dragas y buques en Escocia.

Entre viaje y viaje, habitaba en compañía de mi esposa y nuestro hijo en Garelockhead, donde poseía una hermosa vivienda.

Un día, hallándome en Glasgow, en viaje de negocios, uno de los funcionarios de Simons me presentó a una Comisión de altos oficiales de la Armada Russa, de la que formaban parte algunos ingenieros. Había venido para firmar los contratos correspondientes a la construcción de una serie de dragas, destinadas a la construcción de la nueva base naval de Reval, en Estonia, sobre la margen sud del golfo de Finlandia, que desemboca en el Mar Báltico. Algunos de los oficiales rusos hablaban el inglés, y todos ellos conversaban en francés. Me pude entender perfectamente con ellos, y los acompañé a almorzar ese día. En dicha comida comenzaron las conversaciones, las que tuvieron por resultado mi partida, con destino a Reval, algunos meses más tarde, como capitán de la primera draga de la flotilla recientemente adquirida.

En verdad, se trataba de una verdadera flotilla, constituida por 16 o 17 unidades de las más modernas, que en aquella época era posible obtener con dinero. Llevé media docena de las dragas de Renfrew a Reval, quedando en esta última ciudad cinco o seis semanas después de cada entrega. Después, el gobierno de Rusia me contrató para fiscalizar todos los trabajos de dragado en la nueva base naval. Mi remuneración era de más de 10.000 dólares al año. Entretanto, mi esposa y mi hijo quedaron en Garelockhead. En aquellos momentos esperábamos el advenimiento de mi segundo hijo.

El trabajo de dragado en Reval era conocido para mí, y lo consideraba sumamente fácil en comparación con los trabajos realizados en Lagos, en la Costa Occidental de Africa. Pero, si bien el trabajo no era cansador, en cambio lo eran los compromisos sociales.

En aquellos tiempos, reinaba una gran agitación en Rusia. Yo siempre había pensado que los rusos nadaban en champagne; pero entonces descubrí que sólo tomaban esta bebida con las comidas. Pero, a los postres, seguían el café y el coñac, y tanto hombres como mujeres consumían estas bebidas, no levantándose de la mesa hasta el amanecer. No era extraordinario ver en aquellos días una caravana de cinco o seis automóviles cargados con oficiales e ingenieros navales rusos, y sus compañeras, a las cuatro de la mañana, con todos ellos chorroreando café y coñac. Todos ellos hablaban el francés y el alemán con la misma facilidad que el ruso. Mis relaciones con ellos fueron cordialísimas.

Mis compromisos sociales se hicieron tan frecuentes, que me vi en la necesidad de huir de ellas, tres o cuatro noches por semana, para gozar de unas horas de sueño. Anteriormente había estado convencido de que en Escocia se bebía; pero comprendí que había estado en un error, porque cualquiera de esos oficiales hubiera sido capaz de embriagarse a un escocés, acompañándole en la bebida, y lue-

LAS PROXIMAS TEMPORADAS LIRICAS EN ITALIA

Por ALBERTO DE ANGELIS

(Para LA NACION)
ROMA, diciembre de 1929.

La composición de los carteles para las próximas temporadas líricas en Italia ha sido retardada este año por la crisis financiera que están atravesando los principales teatros.

Dejando a un lado las ciudades menores, fijaremos nuestra atención en los tres teatros principales: la Scala de Milán, el Teatro Real de la Ópera, de Roma, y el San Carlos, de Nápoles. En este último teatro, desde la primavera pasada, parecían terminados los importantes trabajos de ampliación y modernización de las instalaciones del escenario, que lo ponen a la altura de los otros principales teatros italianos. Otra importante reforma — de carácter artístico — es la que se refiere a la reorganización de la orquesta. La ha realizado el maestro Edoardo Vitale, que es napolitano, con un valor inspirado en sanas finalidades artísticas, y sin preocupaciones de campanario que le impedirían dar un doloroso corte a hábitos locales que constituyen un tropiezo para el mejoramiento de la masa orquestal.

Dada la ratificación del maestro Vitale en la dirección del San Carlos, la organización del cartel ha sido aquí más fácil que en los otros teatros, porque, a diferencia de éstos, el San Carlos no ha sufrido ninguna solución de continuidad en su funcionamiento. La próxima temporada napolitana se presenta singularmente interesante. Fiel a su tradicional culto por las óperas wagnerianas (en ninguna temporada dirigida por Vitale falta nunca una), el maestro napolitano prepara este año un "Crepúsculo degli Dei", con el tenor Fagoaga. La temporada comprenderá, además, una novedad absoluta: "L'ultimo Lord", del napolitano Franco Alfano, sobre libreto que Ugo Falera ha sacado de la homónima y aplaudidísima comedia; "Figlia di Re", de Adriano Lualdi, obra vencedora del premio Max Cormick, y cuyo poema inspirado en una leyenda indiana, ha sido también escrito por Lualdi. Esta ópera fue representada por primera vez en el Teatro Regio, de Turín, en 1922, bajo la dirección del maestro Tulio Serafini, y es una novedad absoluta para Nápoles. Se cantarán, además, "Il Re", de Umberto Giordano — intérpretes principales la Bidí Sayao y el barítono Crabé — cuatro óperas verdianas: "La Traviata", que tendrá por protagonista a Claudia Muzio; "Aida", con el tenor Pertile; "Ballo in Maschera" y "Simon Boccanegra"; de Puccini, "Turandot" y "Butterfly"; de Mascagni, "Iris" e "Isabeau"; de Pizzetti, "Deborah" y "Jaele"; de Rossini, "Guglielmo Tell" — en solemne conmemoración del centenario de la primera representación parisienne — "L'italiana in Algeri" e "Il Barbiere di Siviglia"; después "Haensel e Gretel", de Humperdinck; la "Adriana Lecouvreur", de Francesco Cilea — el ilustre director del Conservatorio de San Pietro a Maieila, de Nápoles; "I Camascari", de Guido Lacetti; el "Obéron", de Weber (exhumación tanto más oportuna dado que es rarísimo oírlo en Italia); la "Lucia", de Donizetti, y por último dos obras de Bellini, "I

Puritani" y la "Sonnambula". Además de los cantantes mencionados tomarán parte en la temporada los tenores Thill, Lauri Volpe, Lazzaro, Schipa, Merli, De Muro Lomanto, Minghetti, Bagnariol, los barítonos Franci, Rimini, Montesanto, Molinari, el bajo Pasero, las artistas Toti dal Monte, Raisa, Pampanini, Scacciatti, Pederzini, Stignani, Arangi Lombardi, la argentina Marengo, la Favero, la Spano, la Concato. Los diarios ya han dado noticias de un programa de la Scala que, sin embargo, no puede considerarse como definitivo, dado el alejamiento, bien que previsto, ocurrido en forma repentina, de Arturo Toscanini. Se habló primero de darle como sucesor a Antonio Guarnieri; pero después prevaleció el concepto de un directorio de directores, los cua-

tas se mencionan los nombres de los tenores Pertile, Lauri Volpe, Schipa, Lazzaro, Bagnariol, De Muro, Fagoaga, Salazar; de las sopranos Muzio, Scacciatti, Dalla Rizza, Cobelli, Arangi Lombardi, Favero, Saraceni; de las mezzosopranos Stignani, Albertina del Monte; de los barítonos Galeffi, Franci, Stabile, Rossi Morelli, Tagliabue, y de los bajos Autori, Marone, Zambelli y Baccaloni.

Como se ve, son en su mayor parte los mismos intérpretes del San Carlos, y son casi

Lualdi; "Le preziose ridicole", de Felice Lattuada; "Il Re", de Giordano; "Casanova a Venezia", baile de Pick Mangiagalli, todas nuevas para Roma. También es nueva para Roma, y muy aplaudida por críticos y músicos, la "Arianna", de Paul Dukas, y la deseada exhumación de "Il matrimonio segreto", de Cimarosa. Y, en fin, obras del repertorio o reprises como "Mefistofeles", "Norma", "Ballo in Maschera", "Fals-taff", "Traviata", "Trovatore", "Forza del Destino", "Turandot", "Conchita", "Isabeau", "Cavalleria", "Campana sommersa", de Respighi; "Dafni", de Mulé, y "Gobbo del califfo", de Casavolla. Se debía también representar la obra vencedora en el concurso de la Gobernación, pero ninguna de las partituras presentadas resultó digna del premio.

hasta ahora faltaban. Así, mientras que el director general artístico sigue siendo Gino Marinuzzi, éste tendrá por colaboradores a los maestros principales: Gabrieli Santini, que ha dejado la Scala por el Real, y Domenico Messina. Serán además maestros substitutos, dos "regisseurs": el ruso Sanin y Govoni, un director de escena, un maestro de coro. En fin, el maestro Marinuzzi será coadyuvado, en la parte técnica y artística, por el maestro Achille Consoli. Sin variación siguen los cuerpos de orquesta y de escenario. En el cuerpo de baile, regido por la Escuela de Baile, instituida por Ileana Leonidoff y Dimitre Rostoff, entra como primera bailarina la Maz-zuchelli, de la Scala.

La temporada del Augusteo

El Augusteo reabrirá este año sus puertas para la temporada inaugural, el día 10 de noviembre, con un concierto dirigido por Bernardino Molinari. Lo sucederán en el estrado directorial Richard Strauss, Arturo Toscanini, en dos conciertos con la orquesta de la Filarmónica Americana, y Riccardo Zandonai, Villy Ferrero, Vittorio Guy y Kleber. Entre los solistas se contarán los violinistas Kreisler, Arrigo Serrato, Szekely, Milstein, el violinista inglés Turtis, el alemán Gise-gin y el italiano Carlo Zecchi. Novedades importantes de la temporada serán: el "Salmo ungárico", de Kodaly; una composición para coro y orquesta del veronés Luigi Menegazzoli, elegida por la comisión de lectura del Augusteo; el "Concerto dell'estate", de Ildebrando Pizzetti; el concierto para violín y orquesta de Alfredo Casella; el "Poema autunnale", para violín, de Ottorino Respighi; el concierto para violín y orquesta de Mario Castelnuovo-Tedesco, y una composición sinfónica de Italo Montemezzi. Además Molinari tiene el propósito de presentar completo "Le sacre du printemps", de Stravinsky, del que hasta ahora ha hecho conocer a los frequentadores del Augusteo solamente la primera parte. De italianos vivos se darán, además, composiciones de Zandonai, Pick Mangiagalli y otros trabajos que puedan ser elegidos por la comisión de lectura.

Lo mismo que el año pasado, la temporada oficial será precedida por ocho conciertos dedicados a los estudiantes de las escuelas medias, y serán dirigidos por Molinari; y la temporada misma, que se cerrará a fines de abril de 1930, será seguida por conciertos en los que se ejecutarán composiciones de músicos locales, que llevará el nombre de Muestra Regional y Romana, y de otra de músicos de las diversas regiones italianas que se llamará Muestra Nacional. Los más representativos compositores nuestros, como Casella, Respighi, Pizzetti y otros, han sido expresamente invitados a escribir composiciones para estas muestras. Por último, la orquesta del Augusteo irá a varios centros regionales italianos para continuar la proficua obra de vulgarización del patrimonio sinfónico que tantos aplauso y grandes elogios obtuvo el año pasado.

DECORACION DE MESA MODERNA

Actualmente la feliz combinación de cristales de color y la mantelería en color o la blanca, para las grandes ocasiones, constituye la preocupación de las elegantes



Mantel verde pálido; copas altas de cristal de roca cortado; porcelana bávara negra con borde ancho oro viejo y verde; centro y candeleros en cristal cortado, color ámbar

los serán los maestros Guarnieri, Del Campo, De Sabata y Calusio. A Mascagni se le ha pedido que prepare su "Isabeau", y Fritz Reiner devolverá en cierto modo la visita de Toscanini a Alemania dirigiendo la Tetralogía Wagneriana, mientras que es reprimada la ejecución de la "Campana sommersa", bajo la dirección de su autor, Ottorino Respighi. La temporada de este año será mucho más corta que la precedente: comenzará el 7 de diciembre, día de San Ambrosio, y terminará el 15 de mayo.

La única novedad será "La Sagredo", del maestro paviano Franco Vittadini, el aplaudido autor de la ópera "Anima Allegra". Se darán además dos óperas de argumento goetheano, "La Dannazione", de Berlioz, y "Mefistofele". De Boito también se volverá a dar "Nerone". Se cantarán, además, "Guglielmo Tell", "Aida", "Rigoletto", "Traviata", "Trovatore", "Forza del Destino", "Turandot", "Tosca", "Francesca de Zandonai", "Isabeau", "Cavalleria" e "Iris" de Mascagni. "Barbieri", "I Cuatro rusteghi" de Wolff Ferrari, "Chémier", "Loreley" "Elixir d'amore", "Don Giovanni", de Mozart, y el baile "La fata delle bambole". Entre los artis-

los mismos también del Teatro Real. Esta circunstancia merece ser recalcada por que significa que, por fin, ha hecho camino entre los organizadores de los grandes teatros italianos la convicción de que conviene utilizar los mismos artistas, para darles la posibilidad de recibir en Italia una compensación total que equivalga a las que obtienen en los más ricos mercados americanos. Esta oportuna decisión explica cómo ha sido posible atraer nuevamente a Italia a muchos de aquellos artistas que eran hasta ahora monopolizados por los dólares y los pesos americanos. Y como las óperas nuevas son pocas, poquitas, era justo que se le diera una compensación al público con el valor de los intérpretes. Y esta compensación ha demostrado ser eficaz, no obstante el alto precio que han alcanzado las localidades de los teatros, gracias a la gran pasión que los italianos tienen por el arte del canto.

Y como cada artista tiene sus óperas preferidas, se explica fácilmente como varias obras se ven repetidas en los tres teatros.

Así también en el Teatro Real de Roma se cantará el "Guglielmo Tell", en una representación de singular fausto. Hasta se ha abierto un concurso para las decoraciones. Se representarán, además, "Walkiria" (y será esta la primera vez, después de la apertura del Teatro Real de la Ópera, que reaparece una partitura wagneriana). "Lo Straniero", de Ildebrando Pizzetti (novedad absoluta); "Madonna Imperia", de Franco Alfano; "Il diavolo nel campanile", de Adriano

go, con la mayor naturalidad, acudir a una de sus cotidianas reuniones. He podido ver cómo tomaban hasta diez copas de vodka con la comida, y luego seguir tomando champagne. Aquellas comidas rusas eran verdaderos torneos de resistencia. Se comenzaba con los "cocktails". El primer plato consistía en comida fría, de distinta clase, con la que se tomaba vodka

—una bebida que hace aparecer como leche al whisky escocés—. Después seguía el pescado, con más vodka. Después el asado, acompañado con vodka y champagne. Después, la sopa con champagne. Después los dulces y, por fin, los cafés y los coñacs hasta la madrugada. Como puede verse, se trataba de un torneo realmente extraordinario.

(Continuad)





UN rey tenía un hijo de catorce años, valiente y atrevido, a quien llamaban Tomasito. Un día que paseaban juntos por el inmenso jardín de su palacio, siguiendo una avenida de plátanos, llegaron a una fuente medio oculta entre unos almendros y laureles.

—No conocía esta fuente—dijo el rey, señalando también a un rosal—; es hermosa, y su sombra fresca la hace muy agradable; volveremos mañana, y si las rosas han abierto se las llevaremos a tu madre.

Al día siguiente, cuando volvieron, uno de los pimpollos se había convertido en una magnífica rosa; sus pétalos blancos como la nieve estaban ligeramente bordeados de rosa, y ella sola daba un perfume más penetrante que todo un jardín.

El rey cortó la flor, mientras Tomasito, inclinado sobre la fuente, exclamaba:

—Padre, veo brillar en el fondo del agua un hilo dorado de las Xanas. Debe haber alguna hada allí dentro.

—No digas tonterías, niño—respondió su padre—. ¿Cómo puedes creer en esas cosas? Ven acá, y deja tranquila esa fuente.

Tomasito obedeció, pero mientras caminaba al lado de su padre, recordaba lo que le decía su vieja niñera asturiana: "En las fuentes de mi país, hijo mío, se ve algunas veces brillar un hilo dorado en el fondo; hay que tomar ese hilo y levantarlo, cuidando de que no se rompa, pues en el final se encuentra una hada".

—¿Cómo me habría gustado saber si era cierto que la fuente tenía una hada!—se decía el niño.

El rey ofreció la flor a la reina, que la admiró mucho y la hizo colocar en un florero con agua, sobre una mesa que se encontraba cerca de unas damas de compañía que estaban bordando. A los pocos minutos las jóvenes empezaron a agitarse; unas dejaban su trabajo, otras suspiraban mirando hacia afuera, algunas entonaban una canción en voz baja, y aun otras movían sus pequeños pies como para bailar una sevillana. La dama principal tosía, les hacía guiños para que se quedaran quietas, pero todo era inútil.

—Me parece, hijas mías, que les gustaría mucho salir un rato a pasear—dijo la reina—. Vayan al jardín y vuelvan dentro de media hora.

—Me parece, majestad, que es el perfume de esa flor lo que les hace mal—se atrevió a de-

ROSA REINA

(CUENTO POPULAR ANDALUZ)

ILUSTRACION DE LUIS MACAYA

cir la dama principal—. Nunca he sentido un perfume más penetrante, y yo misma tengo gran trabajo en dominarme. Me parece que estoy treinta años más joven. Con el permiso de su majestad, voy a tirar esa flor. Una rosa con semejante perfume no debe ser una rosa.

—El rey me la ha dado—respondió la reina—, y quiero guardarla en recuerdo suyo. Llévela a mi cuarto y póngala en el cofre en el que están mis alhajas. Allí se secará y perderá un poco de su perfume.

—Con todo, nunca tendrá un olor natural—insistió la vieja; pero, obedeciendo, tomó la flor y la tiró dentro del cofre, cerrando luego la tapa con doble llave.

—Ya estamos libres—dijo la anciana al volver junto a la reina. ¡Ahora pueden volver nuestras damas!

Las jóvenes bordadoras se pusieron nuevamente a trabajar, sin que se notara ningún cambio en sus antiguas costumbres.

Por la noche siguiente, mientras el rey dormía profundamente, fué despertado por una voz que decía:

—¡Abreme, señor!...

Creyó que era la reina que lo llamaba, pero vio que ésta dormía tranquilamente.

—¡Abreme, señor!—repetía la voz.

Bien despierto esta vez, el rey se levantó.

—¡Abreme, señor!—decía la voz, que parecía venir del interior del cofre.

El rey abrió y vio con asombro que salía de allí una joven más hermosa que todas las de Andalucía; sus mejillas eran blancas como la nieve y ligeramente rosadas, y su perfume era más intenso que el de todo un jardín.

—Soy la Rosa Reina—dijo ella—. ¿Quieres casarte conmigo?

—¿Cómo podría hacerlo si ya estoy casado!—respondió el rey.

—Ya hace mucho tiempo que la reina es tu esposa. Mira qué hermosa soy y qué joven. Cástate conmigo.

—Eres una belleza, eres la juventud personificada, eres todo lo que quisieras, pero no puedo casarme contigo mientras la reina esté en el palacio.

—Entonces, sígueme y verás. La joven llevó al rey a la sala

del trono y le impuso que llamara al jefe de las guardias para comunicarle que desde ese momento tendrían que obedecer a Rosa Reina. El rey accedió.

—Cuando la reina esté durmiendo—ordenó la joven—llevadla a un calabozo en el fondo del palacio, y dejadla allí encerrada. Ahora yo soy la reina y tenéis que obedecerme.

Al día siguiente Tomasito fué, como de costumbre, a saludar a sus padres. El niño quedó muy sorprendido al ver que su madre no estaba y que en su lugar se encontraba Rosa Reina.

—¿Dónde está mi madre?—preguntó.

—Yo soy—respondió Rosa Reina.

—No, vos no sois mi madre.

—Soy la que debes obedecer desde ahora.

—Os obedeceré si mi padre me lo manda, pero él no podrá ordenarme que os llame mi madre—dijo el niño, mirando fijamente a su padre, pero éste dobló la cabeza, y Tomasito se retiró sin besar la mano a Rosa Reina.

Durante dos días Tomasito buscó a su madre por todo el palacio, sin encontrarla. Bajó a los subterráneos, llamó por todas partes, y nada. Desesperado, salió afuera y daba la vuelta del castillo, inspeccionando los muros, cuando le pareció oír una débil voz que salía de un respiradero.

—¡Mamá!—gritó el niño dominando el llanto—. ¿Eres tú quien llora? ¡Yo soy tu Tomasito!

Era su madre, en efecto, y ella le dijo que la puerta de su prisión había sido tapiada, y que iba a morir de hambre y de sed.

Tomasito corrió a las cocinas, tomó algunos alimentos y los arrojó por el respiradero; luego se alejó, no sin antes haber prometido a su madre que él la libertaría.

—Necesito hacer desaparecer también a este chico incómodo—se dijo Rosa Reina, y sin perder tiempo se trasladó a la fuente y empezó a recoger el hilo de oro que había en el fondo. Cuando éste formó una pelota grande como el puño, el agua se agitó y apareció una

LECTURAS INFANTILES

hada muy parecida a Rosa Reina.

—Tienes que ayudarme, hermana mía; quiero hacer desaparecer a Tomasito. Mañana lo enviaré aquí; engáñalo, y una vez que se encuentre en nuestro palacio, hazlo morir sin que su padre sepa nada.

Al día siguiente Rosa Reina dijo al niño:

—Ve a buscarme un cántaro de agua fresca a la fuente.

El niño obedeció, y al llegar a la fuente encontró un anciano pordiosero que le pidió una limosna. Como tenía muy buen corazón, Tomasito se apresuró a darle una moneda de plata.

—¡Que Dios te bendiga!—dijo el anciano—. ¿Dónde vas, hijo de rey?

—Voy a buscar agua fresca a la fuente de las Arenas—respondió el niño.

—Entonces, oyeme. Un peligro grave te amenaza: en la fuente viven dos hadas que tratarán de retenerte. No las escuches. Saca el agua rápidamente, sin bajar de tu caballo, y retírate.

Tomasito agradeció y siguió el consejo que le daban, sin demorarse a escuchar las palabras engañosas que ellas le dirigían.

Cuando la reina supo que Tomasito había vuelto sano y salvo de la fuente, tuvo un gran disgusto, y llamando de nuevo al niño, le ordenó que volviera a ese mismo lugar y le trajera dos naranjas.

Tomasito montó a caballo y se dirigió adonde lo mandaban, encontrando nuevamente al mendigo en la avenida de los plátanos.

—¿Dónde vas, hijo de rey?—preguntó el anciano.

—Voy a buscar dos naranjas para Rosa Reina.

—¡Ten cuidado! No bajes del caballo para nada ni te des vuelta. Corta las naranjas y alejate corriendo.

Cuando se acercó a la fuente, Tomasito vio dos mujeres que lo esperaban. Una de ellas le arrojó una sogá, pero no lo alcanzó. Parándose sobre sus estribos, arrancó las naranjas y salió al galope.

La cólera de la reina no tuvo límites cuando supo que por segunda vez Tomasito había vuelto al palacio, y maldiciendo a sus hermanas por inútiles, resolvió vengarse ella misma del niño.

—Vete inmediatamente del palacio—le dijo furiosa—. Si vas a ver a tu madre una sola vez, le haré cortar la cabeza.

El pobre niño, consternado, se alejó rápidamente. En el camino encontró al mendigo, que, como siempre, le preguntó dónde iba.

—No lo sé—respondió esta vez el niño—. Rosa Reina me ha echado del palacio y mi padre nos ha abandonado.

—Oye—dijo el anciano—. Si eres valiente te enseñaré cómo tienes que hacer para salvar a tu madre. Conozco el camino que va al palacio de Xanas. Te llevaré hasta allí. Luego, debes entrar solo. En un cuarto retirado verás tres cirios encendidos; a ellos corresponden sus vidas y las de Rosa Reina. Bastará soplar para que ellos se apaguen y las tres hadas malas mueran inmediatamente. Si no temes sus hechizos, ven.

—Vamos—dijo tranquilamente Tomasito.

Se quitó sus ricas vestiduras, se puso unos harapos sucios que le dio el anciano y, ensuciándose la cara y las manos, se dejó conducir al palacio de Xanas, donde entró solo.

Una hada estaba allí, y al verlo le preguntó qué quería.

—Rosa Reina os espera en la fuente de las Arenas—dijo el niño.

—¿Cómo lo sabes?

—Ella misma me ha enviado aquí para decirlo.

—¿Quién eres?

—Soy el pastor del palacio.

—¿Por qué ella no ha llamado como de costumbre?

—Ella me dijo algo de que no había podido alcanzar el hilo.

—Está bien, vamos a ir, pero te dejaremos aquí encerrado, y si nos has mentado, te mataremos.

Tomasito quedó, pues, encerrado en un cuarto que tenía una puerta de reja, pero como era muy delgado consiguió pasar por entre ellas, poniéndose a recorrer el palacio. Después de visitar numerosas salas y abrir y cerrar centenares de

puertas, se encontró con una gran puerta de hierro que le costó mucho trabajo poder abrir. El niño vio entonces que en ese cuarto se encontraban los tres cirios, colocados en unos candelabros de oro. Uno de ellos, el más hermoso, estaba adornado con una guirnalda de rosas.

Tomasito soplo con todas sus fuerzas a los otros dos, y tomando el tercero, salió del palacio cuidando con su mano que la llama no se apagara. Así llegó al palacio, colocando el cirio en el cuarto en que Rosa Reina se encontraba; ella estaba pálida y tambaleante como la llama.

—Señora—dijo el niño—; vengo a pedirlos que abandonéis este palacio y libértéis a mi madre.

—No me alejaré y mandaré que la maten esta misma noche.

—Entonces moriréis antes que ella, y será por culpa vuestra.

El niño se acercó al cirio, y ya iba a apagarlo con su soplo cuando apareció el rey.

—¡Padre!—exclamó Tomasito—. Dime a quién prefieres: ¿a Rosa Reina o a mi madre?

—¡A tu madre, hijo mío!—exclamó el rey lleno de remordimientos.

—Entonces, apaga este cirio!

El rey apagó el cirio, sin comprender lo que hacía, y en ese momento Rosa Reina cayó muerta.

Libertado del encantamiento en que lo tenía Rosa Reina, el rey corrió a hacer abrir la prisión en que se encontraba la infortunada reina y se arrojó a sus pies, implorando su perdón.

Todos los servidores que la Xana había aterrorizado estaban encantados al ver a su antigua reina.

—Ya veis, señora—dijo la dama principal—que hubiera hecho bien tirando esa maldita flor.

—No hablemos nunca más de eso—respondió la reina—. Ya he perdonado; ahora tengo que tratar de olvidar.

LA BALLENA

TODA persona interesada en la vida de los animales tendrá que inquietarse por la suerte de la ballena. Estos simpáticos y monstruosos mamíferos que habitan los mares, se ven perseguidos en tal forma que pronto tendrán que desaparecer. Asombrará a mucha gente el saber que el número de ballenas muertas aumenta todos los años, llegando a la fantástica cantidad de 30.000 en un año. Esto no se debe a que haya aumentado el número de barcos balleneros, sino que ha mejorado notablemente el sistema que adoptan para cazarlas. En vez de pequeños botes abiertos, desde donde arrojaban arpones, las ballenas son perseguidas ahora por barcos a vapor, muy ligeros, desde donde arrojan arpones explosivos, gracias a unos cañones especiales. Uno de estos nuevos barcos noruegos puede llegar a matar quince ballenas en un solo día.

COMO HACERSE PRESTIDIGITADOR COMO MANTENER UN VASO EN EQUILIBRIO SOBRE UNA BARAJA

Un vaso cualquiera y una baraja es cuanto se necesita para ejecutar esta prueba.



Ella consiste en colocar el vaso en equilibrio sobre el canto de una baraja y balancearlo, sin que se caiga.



El secreto consiste en colocar detrás de la baraja el dedo índice de manera que el vaso se apoye también en él, manteniéndose así en equilibrio.



LA NACION

LOS DOS AMIGOS DE SIRACUSA

EN vez de ser gobernada por un consejo de magistrados, la ciudad de Siracusa había caído bajo la tiranía de un hombre inteligente pero de carácter caprichoso, llamado Dionisio. Filósofo y poeta, Dionisio deseaba verse siempre rodeado de gente inteligente, pero había conseguido inspirar tanto terror, que nadie se animaba a frecuentarlo. La idea de que ocupaba una posición usurpada, de la que habían querido desalojarlo, lo hacía desconfiado y duro.

Varias anécdotas suyas han llegado a nosotros, que si bien pueden no ser ciertas, sirven para dar una idea de las costumbres de la época y del carácter de las personas a quienes se refieren.

Uno de sus amigos llamado Damocles, expresó un día delante del tirano el deseo de ocupar un solo día su situación. Tomándole la palabra, Dionisio lo hizo instalar en una mesa magníficamente servida, en la que había toda clase de manjares. Gran abundancia de flores la adornaba, y una música melodiosa se dejaba oír; pero sobre la cabeza del convidado se hallaba una espada muy filosa, que colgada de una sola crin, casi tocaba el cabello de Damocles. ¡Era así como reinaba el usurpador!

Dionisio vivía en un continuo sobresalto. Su constante inquietud le hizo imaginar toda clase de medios para escapar a sus supuestos perseguidores. Hizo construir una trinchera alrededor de su dormitorio, al que se llegaba pasando por un puente, que él mismo levantaba todas las noches al acostarse.

Un día hizo matar a su barbero por haber dicho que él tenía la vida del tirano en sus manos todos los días. Después de esto, se hacía afeitarse por sus propias hijas, pero pronto llegó a sospechar de ellas mismas y se hacía quemar la barba con cáscaras de nuez.

Hizo encerrar en una prisión a un filósofo llamado Filóxeno por haberse atrevido a criticar unos versos escritos por él; pero más tarde, al componer otros, que creyó infinitamente superiores a los primeros, quiso consultar de nuevo a su crítico y lo mandó buscar para leerlos.

Cuando terminó la lectura, Dionisio se dio vuelta para recibir el cumplido que esperaba, pero el filósofo se limitó a decir, dirigiéndose a los guardias:

— ¡Llévenme de nuevo a las canteras!

Esa vez Dionisio tuvo la idea de reír, perdonándole su franqueza.

UNA CONSULTA URGENTE

(Continuación de la pág. 11)

cuando, descorazonado, posa la vista en una respuesta a cierta consulta:

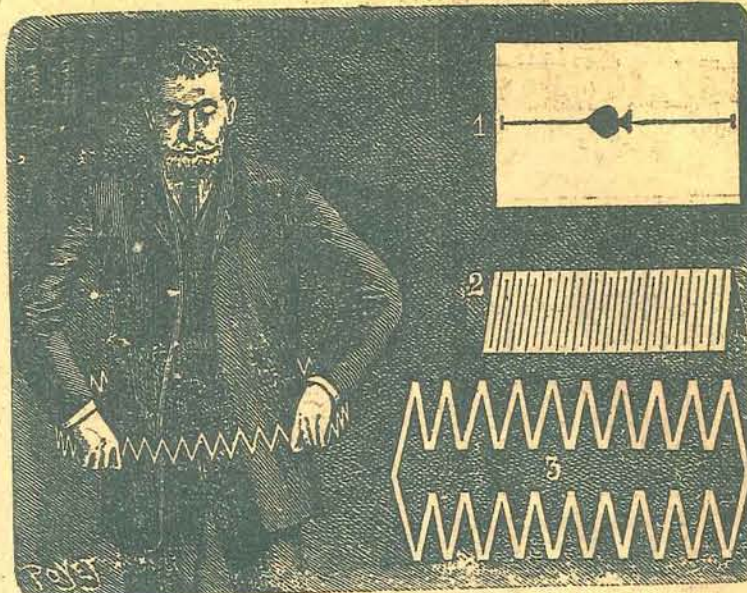
“CASO PELIAGUDO - Parana. — ... Aprenda a esperar y desensille hasta que aclare”...

— ¡Ajá! Esués... ¡La mejor receta! — exclama convencido. Lindo el médico que sabe aconsejar pa cualquier apuro. Aprenda a esperar y desensille hasta que aclare... ¡Y no hay qui hacerle! Mañana veremos.

Cuando, al día siguiente, Juvenal Oviedo llega hasta el rancho de la enferma, encuentra que se le ha adelantado doña Ludovina. Desde un tiempo a esta parte, la curandera trata de recuperar el terreno perdido, ya sea poniendo más cuidado en sus “intervenciones”, ya exagerando la importancia de sus curas o disminuyendo la que se atribuye a los casos tratados por el nuevo médico.

Oviedo vacila en tomar el partido de retirarse, adoptando un aire digno, cuando la madre de la enferma acude a explicarse:

— Veia, doutor, no se me ofienda. Pero e'el caso que m'hija padec'e culebrilla, que le toma la casi toda la cintura. Y como la niñ'es moza... usted



COMO PASAR A TRAVES DE UNA BARAJA

ES muy común en una reunión de amigos hacer pruebas con barajas. Hay personas con gran habilidad para ello y con un repertorio verdaderamente extenso. Pero todo se acaba y entonces es el momento de sorprender a la concurrencia proponiendo hacer una prueba extraordinaria. Ya no se trata de adivinar una o más cartas, sino de pasar una persona verdadera, a través de una de las barajas. Seguramente reirán de la propuesta, creyéndola absurda.

Pues bien, no hay nada más fácil y vamos a demostrarlo. Tome una baraja cualquiera y córtela por la mitad dejando unidas las extremidades, como lo indica la figura No. 1. Doble entonces la baraja en dos, a lo largo de ese corte y practique unos cortes como lo indica la figura 2.

Abriendo entonces la baraja y tirándola por sus extremidades se la verá transformarse en una larga banda extensible, compuesta de pequeños tramos unidos entre sí. Será posible entonces pasar con toda facilidad a través de una baraja, como se había anunciado.

comprendiendo... tenía reparo. Por eso himos acudido a doña Ludovina.

— Bien hice en seguir el consejo del “Consultorio” — piensa luego Oviedo; y luego, como salvando un principio de ética profesional en pugna con su amor propio, responde: — Pude haberle recetado; pero cómo va a echar mano del mismo remedio e los curanderos. ¡El doutor Juvenal Oviedo, curando con la panza'el sapo!... ¿Ande se ha visto?

IV

Todo parece indicar que la prosperidad del ex conscripto está asentada sobre bases sólidas y que, no obstante los esfuerzos de la curandera, ésta difícilmente logrará recuperar la perdida clientela.

Un día, a la media tarde, vienen de casa de don Anacleto Yofre, que vive en lo alto y algo distanciado. El caso es urgente. La patrona se halla en trance de desocuparse.

— ¡La pucha! — se dice Juvenal Oviedo — este caso no se me había presentado nunca en el hospital militar... Veia... — va a desistir, pero luego recapacita:

— Dígame, ¿qué le duele a la señora?

— Y... todo... — explica la mensajera. — Li han comenzao... hará cos'e medi'hora.

— Güeno, que se acueste, y... — ¡No, muchacho! — ataja a media voz la madre, desde el interior del rancho.

— ... ¡ojá!... ¡que no si acueste nada! — rectifica el mozo.

— ... que se prienda fuerte dei pies del catre — continúa apuntando la madre, desde adentro.

— Esués, ajá... — repite Juvenal Oviedo, como hablando consigo mismo — que se prienda'el borde e la cama... y que si aguante... ajá... hasta que io vaia... Y dígamele a don Anacleto que puede dir preparando un tes di orégano y una boteia pa la sopladura.

— Boteia... no hi tener... me parece a mí.

— Güeno, lo mismo se remedia con una damitajuana — termina el mozo y cae sentado sobre la piedra que, a la puerta del rancho, sirve de banco.

— No ti aflijais, m'hijo — sa-

le la madre de adentro de la casa, en tanto la mensajera va trepando el faldón. Vos dejame hacer a mí las cosas. Por de pronto, te me tenís que perder por unos días. Lo demás corre por mi cuenta.

La madre de Juvenal Oviedo acaba de llegar al alto. Sale a recibirla don Anacleto.

— ¿Y el doutor? — inquiere. — El doutor mi ha pedido que lo reemplaze y lo disculpe anti ustedes... Porque e'el caso qui acaban de ievarselo pa Córdoba. Recientito vinieron doutores, que asigún oi conversar, lo necesitaban pa una consulta urgente. Parece que'un caso e muy mucha gravedad — termina la vieja, bajando la voz.

V

Días después hay dos novedades que comentar en Intahua: si: una, es el nuevo habitante que llegó la noche del “precipitado viaje” de Juvenal Oviedo a Córdoba. La otra es el aviso que se puede leer en una tablita colgada en la puerta de la casa de éste.

Dice así:

DOCTOR JUVENAL OVIEDO

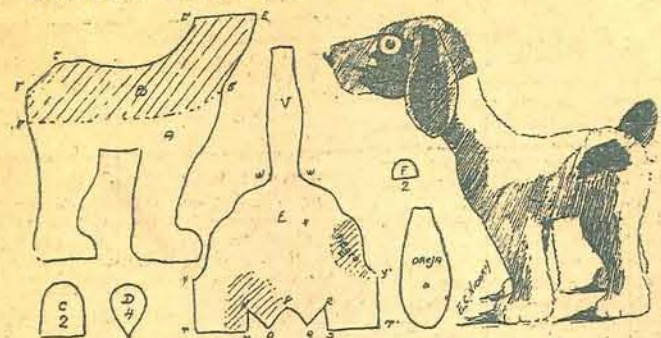
Especialista en cualquier enfermedad de güelta e Córdoba resuelve atender en adelante enfermedades pa hombres solos

LAS MANOS QUE SE AGRIETAN se aviejan

El uso diario de la **CREMA HINDS** LAS REJUENECE

PIDALA DONDE VENDAN ARTICULOS DE TOCADOR

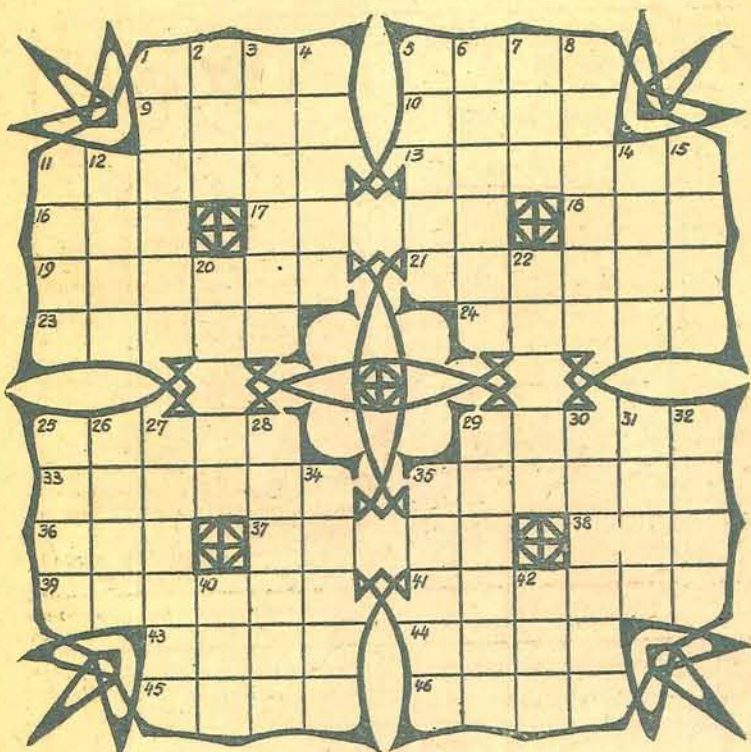
COMO SE HACE UN JUGUETE SENCILLO



UN CACHORRO:

Material a emplearse: zibelina negra para la cabeza, cola y manchas del cuerpo; zibelina blanca para el resto del cuerpo, a excepción del hocico, que es de terciopelo negro y la cara interna de las orejas, de terciopelo rosado. (Los números indican la cantidad de partes iguales que hay que cortar de cada patrón). Se cortan dos moldes iguales al A, incluyendo la zona B, rayada, y dos sin esta última. Se unen por el borde A'B' las dos piezas A y las dos piezas B, por los bordes A'E', C'D' y E'B', a partir de los puntos A' y B' se colocan las partes A, anteriormente cosidas. En la base de las patas se coloca la plantilla D. En F'O' se agrega la cola (C), y en D'E', la cabeza, que se obtiene uniendo MN con NO; OP con PQ; QR con RS, TM con ST y la lengüeta V, se cose, por sus bordes, alrededor de WY y de W'Y'. Las zonas rayadas del molde E van en color negro.

PROBLEMAS DE PALABRAS CRUZADAS



REFERENCIAS

Horizontales

1. Vestidura tosca y áspera de paño burdo o sayal.
5. Yema o botón en los vegetales.
9. Pronombre demostrativo.
10. Emplead.
11. Arrolle el hilo en ovillo o carrete.
13. Calificó o dió por bueno.
16. Moneda escandinava.
17. Conjunto de palabras que basta para formar sentido, y especialmente cuando no llega a constituir una oración cabal.
18. Hermana, religiosa.
19. Interpónese y media en alguna disputa o discordia.
21. Arrima la embarcación a tierra.
23. Cocinará un manjar de cierta manera.
24. Invitar.
25. Que opone mucha resistencia a romperse o deformarse.
29. Deponer a uno de su empleo, impidiéndole el ejercicio de él.
33. Querer con extremo.
35. Hazaña, valentía o acción valerosa.
36. Preposición separativa y negativa que denota carencia o falta.
37. Lleno de presunción o vanidad infundada y ridícula.
38. Repetida, rumor vago y confuso de voces.
39. Presilla y botón, u ojal sobrepuesto, que se cose a la orilla del vestido y sirve para abotonarse o para gala y adorno.
41. Coge, toma fuertemente con la mano una cosa.
43. Cuestión que se propone para ventilarla o resolverla.
44. Entregaré.

Verticales

1. Grave, seria, mesurada.
2. Jugo que fluye de diversas plantas umbelíferas.
3. Espera con firmeza y seguridad.
4. Cueva donde se recoge el oso para abrigarse y para criar sus hijuelos.
5. Chanza, burla.
6. Atraviesa, clava, mete por un cuerpo un instrumento puntiagudo.
7. Grande extensión de agua salada.
8. Poner espalda con espalda.
11. Da a una cosa alguna propiedad o cualidad ventajosa.
12. Existes.
14. Abertura, agujero.
15. Rezar.
20. Instituir un nuevo empleo o dignidad.
22. Peñazco alto y escarpado, difícil y peligroso para andar por él.
25. Precio fijo puesto por la autoridad a las cosas vendibles.
26. Concejal.
27. Poco o muy poco.
28. Descarada, atrevida, desvergonzada.
29. Distribuir, repartir bienes o caudales.
30. Forraje de avena, cebada, trigo, centeno y otras semillas que se da al ganado.
31. Color heráldico.
32. Batracio anuro.
34. Extrañas, poco comunes.
35. Conjunto de las púas de un peine.
40. Cierta juego de naipes y de envite.
42. Altar en que se ofrecen sacrificios.

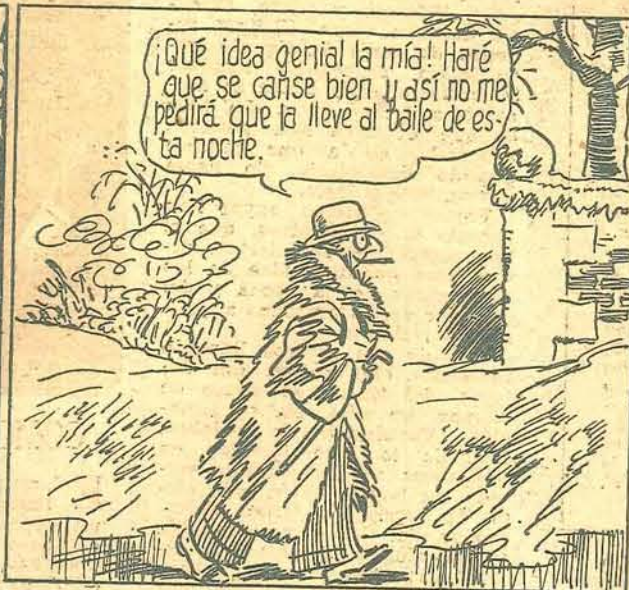
BETTY

© 1929 N.Y. TRIBUNE, INC.

por C.A. Voight

DILIGENCIA INOPORTUNA

(DERECHOS EXCLUSIVOS PARA LA ARGENTINA ADQUIRIDOS POR "LA NACION". CUALQUIERA OTRA REPRODUCCION DE ESTA HISTORIETA EN NUESTRO PAIS DEBE CONSIDERARSE ILEGITIMA).





Columbano Bordalo Pinheiro
Autorretrato

UN GRAN PINTOR PORTUGUES: BOR- DALO PINHEIRO

(Continuación de la pág. 6)

culto" a los clásicos franceses, en especial a Poussin y David. Cita, como obras maestras del pintor portugués, las telas "Santo Antonio de Lisboa" y "Vinos y frutos". Y añade: "No obstante, en donde adquiere mayor relieve la personalidad de este artista es en los retratos. El de Eça de Queiroz es obra que vale por toda una época de pintura."

Es cierto que Columbano rendía culto a todos los grandes, primitivos y contemporáneos, y así, por ejemplo, admiraba mucho en Sargent su estilo y en Besnard el sentimiento decorativo. Era, sin embargo, un pintor muy personal, con carácter propio, solo y siempre igual a sí mismo. No es fácil filiarlo con las tendencias de este o aquel maestro, con esta u otra escuela. París y los franceses modernos no ejercieron ninguna influencia directa en su temperamento intenso y profundo.

Si, a pesar de ello, insistiésemos en trazar para Columbano un árbol genealógico, podríamos, quizá, hacerlo entroncar, por un lado, en la línea portuguesa procedente del siglo XV con nuestro gran Nuno Gonçalves, proseguida en el XVI con los portugueses descendientes de éste (Jorge Afonso, Gregorio Lopes, Cristován de Figueiredo, Cristován Lopes y Sanches Coelho, fundador de la escuela española de retrato), hasta llegarnos en el siglo XVII a Velázquez y a Claudio Coelho, ambos hijos de portugueses. Por otro lado, lo haríamos derivar del linaje de los franceses de influencia flamenca, que por medio de Rubens y van Dyck, en el siglo XVII, va hasta Fragonard, Chardin y Watteau en el XVIII.

Por la forma amorosa con que encaraba los planos y los valores o, repitiendo las palabras de José de Figueiredo, "por la profundidad maravillosa que arranca hasta a la luz de las superficies de lo que, por ya casi espiritual, se envuelve en las tinieblas de los últimos planos". Columbano pertenece a la estirpe luso-velazquiana; por la observación aguda y segura, por el amor a lo accesorio y a la minucia, por el poder de un pincel que ennoblece todo lo que pintaba, fuesen terciopelos o harapos sórdidos, el artista que ahora

perdemos representa y continúa el gran linaje flamenco.

Sin duda alguna, Columbano

fué gran retratista. Pero es preciso no olvidar su valor extraordinario como pintor de lo que llamamos, bien impropia y desagradablemente, "naturaleza muerta". Es ese el aspecto de su obra en que pocos lo han igualado en todos los tiempos. Ahí corre siempre fácil, espontáneo, infalible y fascinador su pincel mágico; y sus naturalezas "muertas" están llenas de vida y ésta será imperecedera.

En los retratos, por el contrario, la pintura de Columbano nos parece a veces torturada y menos feliz. Frente a ciertos retratos que pintó, se diría que el artista se fatigaba en la busca insaciable de algún misterio en la expresión de la fisonomía humana. Y esto se relaciona con el grave problema crítico del retrato llamado "psicológico". Muchos elogiaron y admiraron a Columbano como pintor, no sólo de caras, sino también de almas; pero, por confesiones u observaciones suyas repetidas, sabemos que era avieso y hostil, por temperamento, a cualquier intrusión de la literatura o de la filosofía en las artes plásticas.

Indirectamente, por lo menos, es cierto que el maestro Columbano negaba así que los retratos que hacía fuesen más de lo que aquello que sus ojos veían; pero también es verdad que en algunos de ellos se nota cierta transparencia psíquica y en otros a la visión del artista

como si traspasase la epidermis de los rostros. Hay en su obra de retratista caras y manos en que el pintor casi efectúa la autopsia o disecciona, no favoreciendo nada, envejeciendo, mortificando en ocasiones, de este modo, la plástica de sus retratos. Parece que un instinto o proceso inconsciente lo impelia a querer penetrar a través de la máscara humana, y que de esto resulta, aquí y allí, aquella fatiga y tortura a que hicimos referencia más arriba.

No siendo yo ni aspirando a ser crítico de arte, construí esta crónica, tan pequeña y pobre en proporción con la grandeza del asunto, principalmente con opiniones autorizadas que he leído y oído.

Con más voluntad para la fácil apreciación de los caracteres que para el análisis complicadísimo de talentos y genios, no puedo concluir estas notas sin rendir mi reverente homenaje a la moral nobilísima del gran artista que acabamos de perder.

Columbano ejerció sacerdotalmente su arte. Podía haber ganado grandes capitales retratando hombres ricos, vendiendo, por lo menos, sus cuadros. En vez de eso, rechazaba encargos y guardaba en su taller sus mejores obras. Los retratos que deja son casi todos de

gente de letras o artes, gente que no podía pagarle y a la que muchas veces, por amistad o simpatía, ya que no por industria, invitaba a dejarse retratar. Desde lejana fecha había hecho el voto de dejar a la Nación el producto de largos años de actividad; presintiendo la muerte y a pocas horas de ella, confirmó este voto ante testigos y, en cambio, pidió sólo que no le abandonasen a la esposa, que iba a enviudar dentro de poco en la pobreza, y, fiel al deseo y a la memoria del marido, aceptaba y aceptó sin la menor reticencia su propio despojo en beneficio del Estado, esto es, de Portugal. Que Portugal, esto es, el Estado, sepa honrar la memoria del ciudadano y del artista ejemplar, modelo rarísimo de desinterés en la larga historia de las artes.

Columbano fué feliz, porque, sin ambiciones, sin hijos, sin obligaciones, sin exigencias de confort, y mucho menos de lujo, pudo vivir como un fraile en la celda, entregado por entero a su ensueño y a su ideal.

Pudo vivir como pobre, pero artista puro, y hacer, a la hora de la muerte, en favor de su patria un testamento de millonario. Inclinémonos, agradecidos, ante el Arte y el Carácter, que, aliados, pueden consumir tales prodigios, imposibles a la vanidad que nada crea y al dinero que todo juzga poder.

En HOLLYWOOD, Centro de Belleza Mme. Louise Zollars

del conocido establecimiento de belleza Gainsborough

recomienda este tratamiento para la belleza del cutis

"Estoy de acuerdo con Lina Cavallieri y otros eminentes especialistas en belleza Europeos en que el jabón Palmolive debe usarse dos veces al día, como el tratamiento perfecto de belleza casero."

Mme. Louise Zollars

HOLLYWOOD! Donde la belleza y el éxito están más íntimamente ligados que en cualquier otra parte del mundo. Donde los expertos en belleza deben saber infaliblemente cuales son los mejores métodos en el cuidado del cutis. Allí, en los salones de Belleza frecuentados por muchas de las más hermosas mujeres de América, se recomienda un famoso tratamiento casero para el cuidado del cutis... un tratamiento aconsejado por los más grandes especialistas de belleza de diez capitales de Europa y centenares de sus colegas en América. Este méto-



Fontaine de Bruselas, especialista en belleza designado para atender a Su Maestad La Reina de Bélgica, es uno de los más eminentes especialistas en belleza que recomienda el uso del jabón Palmolive dos veces al día, como el mejor tratamiento de belleza casero.

do internacionalmente recomendado está basado en el uso dos veces al día del jabón Palmolive.

Consejera de celebridades de Hollywood

"Todos los días—en los Salones Gainsborough—pueden verse las famosas caras de las más hermosas estrellas del cinematógrafo, conocidas en todo el mundo. A este establecimiento vienen para sus tratamientos de belleza, por lo menos una tercera parte de las más sobresalientes estrellas de la pantalla," dice Madame Louise Zollars, directora del Salón Gainsborough, en Hollywood.

"A todas estas estrellas, entre ellas Phyllis Haver, Virginia Pearson, Virginia Lee Corbin, Vera Reynolds, Anita Stewart y Priscilla Dean, como también a mis distinguidas clientas del mundo social, recomiendo el uso constante del jabón Palmolive", Mme. Zollars dice. "Estoy de acuerdo con Lina Cavallieri y otros especialistas Europeos en belleza, que el jabón Palmolive debe ser usado dos veces al día para un perfecto tratamiento de belleza casero. Sus ingredientes, los aceites de palma y oliva, son inofensivos al cutis más



Mme. Louise Zollars, directora del Salón de Belleza Gainsborough, donde van las más famosas estrellas de la pantalla a recibir tratamientos de belleza. Mme. Zollars es muy apreciada por sus famosas clientas que dependen grandemente de sus consejos de belleza.



Entrada al Salón de belleza Gainsborough, en Hollywood... muy conocido por las mujeres hermosas del cine y del mundo social.

delicado. Estos aceites penetran gradualmente en los poros y libran la piel de las impurezas acumuladas." Con estas palabras Mme. Zollars explica porque los más famosos expertos en belleza internacionales prefieren el jabón Palmolive; porque los más conocidos especialistas en todo el mundo lo recomiendan a su distinguida clientela.

El tratamiento de 2 minutos para el cutis

En Europa, cada capital cuenta con su gran especialista de belleza... y todos recomiendan Palmolive. Bock, de Berlín; Jacobson, de Londres; Cavallieri y Vincent, de París; Artiglio, de Roma; Pessl, de Viena—no se puede mencionar a todos ellos en un espacio tan limitado.

Hasta que usted no haya comenzado en su propio hogar este sencillo tratamiento dos veces al día, no sabrá cuán fácil es conservar su cutis naturalmente hermoso. Palmolive Ltda. S. A. Ind., Casilla de Correo 1110, Buenos Aires.



El jabón Palmolive jamás se quinde desvirtuado

35 centavos la pastilla

3 pastillas por \$ 1.-

JABON PALMOLIVE



Un nuevo sport de emoción está de moda en los Estados Unidos y atrae a grandes multitudes. Se trata de carreras sobre pequeños "sulkys", lo que permite la consecución de grandes velocidades. La fotografía muestra un aspecto de una carrera recientemente realizada en Brockton, Massachussets, obtenida en una de las curvas de la pista.

SPORT EXTRAN- JERO

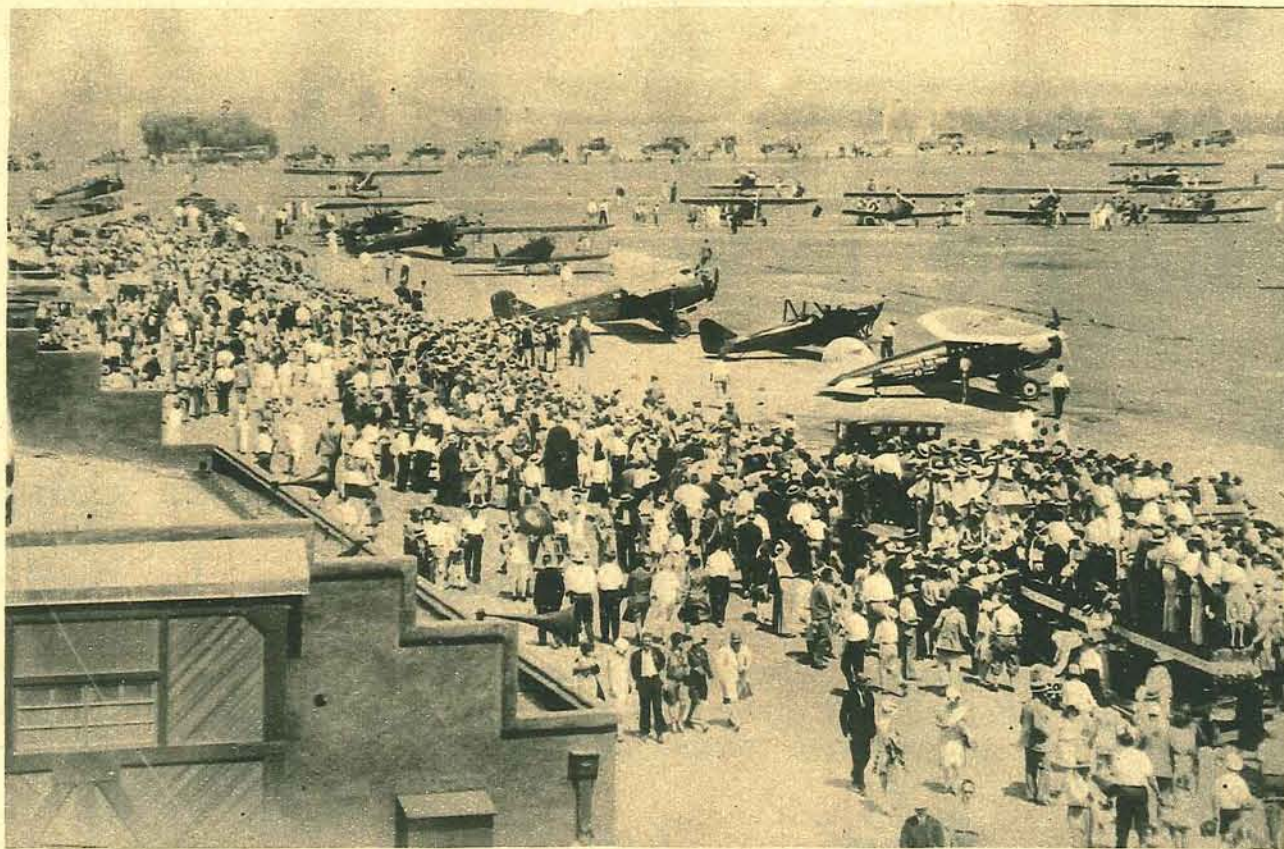
En el Japón también se practican asiduamente los deportes, y las mujeres se dedican a esas actividades con verdadero entusiasmo. Uno de los sports que más agrada a las jóvenes atletas es el tiro de arco, en el que han demostrado excelentes condiciones. He aquí una escena en el estadio Jinga, de Tokio.



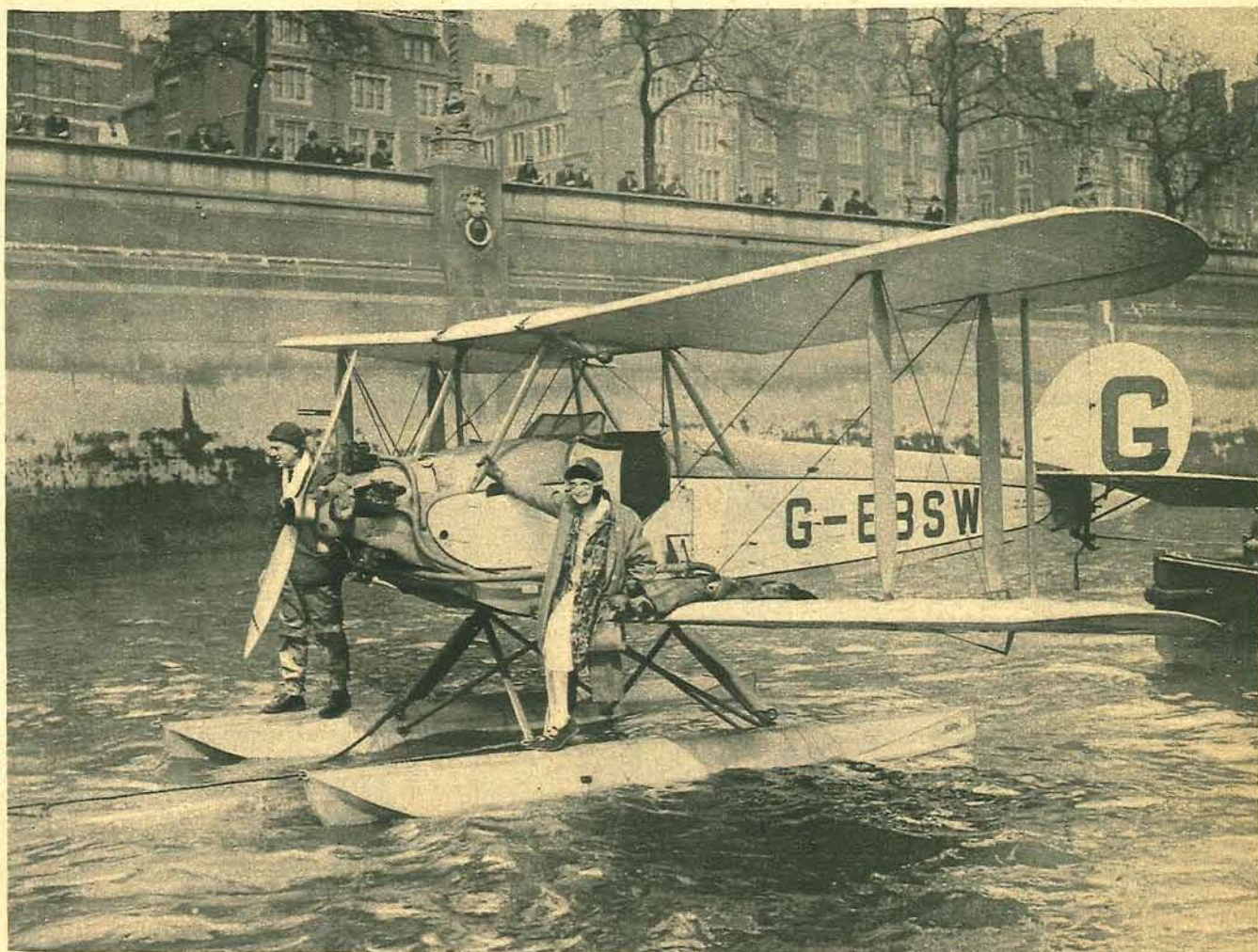
Las carreras de obstáculos provocan momentos de extraordinaria emoción. Durante la disputa de una carrera realizada recientemente en el Country Club, de Brookline, el caballo Brucourt sufrió una caída, y como consecuencia de ella el jockey Collins fué arrojado al suelo. Pese a la tentativa de este último por alejarse del camino, varios de los demás competidores pasaron por encima del cuerpo del jockey, quien sufrió lesiones de regular importancia. En la misma carrera el caballo Silver Hackle, que aparece en último término en la fotografía, arrojó al suelo al conductor y saltando sobre el público hirió a cuatro espectadores.



En la reciente comida oficial realizada en el Savoy Hotel, de Londres, por los Servicios Nacionales de Aviación, dos de los invitados, Lady Swaythling y Mr. Sempill, tuvieron la ocurrencia de llegar con su avión hasta cerca del hotel y descendieron, sin contratiempos, en pleno río Támesis.



Un aspecto del Clover Field, en Santa Mónica, momentos antes de iniciarse el gran derby aéreo femenino, entre Santa Mónica, California y Cleveland, Ohio.



EL PROBLEMA DE LO QUE SOMOS: PLANTEO

(Continuación de la página 3)

lidad. De nuevo en medida, salvado el escollo de las pretensiones temerarias, debemos preguntarnos, sencillamente, qué es cierto y único para un hombre por el hecho de haber nacido en nuestro suelo, en vez de inquirir el invariable residuo de su esencia y carácter. Para esta verdad criolla generalísima he escogido un nombre de antiguo e ilustre abuelo en la filosofía: universales. "Medida del criollismo", mi primer y único libro, fué escrito, precisamente, para discriminarlos.

Una experiencia reciente me previene que debo enunciarlos aquí, aunque sea en brevisimo resumen, a fin de evitar malentendidos. De lo contrario correría el riesgo de que se los tomara como respuestas al problema del epigrafe. No se relacionan con el carácter etnológico de nuestra gente esos universales. Ni con nuestro temperamento. Ni con las costumbres criollas. Están circunscriptos, ceñida y cautelosamente circunscriptos, a algunas situaciones especiales, las cuales engendran, a su vez, ciertas emociones características. Helos aquí, según yo los veo, a la manera de los apuntes de clase o de algún "Précis élémentaire de Droit Civil":

a) Tenemos un privilegio: nacimos conscientemente. Al venir al mundo estábamos en el secreto. Un mensajero diligente llegó ese día con un aviso genial.

La primera generación argentina, para limitarme al país en que vivimos, la primera generación con sangre europea nacida en nuestro suelo, es decir, la primera generación consciente de la nacionalidad, pues el indio puro nada sabía de estas cosas, inauguró la vida de la patria. Que los revolucionarios de Mayo estaban ciertos de que iniciaban la existencia de un país joven, con todos los atributos de la juventud de las naciones, esto es, rápido crecimiento, un vasto horizonte que desbrozar, ancho espacio para construir, bien real, por cierto, desde que todo estaba por hacerse, me parece demasiado evidente para que sea menester insistir. No se trata, pues, simplemente, de la corta edad histórica de nuestros países. Si mañana se independizara Irlanda, por ejemplo, en 1950 sería un país independiente de corta edad histórica; pero no por eso se convertiría en una nación más joven que España o Francia.

b) Como consecuencia de a), cada ciudadano de nuestro continente tiene conciencia de la juventud de su patria. Es un caso único en la historia del mundo. En la época en que los países europeos podían considerarse naciones jóvenes, carecían de la cultura necesaria para contar con una cronología histórica que los ubicara en el tiempo y les suministrara los datos de sus comienzos. Nosotros constituimos naciones jóvenes y cultas, aunque con una cultura transplantada de tierras más antiguas. Nuestro retardo en venir al mundo explica el fenómeno.

c) Vivir inclinados hacia el porvenir es una necesidad nuestra. Porque tal inclinación no constituye en nuestro caso efecto de una doctrina, sino consecuencia ineludible de una posición natural. Mejor o peor será ese futuro; no nos importa. Nuestro presente desconsolador no justifica ningún optimismo. El niño no tiene más remedio que inclinarse hacia el porvenir, y así nos ocurre.

d) El contorno europeo es un marco de cosas formadas. Nuestro paisaje representa un escenario en formación.

El paisaje europeo es estable, duro, impertérrito. Nuestro contorno es blando, sumiso, condescendiente. Aquel resiste, impone, manda. Este obedece, accede, cumple. Allí precede al curso del hombre. Aquí lo sigue y sincrónicamente crecen y maduran. Esto lo acerca al nuestro, al espíritu; lo hace más íntimo. Conseguimos eludir una distancia. Damos un salto inesperado. El mundo exterior se aproxima.

La emoción más frecuente en el hombre de Europa es la emoción ante las cosas antiguas. Nosotros sorprendemos cada tarde un gesto inédito.

e) Los habitantes de países dilatados y donde la impresión del paisaje agreste, natural, de la tierra desnuda, es todavía preponderante, sobre todo aquellos que viven en la campaña y en los pueblos pequeños, parecen como agobiados ante el contorno; son, quizá, tristes. El mismo fenómeno se observa en Rusia y en la Argentina, ambos países extensos. Sin embargo, ello no significa que exista correspondencia, ni siquiera parecido, entre uno y otro caso. Mientras ese estado de ánimo es natural en Rusia, donde la huraña persistirá, aquí se torna artificial, ridículo, importa sencillamente una claudicación, dada la indolente pasajera de la soledad circundante. Es menester extirpar esa pesadumbre ilógica con la contemplación del paisaje in-

vasor, del pueblo, de la vía, del camino, que crecen y se perfeccionan paso a paso. Sobreponerse a la soberanía de esa depresión es un imperativo. Nuestro imperativo emocional.

f) La pequeñez de nuestra tradición, el liviano influjo del pretérito, nos conceden especial autonomía. Estamos en singular aptitud para dirigir nuestra marcha. Podemos vivir con un margen de precaución y de selección inalcanzable por quienes trabajan sobre una estructura milenaria. Correlativamente a ese dilato imperio sobre los hechos, existe una emoción de poderío, de alumbramiento. Nuestro ser de nación no ha cristalizado. Cada lapso de tiempo implantará en él una novedad. Al porvenir van ligadas aventuras posibles. Cualquiera hombre que participa aquí en una empresa colectiva, sabe que hincan las espuelas en los flancos de una vida naciente. Como el padre, como el maestro, como el artista, se siente factor del recorrido vital de otro ser: pero de otro ser cuya vida tiene más alto valor que la nuestra, según efectivamente ocurre con la patria.

Esto es para mí lo criollo, y es lo único criollo universal, tan cierto para el lector si ha nacido aquí, como para mí, como para mi vecino.

¿Que es muy poca cosa? Tal vez. Pero, como decía Xenius, para saber pensar hay

que saber detenerse a tiempo. Más allá yo no veo claro.

FINAL

Parvo es, pues, el substratum que en este caso alcanza alcurnia universal. Sin embargo, ello no debe inquietarnos. Como éstos son escasos los frutos de otras tentativas similares. En filosofía, paradójicamente, por una inversión de valores que tan bien explica el carácter desinteresado y austero de casi todos sus adeptos, el copioso botín suele ser claro signo de inepticia. Filósofo excelsos millonario de principios no conozco ninguno.

¿Tiene noticia el lector de la filosofía del derecho? ¿Ha caído en sus manos alguna vez un tratado sobre la materia? Por si lo ignora, debo advertirle que cualquiera de ellos—Vanni, Miraglia, Kathrein—pasa de las trescientas páginas. Pues bien: el único conocimiento con valor universal, es decir, el único conocimiento rigurosamente filosófico allí adquirible es la noción de la forma del derecho, que Stammler, por ejemplo, define de esta manera: una voluntad ligante, autárquica e inviolable. A seis palabras se reduce el caudal filosófico de trescientas páginas.

Esta división en materias susceptibles e insusceptibles de entregar un conocimiento con validez universal no es, como acaba de verse, invención mía.

Filosóficamente constituye un lugar común. El más primario deber de probidad intelectual me obligaba a advertir, desde un comienzo, que el tópico de esta indagación no es de aquellos con aptitud para regalarlos, al cabo de un largo desvelo, con la certeza, la seguridad, la infinita clarividencia y el inefable sosiego que engendran los conocimientos filosóficos.

Pero así como junto con lo que es invariable e incondicional investigan los filósofos del derecho las materias más generales, mutables y condicionadas—objeto, contenido, sujeto, relación jurídica, derechos subjetivos, etc.—, después de establecidas las características criollas universales corresponde escudriñar los otros problemas genéricos, que se eliminaron de aquel estudio por ser relativos y revocables. Y habiendo dedicado un libro a lo primero, estoy en la necesidad lógica de investigar lo segundo.

ICE CREAM SODA

Se ponen en un vaso de refresco tres cuartas partes de soda helada, mezclada ya sea con grape juice o cualquier refresco: grosella, guinda, granadina, etc. Se agrega crema de vainilla helada, hasta llenarlo, y si se quiere puede agregársele un poco de kirsh, curacao o cualquier licor: Debe servirse bien helado.



Por que Es Necesaria Una Penetrante Espuma Para Limpiar Los Dientes Completamente

La diferencia entre la Crema Dentífrica Colgate y los dentífricos ordinarios reside en la original y activa espuma que despierta Colgate, el instante que es cepillado sobre los dientes.

Esta resplandeciente espuma no sólo contiene un ingrediente que hace brillar los dientes... ¡hace mucho más! Posee una notable propiedad llamada "tensión superficial" baja que la permite llegar hasta las más pequeñas y profundas hendiduras e intersticios de los dientes y las encías. Allí ablanda y desaloja las partículas de alimentos e impurezas causantes de la caries... Levándoselas en una espumosa y detergente ola de limpieza.



La activa espuma de Colgate penetra en todas las pequeñas hendiduras, llevándose las impurezas y residuos de estos lugares donde el cepillo no alcanza a limpiar.

La razón porque Colgate actúa de esta manera es porque contiene el ingrediente limpiador más eficaz que se conoce. Este ingrediente hace la famosa espuma Colgate, cuya acción se describe arriba, y es la presencia de este especial ingrediente que hace que Colgate limpie mejor, más económicamente... distinto en acción y resultados de los dentífricos ordinarios que sólo lustran la superficie de los dientes.

Más personas usan Colgate que cualquier otro dentífrico. Esta superioridad se ha mantenido durante 25 años... prueba positiva de que Colgate brinda ese grado superior de limpieza que la gente prefiere.

Más económico, también... El tubo de Colgate de \$ 1.20 contiene más pasta dentífrica que cualquier otra marca conocida de ese precio. Esto

es debido a su gran venta, porque, como usted sabe, la producción en gran escala significa economía.

Note usted como la Crema Dentífrica Colgate limpia donde el cepillo no alcanza a limpiar.

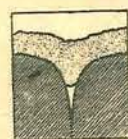
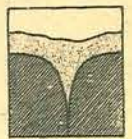


Diagrama ampliado de los intersticios de los dientes. Los dentífricos ordinarios con "tensión superficial" alta dejan de penetrar en el sitio donde comienza generalmente la caries.



Este diagrama demuestra como la espuma eficaz de la Crema Dentífrica Colgate, con "tensión superficial" baja penetra en los más pequeños intersticios, donde el cepillo no alcanza a limpiar.

Colgate Palmolive Peet Lda. S. A. Ind., Santiago del Estero 1997, Buenos Aires. **GRATIS**

Sirvanse enviarme un tubo de muestra de Colgate.

Nombre

Calle y No

Localidad Prov.

(Escriba claro) N.

CREMA DENTÍFRICA COLGATE

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



1: Modelo de Marcel Rochas, en satén blanco.—2: Vestido de Worth, en chiffon con diseños en relieve en terciopelo; cuerpo bordado en cristal.—3: Tapado de Paquin, en terciopelo blanco plegado, adornado con armiño.—4: "Brocatelle" de Patou, en satén blanco

LA MODA NUEVA. SE ADOPTA PARA LA NOCHE LA NUEVA LINEA Por EVA A. TINGEY

LA moda nueva es una colaboración entre los modistas y las elegantes. Cuando la inician las primeras insinuaciones de los modistas, pronto se sabe si fracasará su intento o tendrá todo éxito.

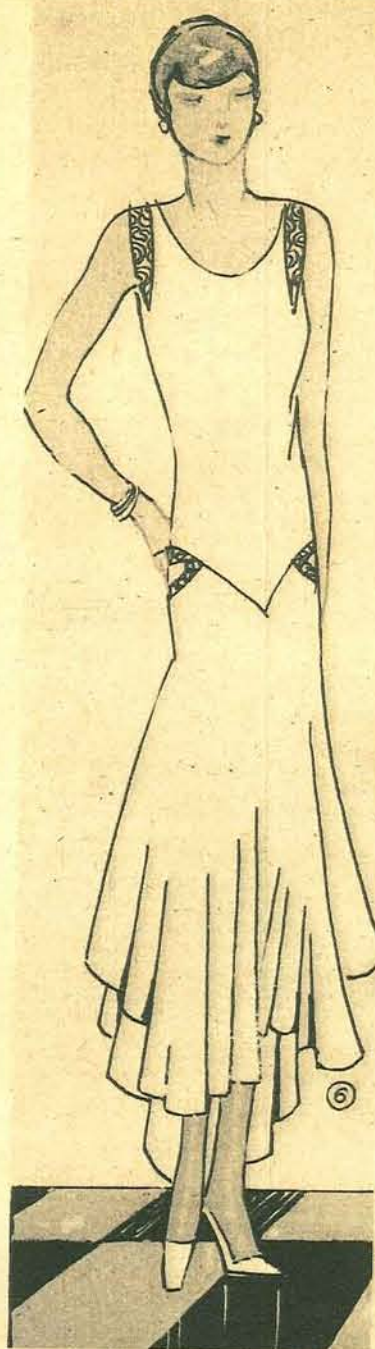
Esta vez la nueva línea parece haber triunfado definitivamente para la noche; y en la tarde ha llegado a un punto intermediario que da la nota

justa, pues este traje es bastante difícil de llevar y de componer, dada la clase de vida que hoy llevamos. Será elegante sin ser por demás "habillée", de corte cuidado sin complicaciones y no debe recordar ni el traje recto de mañana ni el vestido largo de noche. Su ruedo irregular se dejará ver más abajo del ruedo del tapado, razón por la cual tendrá que concordar con éste. Tanto el gran vestido de noche como los más sencillos han dejado de lado los "panneaux" y los ruedos irregulares, artificios empleados para llegar a la transición entre el traje corto y el largo, adoptando definitivamente el vestido que cubre las piernas completamente. Las últimas colecciones nos ofrecen trajes de noche de línea nueva; una silueta graciosa y femenina muy alargada, aunque perfectamente proporcionada y elegante. Ya no sigue la línea del cuerpo absolutamente, como en el traje

forma princesa. Si el cuerpo es ablusado, el vuelo de la falda empieza muy bajo para marcar las caderas. Si por lo contrario, el cuerpo es ajustado, el vuelo comienza casi en seguida de la línea del talle alto. La cintura suele disimularse a veces con un bolero o un volado, dejándose ver sólo en la delantera. La falda se ensancha por medio de piezas en forma godets altos y tablonos sin planchar. Se ven muchos vestidos negros en "mousseline de soie" con volados. Las telas que más se ven en estas colecciones son el satén mate y tieso, el crêpe de Chine grueso, crêpe Romain o georgette en colores claros y delicados, como rosa carne, azul turquesa o verde agua.

El traje muy largo exige un escote bajo en la espalda para dar equilibrio a la silueta.

La línea del cuello es más ancha y las "bretelles" están a mayor distancia una de la otra que en la estación pasada. "Chez



Modelo de Philippe y Gastón, en muaré rosa con religiosa de tul. Adorno de flores en cinta rosa "degradé"



Modelo de Agnes, en terciopelo rubí adornado con piedras en el tono

Chanel" son muy estrechas y se colocan en la unión del brazo y del hombro.

El cuerpo ajustado necesita, al parecer, que las tiras de los hombros salgan del cuerpo mismo, cortadas con éste.

Algunos escotes llevan un volado, una capa corta o tiras que caen desde los hombros. Es tanto el éxito de los conjuntos de noche, que en teatros y casinos es raro ver un traje sin su tapado correspondiente. Entre éstos me llamaron la atención uno en terciopelo verde oscuro, con falda muy larga en cin-

co volados; el tapado tres cuartos era recto y escueto con borde de visón. Los zapatos eran en la misma tela, en forma escotada. Otro de Patou, en chiffon verde "imprimé" con rosas rosadas muy pálidas, con tapado muy largo atrás, terminado en punta, en terciopelo verde, con borde de piel de marta o sus derivados; un vestido muy largo de Vionnet en satén color marfil se completaba con un tapado tres cuartos en el mismo satén. Basta con estos tres para dar una idea de la absoluta preponderancia del vestido largo.

LOS SOMBREROS NUEVOS "CHEZ" REBOUX Y AGNES



Modelo de Reboux, "une tache d'éméraude" en taupé negro planchado imitando hojas; adorno de jade



Modelo de Reboux, Jean Pierre, en fieltro verde planchado, a cuadros. Adorno de jade

ENTRE las novedades que exhibe Reboux hay un modelo en un fieltro de fantasía, una especie de toupé planchado de manera de formar un diseño como hojas. Esto se corta alrededor de la cara irregularmente y recortado de vez en cuando para dejar entrever el reverso de satén verde; llama a este modelo "La mancha esmeralda". El otro que ha tenido bastante éxito es en fieltro planchado, a cuadros. Uno en verde tiene un doblez en la parte superior, por la que pasa un adorno imitando el jade. Otros son negros con adorno blanco, para completar conjuntos blancos y negros. Este se llama Jean Pierre y lo he visto en negro, verde oscuro, marrón y beige.

Reboux tiene muchos sombreros dobles, uno ajustado a la cabeza y el otro en fieltro o terciopelo drapé. Algunas veces el gorro ajustado tiene cortes excéntricos sobre la frente. Un modelo bastante aceptado es en fieltro negro y terciopelo coral. Otro modelo muy interesante es en azul y marrón oscuro. El terciopelo azul se coloca como una franja que cruza la frente, con un velo corto de tul sobre los ojos; la parte de atrás es en fieltro marrón, recortado a los lados, pero dado vuelta, de modo que ofrezca un borde doble bastante grueso.

Tiene varios juegos de sombrero, cartera y corbata. Uno de los más bonitos es en ter-

ciopelo rayado "corduroy", en dos tonos: marrón y beige o negro y blanco. Mme. Martínez de Hoz tiene esta última combinación. Un turbante y un echarpe corto terminado en punta, a rayas blancas y negras, completan el conjunto, con un tapado, negro de Vionnet, con cinturón alto y guantes blancos. Otro juego consiste en una boina en marrón cálido y echarpe en kasha en marrón, rojo oxidado y marrón dorado, en triángulos; la cartera en kasha engomado en dos tonos de marrón. Otra es en tiras de fieltro trenzado marrón, beige y crema, con sombrero en fieltro marrón adornado con las tiras trenzadas. Hay muchos conjuntos en marrón y rojo. Reboux

tiene también muchos collares nuevos con originales combinaciones de piedras y colores.

Agnes compone sus modelos más nuevos en crochet y tricot. Tiene un modelo bastante original con capita para sport de invierno tejido en lana jaspeada "chiné", y puede usarse de mil maneras. Emplea franjas de tela de pluma de avestruz en tonos suaves de gris o beige y marrón y algunos blancos coloreados. Tiene un modelo en seda tejida blanca y negra que parece hecho en cordonné, con el ala dada vuelta adelante, larga a los lados y atrás, con las partes blancas colocadas una a un lado adelante y la otra muy baja detrás, en el costado opuesto.

TONIFIQUESE
y combata así la
ANEMIA - DEBILIDAD GENERAL

Tome unas dosis diarias del más afamado de los tónicos: Kola Cardinette. El que más recetan los médicos

Tonifica y Sostenta.

Kola Cardinette

The Palisade Mfg Co. — Yonkers, New York, E. U. A.



FIGURAS DEL AMBIENTE Macedonio Fernández

Un viajero que no regresó del país del ensueño

Por César Porcio

na con su sonrisa un largo crédito a mi favor, yo arriesgo toda mi intimidad en una pregunta.

—Me pide Vd. que le cuente una "aventura pintoresca" de mi vida—dice—. Le contaré la más estupenda de todas: la que tuve con el azar. Yo estaba por aquel entonces en Mar del Plata, abocado a un doble problema de veraneo y de ruleta. Parado largas horas ante la distraída indiferencia del "croupier", descubrí un sistema que me abría para siempre las seguridades de la fortuna. Convencido que el azar no se podía prever, traté de corregirlo, como si fuera un chico malcriado. El secreto consistía en ir modificando las puestas, hasta encontrar en las "chances" desfavorables la posibilidad de perder menos que en las que ganaríamos. La combinación no era mala, y yo—bueno es que se lo confiese—estaba bastante orgulloso de ella. Pero figúrese cuál no sería mi sorpresa al descubrir un día que ¡doscientos años antes! ya me la había plagiado D'Alembert...

—Es que es inútil —añade Macedonio con otra sonrisa—; hemos llegado a una época en que uno ya no se puede fiar de la gente ilustre del pasado. Porque es bueno que le aclare que en otra oportunidad me ocurrió también lo mismo. Después de largas meditaciones, yo había llegado a la conclusión de que el sueño es un correlativo fisiológico de la alteración astronómica de la noche y del día; de manera que si nunca se hubiera puesto el sol, al primer hombre le hubiera resultado tarea bastante difícil el encontrar una hora para dormir. Leyendo mucho tiempo más tarde "Fisiología del gusto", de Brillat-Savarin, tuve el desagrado de encontrar allí mi idea exactamente expresada. Después de eso, ¡como para creer en la probabilidad de la gente que ha pasado a la Historia!

—Me han dicho—le interrumpo—que Vd. ha negado la terapéutica. ¿Es verdad eso, Macedonio?

—La terapéutica es el hilo más delgado que hay en el mundo de la esperanza —me responde—. Disciplina esmirriada, abortada tentativa antibiológica, ella nunca ha encontrado nada que corrija y frustre las consecuencias de nuestras infracciones higiénicas. Lo único que cura la terapéutica es la sensación popular de lo mucho que se estudia el organismo humano y de lo poco que se consigue para medicar. Este contraste entusiasmo a los pacientes demasiado imaginativos, que están en excelentes condiciones para ser curados por su propia fantasía. La última grande es que los médicos se empeñen en administrarles remedios cuando están, precisamente, en tan delicadas condiciones de salud para resistirlos...

—Por culpa de la juventud artística de Buenos Aires, que conocí hace cuatro años—prosigue Macedonio Fernández, respondiendo a una pregunta mía—, estoy abismado en un arduo problema de estética. Me desvalijaron, por aquel entonces, con tanta prolijidad e inmenso provecho de mi estética pasatista, que hasta la fecha no he podido recuperar una ignorancia igual... Tanteando en el vacío, estoy ensayando, sin embargo, la técnica de una nueva novela. Para construirla, no quiero especular con esas "imágenes vividas" o "fuertemente pensadas", que constituyen el natural acervo román-

tico del lector y que invariablemente usufructúa el novelista. En literatura, este procedimiento me parece casi tan deshonesto como esas invitaciones de picnics, que debajo del precio de la entrada llevan escrita la indicación de que cada comensal tiene que llevarse el almuerzo... Mi novela será una novela de "presente absoluto" en cuanto a su afectividad. Para no especular con el romanticismo inherente a los hechos acaecidos—ya dijo Ortega y Gasset antes que yo que romanticismo es nostalgia—, no relataré sucesos pasados, sino acontecimientos que "pueden pasar". Un epílogo poemático de cuatro o cinco páginas a lo sumo me servirá para cerrar la narración...

—Ahora, Macedonio, aunque la pregunta le parezca un poco rara, ¿qué puede decirme usted mismo sobre "No toda es vigilia la de los ojos abiertos"?

—Si yo tuviera que escribir su reportaje—me contesta Macedonio—, encabezaría mi respuesta con este subtítulo: "De cómo, a veces, resulta inútil escribir un libro de metafísica para encontrar la explicación del mundo". Porque esto es, cabalmente, lo que me ha ocurrido a mí. Buscando la explicación del misterio del mundo, mi libro me acercó a la personalidad de mayor poder mental y de más gracia sentimental que he conocido en mi vida. Sin proponérselo, me abrió las puertas de "un mundo nuevo", con lo cual la explicación del mundo viejo, perseguida afanosamente a través de sus trescientas páginas, me resulta ahora perfectamente innecesaria...

Y cuando ya en la calle, los dos nos encontramos de nuevo frente a la ciudad y a la vida, retornando a su país imaginario, Macedonio agrega:

—No le parece que hay algo turbiamente sensorial en la música de orquesta? ¿No cree usted en la posibilidad de una "música pura", sin compás y sin esas apoteosis marciales que han malogrado más de una página de Beethoven?

MAY dos clases de aventuras: las que se viven en el mundo real y las que se sufren en el país del ensueño. Circunscripto a todas las posibilidades de su azar, el hombre de acción no se expone nunca demasiado cuando se lanza en busca de lo desconocido. El panorama natural, cordial siempre con los viajeros audaces, no tiene, al final de su horizonte, más reposo que el de la muerte. Torturado de inquietud, el país del ensueño guarda todas las sorpresas de lo imprevisto. Inexorables para las esperanzas que nos humanizan, las aventuras que se viven en el país del ensueño destruyen para siempre esa gravitación normal a la que hace muchísimos siglos se está aferrando la vida. Ausente para todas las dimensiones, el país del ensueño no conoce los "small talk" de los sucesos cotidianos. Penetrar en él es abandonar, sin ninguna posibilidad de retorno, la cordial hospitalidad de esos "temas indiferentes" que nos sirven de jaloneo frente a la latitud incambiable del mundo real. Viajero arriesgado, Heráclito no regresó nunca más a la vida después de ese viaje maravilloso a la "realidad inaprensible" que pasaba cada segundo ante sus ojos. Menos afortunado que él en la angustiosa búsqueda de "su" panorama, Berkeley perdió para siempre su "humanidad" en ese "mundo aparamental" que llenó toda su vida de fantasmas.

Desnudo frente a esa vida emocional que nos sirve de pernio hasta la muerte, Macedonio Fernández ha tenido también el supremo valor de vivir la liminal aventura de su ensueño. A costa de todas las situaciones de fortuna, abandonando la cariñosa cordialidad de sus ideales "humanos", hace más de veinte años Macedonio Fernández emprendió un largo viaje del cual no ha regresado todavía. Inconmovible para sus exploradores audaces, el país del ensueño no devuelve nunca a los que alguna vez se aventuraron por el dilatado horizonte de sus posibilidades. Gastado para la vida que comienza en la calle, inactual para el mundo de los sucesos cotidianos, en Macedonio Fernández hay un viajero sin probabilidades de retención para el determinismo humano que la vida necesita vivir. Angustiado como Verlaine o Dostoiévski por su propia complejidad, él puede, también, erguirse "ante el mundo que pasa" para pedirle, como una limosna, un poco de simplicidad; de esa "bendita simplicidad" que ahora, en plena calle, frente a la vida que no lo roza, él tampoco alcanza a recoger...

—La Psicología me ha apasionado siempre—me dice—. A esta ciencia—y aquí tengo que pedir disculpas a Schopenhauer, su negador más enconado—le debo las mayores satisfacciones de mi vida. Una noche en que mi "Yo" cerebral se había dormido por completo, mi subconsciente me dió el cabo inicial de un gran descubrimiento. Al despertarme después de un largo ensueño, no pude precisar con exactitud si las imágenes con las cuales había trabajado mi subconsciente eran auditivas o visuales. No sabía—y todavía no lo sé—si había soñado con una página de novela o con un trozo de "Maestros cantores", de Wagner. No había, en consecuencia, "estados sensoriales puros", como sostenían William James y la mayoría de los psicólogos de aquel tiempo, sino "simples referencias a los órganos de percepción". En una palabra, comprobé que las sensaciones no tenían "especificidad". "Una sensación pura de sabor no se distingue por sí misma como sabor", como erróneamente afirmaba Rousseau; la vaguedad de la localización sensorial que arrojaba el análisis consciente de mi ensueño me había demostrado con holgura que las sensaciones no son "estados puros en sí", sino simples referencias a los órganos de percepción. Percibimos una sensación de sabor sólo por su incidencia en los órganos del gusto... En una larga carta comuniqué mis conclusiones y el origen de mi descubrimiento al gran psicólogo americano. Me contestó diciéndome que insistiera en percibir la variedad de las sensaciones, prolongando su percepción en los órganos sensoriales. Así lo hice, pero a pesar de distinguir con toda nitidez los estados afectivos del ensueño, no pude precisar—ni lo he logrado nunca después—si las sensaciones que los acompañaban eran auditivas o visuales...

Macedonio Fernández, humorista y filósofo, autor de los originales libros "No toda es vigilia la de los ojos abiertos" y "Papeles de Recienvenido"

y difícil. Sólo frente a la realidad de las cosas, abandonado en la desolada permanencia de un mundo sin respuestas, sufrí diez largos años en silencio. Torturado por la duda, busqué desesperadamente la salida en aquel laberinto sin luces en el que había encerrado mi vida. Pero sólo encontré, incommovible y eterna, la angustia de mi soledad... Desde entonces vivo sólo conmigo mismo y el pensamiento—un pensamiento mal mandado y desobediente—me ha quedado como único vicio de mi desamparo...

Yo lo interrumpo. Frente a los ojos lejanos de Macedonio Fernández pongo un poco de "realidad humana". Le pregunto cómo empezó su correspondencia con William James.

—La Psicología me ha apasionado siempre—me dice—. A esta ciencia—y aquí tengo que pedir disculpas a Schopenhauer, su negador más enconado—le debo las mayores satisfacciones de mi vida. Una noche en que mi "Yo" cerebral se había dormido por completo, mi subconsciente me dió el cabo inicial de un gran descubrimiento. Al despertarme después de un largo ensueño, no pude precisar con exactitud si las imágenes con las cuales había trabajado mi subconsciente eran auditivas o visuales. No sabía—y todavía no lo sé—si había soñado con una página de novela o con un trozo de "Maestros cantores", de Wagner. No había, en consecuencia, "estados sensoriales puros", como sostenían William James y la mayoría de los psicólogos de aquel tiempo, sino "simples referencias a los órganos de percepción". En una palabra, comprobé que las sensaciones no tenían "especificidad". "Una sensación pura de sabor no se distingue por sí misma como sabor", como erróneamente afirmaba Rousseau; la vaguedad de la localización sensorial que arrojaba el análisis consciente de mi ensueño me había demostrado con holgura que las sensaciones no son "estados puros en sí", sino simples referencias a los órganos de percepción. Percibimos una sensación de sabor sólo por su incidencia en los órganos del gusto... En una larga carta comuniqué mis conclusiones y el origen de mi descubrimiento al gran psicólogo americano. Me contestó diciéndome que insistiera en percibir la variedad de las sensaciones, prolongando su percepción en los órganos sensoriales. Así lo hice, pero a pesar de distinguir con toda nitidez los estados afectivos del ensueño, no pude precisar—ni lo he logrado nunca después—si las sensaciones que los acompañaban eran auditivas o visuales...

Mientras Macedonio sancio-



La MEDIA PARIS
—que menos dura
aun DURA EL
DOBLE que una
media común—

del mismo precio y
de igual aspecto.

AGREGUE a ello que cada media París es una creación de elegancia—para el hombre moderno— para gustos modernos— y para las orientaciones del vestir: y sabrá por qué...

millares de hombres prefieren las medias París.

VENTA AL DETALLE:
En las principales casas del
rámbo de toda la República.

PARIS

MEDIAS DE CALIDAD
para señoras, caballeros y niños.

Fabricantes:

N. MUÑOZ SAUCA Y SALZMANN

Distribuidores LOPEZ GOYA & Cia. — Alsina 1273
al por mayor: STAUDT & Cia. S. A. C.—B. de Irigoyen 330

Buenos Aires

LA CELEBRACION DEL AÑO NUEVO EN ORIENTE

PARA nosotros, el Año Nuevo significa buenas resoluciones, un correo cargado de regalos, ponches y pasas en aguardiente en cantidades ilimitadas, y la oportunidad de pasar una noche divertida.

Mas para el Oriente primitivo significa que la tierra se revuelve en medio de su sueño invernal, sintiendo las primeras agitaciones en sus entrañas. Y en consecuencia, hacia la mitad del invierno los adoradores de la tierra, desde Rhodope a Cambodia, celebran la promesa de la primavera con bailes que simbolizan la resurrección de la naturaleza.

En la víspera de Año Nuevo, en las montañas de Tracia, los campesinos abandonan sus granjas herméticamente selladas, donde viven durante los meses en que nieva, para trasladarse a una meseta cubierta por la escarcha y alumbrada por la luz de las estrellas. Durante la extraña ceremonia que realizan usan máscaras y se cambian sus vestidos a intervalos; bailan al son de flautas y realizan movimientos que sugieren los actos de cavar la tierra, de la siega, del nacimiento, el matrimonio y la fecundidad. La ceremonia debe tener su origen en las fiestas de Baco, porque la danza termina en una especie de bacanal, pero los campesinos se muestran solemnes, aun cuando la flauta de Pan es tocada con más violencia, porque hallan convencidos de que lo que cosecharán más tarde depende de la sinceridad con que organizan la representación. A pesar del frío, el sudor empapa

sus frentes, e imitan al agricultor y al novio con un vigor que nace de su propia superstición, y no emprenden el regreso a sus hogares hasta que se pone la luna o se empalidece el brillo de las estrellas al llegar el alba.

En los templos de Cambodia, ya sea donde Angkor Watt fué rescatado por Francia de la selva primitiva, o en un altar olvidado, donde las serpientes de piedra se desmoronan bajo el peso de las plantas trepadoras, una danza simbólica anuncia las oportunidades y la responsabilidad de los espíritus de la tierra en el Año Nuevo. Los bailarines de los templos se cubren la cara con una capa de cal que adquiere la rigidez de una máscara. Los hombres y las mujeres lucen las mismas ropas de colores vivos, formadas con una tela que se colocan como un "kilt" escocés, o que hacen pasar por entre las piernas para formar una especie de bombacha, con corpiños angulares y ornamentos en la cabeza, que se parecen a los altares frente a los cuales se realizan las ceremonias.

El arte de la danza en Siam y en la Cochinchina consiste en posturas delicadas, y desde su niñez los bailarines cultivan una esbeltez exagerada, simbolizando los antiguos sacrificios de la tierra al sol. Contra un fondo de piedra de edad inmemorial representan la comedia de las estaciones: la primavera, nacida de los restos del invierno, las caricias a que la someten las manos calientes del verano, la forma en que se marchita bajo el peso del otoño, con su acompañamiento de enfermedades, y, finalmente, su entierro en otro invierno.

Por ROSITA FORBES

(Para LA NACION)
LONDRES, diciembre de 1929.



Rosita Forbes, la famosa exploradora y novelista inglesa

En algunas partes de la China, bajo los portales de los templos guardados por dragones, dedicados a un credo más reciente, se acora todavía a Ki, el espíritu de la tierra. Aquí,

en Gran Bretaña, vemos figuras de ese espíritu, con el cuerpo y la cola de un perro, las pesuñas de una vaca, las alas de un ave, una cara humana, a veces con bigote, y los cuernos de la abundancia. En la China es un ser misterioso y terrible, al que debe ofrecerse en todo tiempo arroz, que es el producto principal de la tierra.

En la China se confunde fácilmente una fe con otra. Cierta vez observé la ceremonia de media noche, en la que los sacerdotes de cierto monasterio esotérico prueban el poder de la mente sobre el cuerpo empapando sábanas en las aguas de un lago helado y secándolas por el calor que despierta su propia carne, mientras permanecen desnudos, de pie o sentados sobre la nieve. El joven que fué sometido a esta prueba, que en realidad constituye un examen para pasar a un círculo o grado más alto, alcanzó el mayor éxito en la empresa, pues secó siete sábanas una tras otra, aunque la temperatura estaba bajo cero, y era necesario romper la superficie del hielo para colocar la sábana en las aguas de un estanque. En su viaje de regreso al monasterio, el joven se detuvo junto al árbol donde los campesinos estaban colocando sus ofertas al espíritu de la tierra, y arrancando una tira de la sábana que acababa de secar con su cuerpo, la dejó como una ofrenda a Ki.

En el Sahara, el Año Nuevo es una época llena de magia. Si un muchacho o muchacha virgen ha sido enterrado durante la primera luna del primer año musulmán, que desde la égriga ha sido lunar, ciertas tribus creen que él o ella puede elevarse de la tumba por medio de encantamientos más antiguos que el islamismo, para contestar a las preguntas de sus familiares o compañeros. La explicación de esto consiste en que el joven o la joven no ha hecho nada por su tribu al no dar ni una sola vida en cambio de la propia. Y se cree que en el primer año la tierra se resiste a retener todo lo que

es estéril, y que, aunque sólo sea por algunos minutos, el cuerpo virgen sale de la tumba, mientras que el espíritu se mantiene cerca, abrumado por una responsabilidad que no ha cumplido. Esta es una creencia común del territorio, hasta Kufra y Thibesti, en el límite sur, donde las brujas, de quienes se cree que son más sabias que el Ulema del islamismo convencional, practican el rito siempre que las condiciones se lo permitan. En el Africa primitiva hay encantamientos especiales para el primer mes lunar del año musulmán, cuando los espíritus de la tierra se muestran particularmente activos, y en vísperas de Año Nuevo ninguna caravana acampa cerca de un cementerio, ni en la Abisinia cristiana.

El copto de Semyen y Lasta, convertido en el siglo IV del judaísmo que fué impuesto a su idolatría de tres mil años por Menelik, hijo de Salomón y de la reina de Saba, primer emperador judío de la Etiopía, confunde los principios de los tres credos en sus ritos de Año Nuevo. Al alba suele observar la procesión de las Tablas de Moisés desde alguna iglesia octogonal de madera, enterrada entre sus montañas casi impenetrables; pero, al caer el sol, practicará un rito de una fe más antigua, degollando algún animal salvaje sobre una piedra dedicada a la adoración de Baal, el dios del sol, y con la luna en cuarto creciente subirá a la tierra alta más cercana, desafiando la inútil amenaza de excomunión del cura local que combate el paganismo durante la celebración del Año Nuevo. Allí se despoja del "mateb", o cordón rojo que cada abisinio cristiano ha usado desde los tiempos del obispo Frumencio, y desnudo de medio cuerpo arriba, y con los puños levantados y llenos de tierra, baila en honor de la fe más antigua que ha conocido el hombre, la adoración de la tierra y de sus promesas, hechas en la víspera de Año Nuevo y cumplidas fielmente en cada primavera.

BRIDGE PLAFOND - ELIMINACION POR SIN TRIUNFO

Por LEON CASABAL



N mi exposición anterior he tratado la declaración de Sin Triunfo a raíz de la inicial de un palo. Estudiaré hoy el caso a la inversa: la eliminación del Sin Triunfo por una declaración a un palo.

La declaración de un triunfo sobre una de Sin Triunfo del compañero puede tener tres objetivos o razones que lo justifiquen, a saber:

1o. Entendiendo que con su mano el declarante no podrá nunca cumplir su contrato de Sin Triunfo, el compañero se resuelve por declarar un palo en la intención de impedir o reducir las pérdidas al mínimo.

2o. Virar hacia una declaración con la que habrá más probabilidades de ganar el "game" por razón de una fuerza excepcional o por el motivo especial del estado del "score".

3o. Para proporcionarle al compañero la ocasión de que conozca la existencia de una fuerza y resuelva entre insistir con su Sin Triunfo o aumentar la declaración que acaba de conocer o dejar las cosas como están.

El remate, el juego conversado tiene más importancia en el Plafond que en el Auction. Casi nunca conviene callarle al compañero, dejando la última palabra al contrario, sin haber llegado al contrato máximo necesario.

La indicación oportuna y justificada, debe resultar preciosa para un buen compañero que sepa interpretar con serenidad. Veamos todo lo que puede decir un compañero que se permite cambiarnos una declaración de Sin Triunfo. Supongamos el "score" cero a cero (cuentas según el sistema Work).

Sin Triunfos rematados	Declaración del compañero	El compañero demuestra que tiene
Uno	Dos Sin Triunfo	Nueve, diez u once puntos
Uno	Tres Sin Triunfo	12, 13, 14 ó 15 puntos
Uno	Dos a palo noble (pique o corazón)	Cinco cartas a pique o corazón. Fuerza moderada que no espera un aumento de la declaración.
Uno	Tres a palo noble	Cinco cartas de palo, noble. Doce puntos a los fines del Sin Triunfo. Se da la opción entre la declaración de tres Sin Triunfo a cuatro al palo declarado.
Uno	Cuatro a palo noble	Fuerza superior, de no menos de seis cartas
Uno	Dos de palo pobre	Cinco cartas en diamante o trébol por dos honores mayores, sin ningún otro honor útil en los otros palos
Uno	Tres de palo pobre	Palo largo y no siempre fuerte
Uno	Cuatro de palo pobre	Quiere decir K-Q encabezando un palo muy largo, capaz de ganar el "game". Niega por lo general el As del palo.
Uno	Cinco de palo pobre	"Game" asegurado
Dos	Tres Sin Triunfos	Seis o Doce puntos inclusive
Dos	Tres de palo noble	Palo largo, probablemente seis cartas, pero débil. Cuenta menos de seis puntos en total.
Dos	Cuatro de palo noble	Palo largo y fuerte de seis cartas. Si sólo hubiera cinco probablemente cuatro honores
Dos	Tres de palo pobre	Seis cartas y juego débil
Dos	Cuatro de palo pobre	Demuestra palo muy largo con uno o dos honores mayores. Niega el As del palo rematado
Dos	Cinco de palo pobre	"Game" asegurado
Tres	Cuatro de palo noble	Seis cartas. Juego débil
Tres	Cuatro de palo pobre	Q-J. excesivamente largo sin recursos laterales
Tres	Cinco de palo pobre	"Game" asegurado



Impalpables, adherentes, invisibles. Matizan y refrescan el cutis. Huelen a jardín.



Use usted

POLVOS TRINI

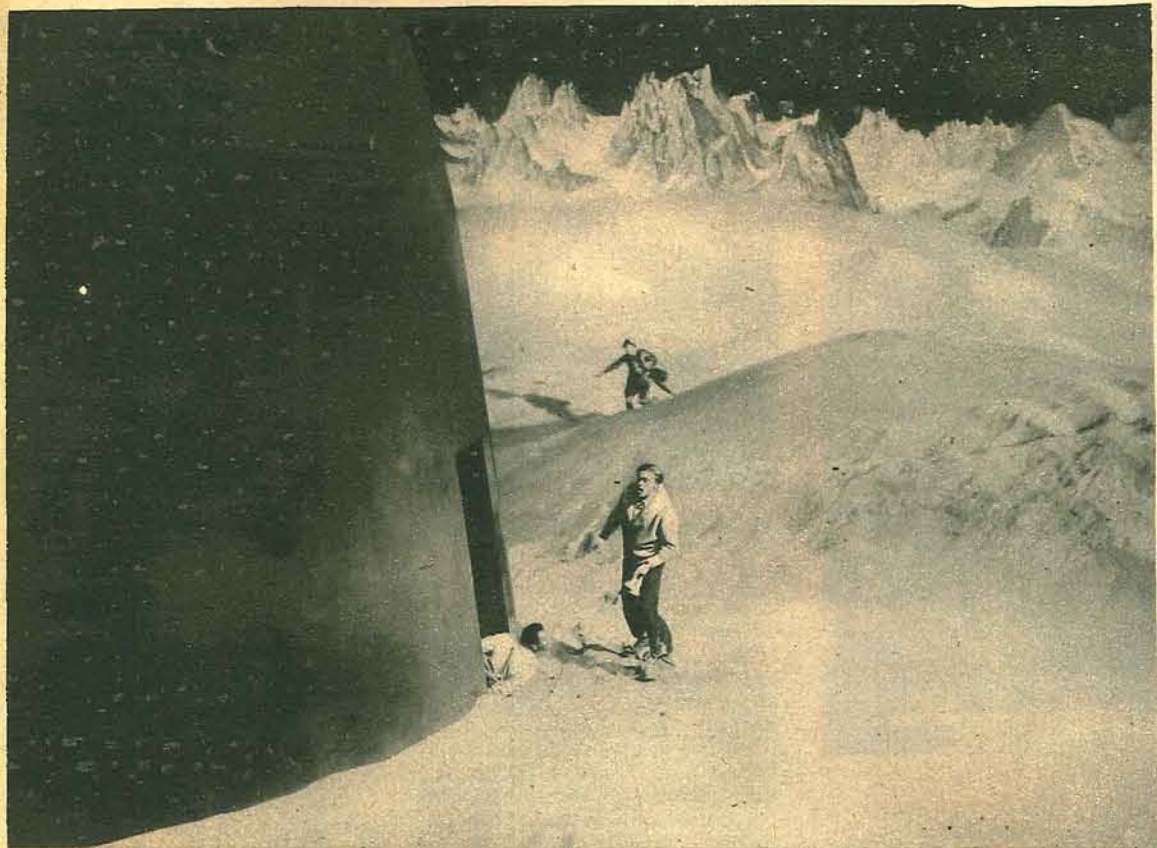
del tono que prefiera.

PERFUMERÍA GAL

MADRID - BUENOS AIRES
LONDON - NEW YORK

CAJA
\$2

CORREO DEL CINE



EL HOLLYWOOD ALEMAN LA CIUDAD TALLER DE LA "UFA" EN NEUBABELSBERG Por GEORG BIESENTHAL

Willy Frisch en una escena de la última producción de Fritz Lang que actualmente constituye uno de los acontecimientos más destacados en toda Europa "LA MUJER EN LA LUNA" y que aquí conoceremos en la temporada próxima

truidos para la película "Pedro el Corsario" han sido convertidos en plaza de toros. Para la producción de películas culturales existen en Neubabelsberg tres estaciones biológicas. Cuatro talleres de menores dimensiones sirven de elemento auxiliar para los trabajos que se llevan a cabo en el gran pabellón de toma de vistas a que nos hemos ya referido, y que con su superficie de 8000 metros cuadrados, sus "camerinos", cuartos de baño, peluquerías y demás servicios complementarios, es el taller más vasto, más moderno y más completamente equipado de Europa. En él se ruedan durante el año más de 1.250.000 metros de negativos, y para el depósito de las películas durante la producción cuenta Neubabelsberg con una serie de almacenes subterráneos acorazados con objeto de evitar todo peligro de incendio.

El aparato de proyecciones lanza sus haces de luz contra la pantalla. En el curso de pocos minutos, de algunos segundos a veces, desfilan ante el espectador escenas, imágenes que representan semanas y meses de trabajo. Un día se trataba de impresionar la huida de un perseguido a través de un pantano cenagoso. El administrador del material declaró al realizador que no disponía de lodo en cantidades suficientes ni tenía manera de fabricarlo. Durante dos semanas se trabajó en Neubabelsberg, bajo la dirección de dos peritos químicos, al efecto de crear un pantano cenagoso artificial que diera, registrado por el objetivo, la ilusión exacta de la realidad. El mismo perseguido—personaje importante de la película "La mujer en la Luna"—tuvo que aparecer en una escena con larga cabellera y barba inculta. Para ello fue contratado un seis meses de anticipación y durante medio año permaneció confinado en Neubabelsberg sin otro trabajo que dejar crecer pelo y barba según sus naturales impulsos. No todo es artificial—como puede verse—, ni todo son pelucas en la pantalla.

De la visita a los almacenes de material y al guardarropa de Neubabelsberg se sale con una impresión de anonadamiento. Es una inmensa tienda de antigüedades y ropas viejas. Hay en ella de todo, pero se encuentra todo en seguida, y en esto se distingue de una tienda de antigüedades. En la sección de peluquería hay pelucas para uniformar a dos regimientos de la época de Federico el Grande, y en la sección de zapatería encontramos desde el más delicado escaquin de baile a la más grosera bota de minero, y de todo ello los pares a cientos de docenas. Sombreros a millares, para ambos sexos y según la

moda de todos los países. Con los 11.000 objetos del guardarropa podrían instalarse 400 apartamentos en todos los estilos imaginables, desde el de los Nibelungos hasta el del más atrevido modernismo. Muebles de estilo Renacimiento y de estilo barroco, y también del estilo preferido por la señora que en el piso tercero alquila piezas amuebladas. Gran variedad de alfombras, turcas, persas, chinas y también de menor precio. Dos instalaciones completas para cafés de grandes dimensiones y cuatrocientos metros cuadrados de césped artificial. De una serie de perchas cuelgan los uniformes de los oficiales de husares de "Rapsodia Húngara", confeccionados por uno de los primeros sastres de Budapest. Pero más difícil es todavía confeccionar uniformes de soldados y ensuciarlos de manera que la ilusión de la realidad sea completa. Abandonados y pasto de la polilla, se encuentran en apartados rincones del guardarropa los trajes y uniformes llevados en célebres películas por no menos célebres actores y actrices, desde las levitas del Dr. Caligari hasta el deslumbrante uniforme de Franz Lederer en "La maravillosa falsedad de Nina Petrovna".

Algunas cifras. En Neubabelsberg se consumen todos los años pinturas y barnices en cantidad suficiente para las obras que en el curso de un año se llevan a cabo en una ciudad de 50.000 habitantes, y el consumo de telas bastaría asimismo para vestir a un número igual de personas. En el gran pabellón para la toma de vistas se ha llegado a consumir en un solo día corriente eléctrica por valor de más de 3000 marcos. Con la madera utilizada hasta ahora para la construcción de decorados podría levantarse una escalera de 2000 metros, y si al montar una película corriente se dispusiera de un solo obrero para clavar clavos, el obrero en cuestión se pasaría tres meses seguidos dan-

do golpes con el martillo. En Neubabelsberg funcionan una serie de carpinterías, cerrajerías y sastrerías para atender a las necesidades exclusivas de la ciudad, y el número de personas en ellas ocupadas oscila alrededor de 750.

Durante los descansos las cantinas y restaurantes de Neubabelsberg pueblan de curiosas figuras: damas con traje de noche y caballeros de frac en pleno día, junto a marineros, artesanos vestidos con trajes medievales, "girls", negros y soldados. La afluencia de comparsas es en Neubabelsberg grande. El promedio de los ocupados es de cien por día y son más de 1000 los que pretenden trabajar. Su restaurante preferido es el llamado Waldschlösschen, donde cuentan con grandes simpatías—y a veces incluso con un poco de crédito—cerca del camarero. Este tiene del talento artístico de sus clientes una elevadísima opinión y conoce, además, una serie de anécdotas de Erna Morena, Brigitte Helm y demás estrellas, desde la primera hasta la milésima magnitud.

¿Y qué decir, por fin, de los comparsas extrahumanos? Junghans—el creador de la película "La abeja maya" y otras muchas no menos maravillosas—, verdadero mago que comprende el lenguaje de los canarios y de los lagartos, los tiene instalados en una serie de jaulas y pabellones que forman un verdadero Jardín Zoológico. Junghans va constantemente con los bolsillos llenos de chocolates y otras golosinas para conservar las simpatías de "Herminia", el puerco espín, y de una serie de gatos, perros, culebras, sapos, tortugas y lechuzas, sin olvidar a Mungo, el matador de serpientes. Las simpatías de todos los amigos de la cinematografía las tiene asimismo aseguradas con su paciente labor, caso extraordinario de habilidad y de aplicación, coronadas por los más brillantes resultados técnicos y artísticos.



Esta NIÑA de la SOCIEDAD

es adorada por todo el mundo. Continuamente está rodeada de admiradores—cuando está al aire libre. Pero adentro—las cosas cambian— todos le huyen.

La verdad es que la causa—que pasa desapercibida al aire libre,—se manifiesta instantáneamente en el salón.

Ninguna persona inteligente puede pretender completa inmunidad del mal aliento.

El mal aliento es la falta social más detestable e imperdonable. Su presencia no es notada por sus víctimas—por lo que es la última cosa que nos imaginamos tener—cuando debería ser la primera.

La única forma de tener siempre el aliento fuera de toda sospecha—es de enjuagarse la boca con ESTOMATINE todos los días, a la mañana, a la noche y antes de reuniones.

Siendo un germicida eficaz, ESTOMATINE ataca primero las causas que producen los malos olores y luego—siendo un poderoso desodorante—destruye los olores mismos.

Use ESTOMATINE todos los días—es mejor ser prevenida que ser desairada.

Compre ESTOMATINE en las buenas farmacias o remita \$ 2.— a la Compañía Industrial Farmacéutica, calle Cangallo 2563, Buenos Aires, y recibirá un frasco a vuelta de correo.



Yerbatal de cuatro años en Puerto "El Dorado"

EL CULTIVO DE LA YERBA MATE EN EL TERRITORIO DE MISIONES

Por JOSE LUIS DOMINGUEZ



UCHO se ha hablado y mucho más aun se ha escrito sobre el cultivo de la yerba mate en el Territorio de Misiones. Pregones y escritores no siempre han estado de acuerdo en lo que se refiere a la forma de cultivarla y menos aun en la manera de financiar su producto una vez elaborado.

El cultivo de la yerba mate, mejor dicho, el descubrimiento de sus cualidades, tuvo efecto al finalizar el siglo XVI, época en que las misiones Jesuíticas se estacionaron en las selvas al sur de la Asunción del Paraguay.

Santo Tomé fué uno de sus principales propagandistas, quien, ilustrando a los indios sobre la forma de ingerir el "Caá" luego de someterlo a la acción del fuego, consiguió evidenciar que sus hojas, las que hasta entonces fueran consideradas como nocivas, no sólo no lo eran, sino que, por el contrario, además de servir como alimento, podían también utilizarse para curar ciertas enfermedades.

Tan benéficos fueron sus resultados, que en un principio el mejoramiento de esos enfermos no era atribuido a la bondad de la yerba, sino que era más bien interpretado como un milagro de este humilde y venerado Apóstol.

Es, pues, a los jesuitas a quienes debemos el primer impulso, siendo los españoles radicados en Asunción los que aprovecharon en sus comienzos de la bondad de sus frutos, llegando en ocasiones hasta el abuso.

Según consta en los inéditos manuscritos de Bonpland fechados en 1818, los que se encuentran en el Museo de Far-



Yerbatal de dos años en campos fiscales

macología, también se encontraron plantas de yerba mate en las riberas del río Uruguay, en la isla de Martín García y aun en algunas otras del Delta.

Si nos hemos referido en esta forma somera a lo que podríamos llamar la historia de la yerba mate, remontándonos a sus comienzos, es al solo objeto de señalar el contraste que significa el hecho de que, después de tres siglos y medio de descubiertas las bondades del suelo para su cultivo, como sus cualidades, sólo hayamos conseguido producir escasamente el 20 o/o del consumo total del país.

Los motivos de esta limitación son varios y datan de tiempo atrás; uno de los principales radica en la prodigalidad con que en épocas pretéritas y con un desprendimiento inconcebible se adjudicaban a particulares enormes extensiones de tierra aptas para la producción de yerba, tierras convertidas hoy en su mayoría en extensos latifundios completamente improductivos.

El otro factor es que este cultivo, a pesar de su bondad, no llama la atención del inmigrante, pues si bien es cierto que su producto ha de compensar en forma amplia sus esfuerzos, los primeros frutos comienzan al cabo del quinto año de su iniciación, y si el Gobierno no les brinda ayuda durante ese período, la espera se les hace imposible si es que el colono ha de librarla a sus propios y escasos recursos.

De ahí que el Brasil solo importe anualmente el 70 o/o de nuestro consumo total, por un valor en conjunto de más de cuarenta millones de pesos moneda nacional de un producto del que, además de satisfacer las necesidades internas, deberíamos ser exportadores.

No hay duda que se trata de una plantación por demás interesante para el colono; ella puede darle al sexto año una utilidad no menor de trescientos pesos por hectárea, a lo que puede agregarse el valor de la tierra por sus plantaciones, utilidad que irá aumentando hasta llegar la planta a su completa madurez (13 a 15 años).

Si a esto añadimos que la duración de la planta bien podada puede llegar a los cien años de producción, no se hace difícil deducir que si la afluencia de colonos no aumenta en el grado que sería de desear, es debido tanto a la falta de protección oficial como a la

falta de propaganda para conseguir la ampliación del mercado consumidor en el mundo entero.

El ingeniero agrónomo don Alberto Carlos Muello, perito en la materia, sostiene que en su totalidad el mercado de consumo se limita a la Argentina, Brasil, Paraguay, Uruguay y parte de Bolivia y Chile; en Europa—dice—la yerba mate sólo se vende en las farmacias, ocurriendo lo mismo en los Estados Unidos de Norte América.

Es por ello que el Sr. Muello sostiene la conveniencia de una intensa propaganda en el extranjero por medio de los agentes consulares y por la acción de los industriales del ramo, no sólo de nuestro país, sino también por un convenio en común con los principales productores, que son el Brasil y Paraguay. Cita en su abono el hecho de que la tripulación de todos los barcos que llegan a nuestro puerto consumen a bordo la yerba mate, y que los inmigrantes, sin excepción, sea cual fuere su origen, al poco tiempo de su residencia se hacen cultores del mate, a pesar de estar a su alcance, lo mismo que la yerba, el té o el café a que estaban habituados a ingerir en el país de su origen.

Existen expertos que, sin desconocer la bondad de la tesis del profesional citado, consideran de urgente necesidad que las autoridades adopten medidas tales que coloquen a nuestros colonos en condiciones que no resulten inferiores a la de los importadores del Paraguay y Brasil y aumenten entonces el área de las plantaciones.

Por nuestra parte, estamos con las dos tesis; pero, si la primera de ellas no se lleva a efecto, en lo que a la segunda respecta, desgraciadamente, no sólo no se protege a nuestros colonos, sino que, por el contrario, se ayuda a la importación de yerba de los países limítrofes.

No es ésta una aseveración caprichosa, y en prueba de ello nos referiremos a un caso ocurrido recientemente.

En el departamento de San Antonio, Brasil, existe una gran extensión de admirables plantas de yerba natural, las que no tenían entrada a nuestro país debido a que, o debían introducirse por el río Uruguay, el que a esa altura no es navegable, o atravesando la colonia Manuel Belgrano del Territorio de Misiones, colonia de una extensión de cien leguas y de una riqueza forestal tal, que su entrada debe hacerse a base de machete. Con tal mo-



Yerbatal de cinco años en campos fiscales

tivo, y al solo efecto de introducir su yerba, el apoderado de esa Colonia Yerbatera Brasileña se presentó y obtuvo, sin erogación alguna de nuestro Gobierno, la autorización necesaria para abrir en territorio argentino, y atravesando la colonia Manuel Belgrano, una picada de 150 kilómetros de largo, por la que cómodamente puede en la actualidad embarcar sus productos en Puerto Segundo, sobre el río Alto Paraná.

Como si esto no fuera suficiente, se ha autorizado a dicho concesionario a cobrar un impuesto prohibitivo por peaje, con lo que resulta que la yerba brasileña transita por territorio argentino con más facilidades que la de su propio país. Esta compañía ha introducido desde su comienzo cerca de un millón de kilogramos por año, cantidad que seguramente irá aumentando con el transcurso del tiempo.

Existe otro problema muy serio que debe tomarse en cuenta lo antes posible: el de la leña para el tostado de la yerba. El Gobierno, con el plausible afán de proteger al colono, enajena fracciones de 25, 50 y 100 hectáreas de las tierras más aptas para el cultivo de la yerba mate; pero las condiciones de la venta son tan inconscientes que ningún colono consciente y que mire el porvenir puede aceptarlas.

Dejemos constancia de que



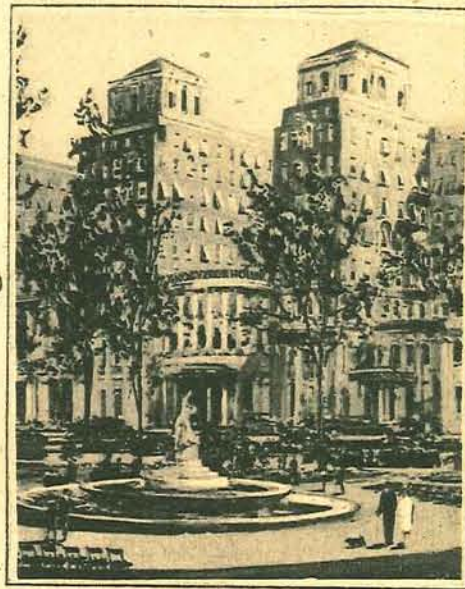
Planta de yerba natural de treinta metros de altura, prueba la bondad de las tierras para su cultivo y en su soledad demuestra la escasez de plantaciones para esa zona

no nos referimos a los precios de venta, pues los consideramos equitativos; nos concretaremos solamente a las cláusulas que deben cumplirse una vez otorgada la concesión.

Según ellas, el colono debe sembrar el 75 o/o del área total, dejando el 25 o/o restante para la construcción de su casa habitación, galpones, campo de pastoreo y monte para combustible y también para extraer la leña necesaria con el fin de tostar la yerba.

Si las 650 plantas que término medio entran por hectárea, comienzan a los cinco años a dar como mínimo un kilogramo cada una por año, susceptibles de un aumento anual también de un kilogramo por planta, hasta llegar a diez por año y por planta, y necesitando, por otra parte, de 7 a 10 kilogramos de leña para elaborar uno de yerba, ¿a qué quedará reducido el monte en sus comienzos? ¿Qué hace luego el colono con yerba y sin leña? ¿De dónde la extrae, cómo la conduce y a qué precio?

Así, pues, con la protección al colono y la ampliación en común del mercado consumidor, desaparecerá la congestión que en la actualidad existe al limitarse su comercio a las naciones del Sur de América.



EL MEJOR Y MÁS MODERNO HOTEL EN LONDRES, INGLATERRA

Grosvenor House es el único Hotel en Park Lane. Da al Hyde Park, el más regío de los Parques. Esta situado en Mayfair, el centro de la vida social, a poca distancia de Piccadilly y de los Teatros.

Confort supremo - Tarifa equitativa - Toda comodidad moderna

Posición admirable

500 Dormitorios, cada uno con su cuarto de baño, agua corriente helada para beber y con entradas separadas.

50 DEPARTAMENTOS. RESTAURANT.

GRILL ROOM. SALONES PARA BANQUETES.

El mejor Salon en Londres para patinar a hielo.

Oficina St. Phalle para las cotizaciones de la Bolsa Americana.

GROSVENOR HOUSE

EL UNICO HOTEL EN PARK LANE

Telegrams Grosvenor Audley London

Conoce Ud., Señora, los
**NUEVOS
ENVASES**

del riquísimo
aceite Mandiyu?

**TAMBORES
MANDIYU**—
con espita.
Construídos
para durar
años y años.
Con capaci-
dad para 5,
10 y 20 litros.
Apropiadísi-
mo para fami-
lias, estancias
y revende-
dores.

Evitan el
derrame del
aceite—su con-
taminación

con el aire—el
ensuciamien-
to de manos,
envases y ro-
pas, y los fre-
cuentes des-
perdicios.

Una vez ago-
tado el aceite
del **TAMBOR**,
solo basta re-
llenarlo con
el de las **LA-
TAS CUA-
DRADAS**, cu-
ya capacidad
es ahora de 2,
4 y 16 litros.

Cuando haya
usted probado
usar los Tam-
bores Mandiyu,
no se resignará
a volver a ma-
nejar latas co-
munes.



ACEITE IDEAL PARA EL HOGAR

Mandiyu

COMPAÑIA GENERAL FABRIL FINANCIERA
LIMA 229 BUENOS AIRES



*Hágale hoy este regalo
a su paladar:
frutilla a la crema con*



Galletitas

MELBA



Y así, mientras usted se hace ese regalo, experimentará el placer de comprobar que ha encontrado la manera más fina y exquisita de halagar a todos sus comensales. Porque, en verdad, las "MELBA" acompañadas en esa forma resultan sabrosas hasta la delicia.

Bien vale la pena ensayarlo desde que ello exige bien poco: el ínfimo gasto que representa una cajita de "MELBA".

Pídasela a su proveedor.

**ESTABLECIMIENTO MODELO
TERRABUSI**

Se venden en todo el país.